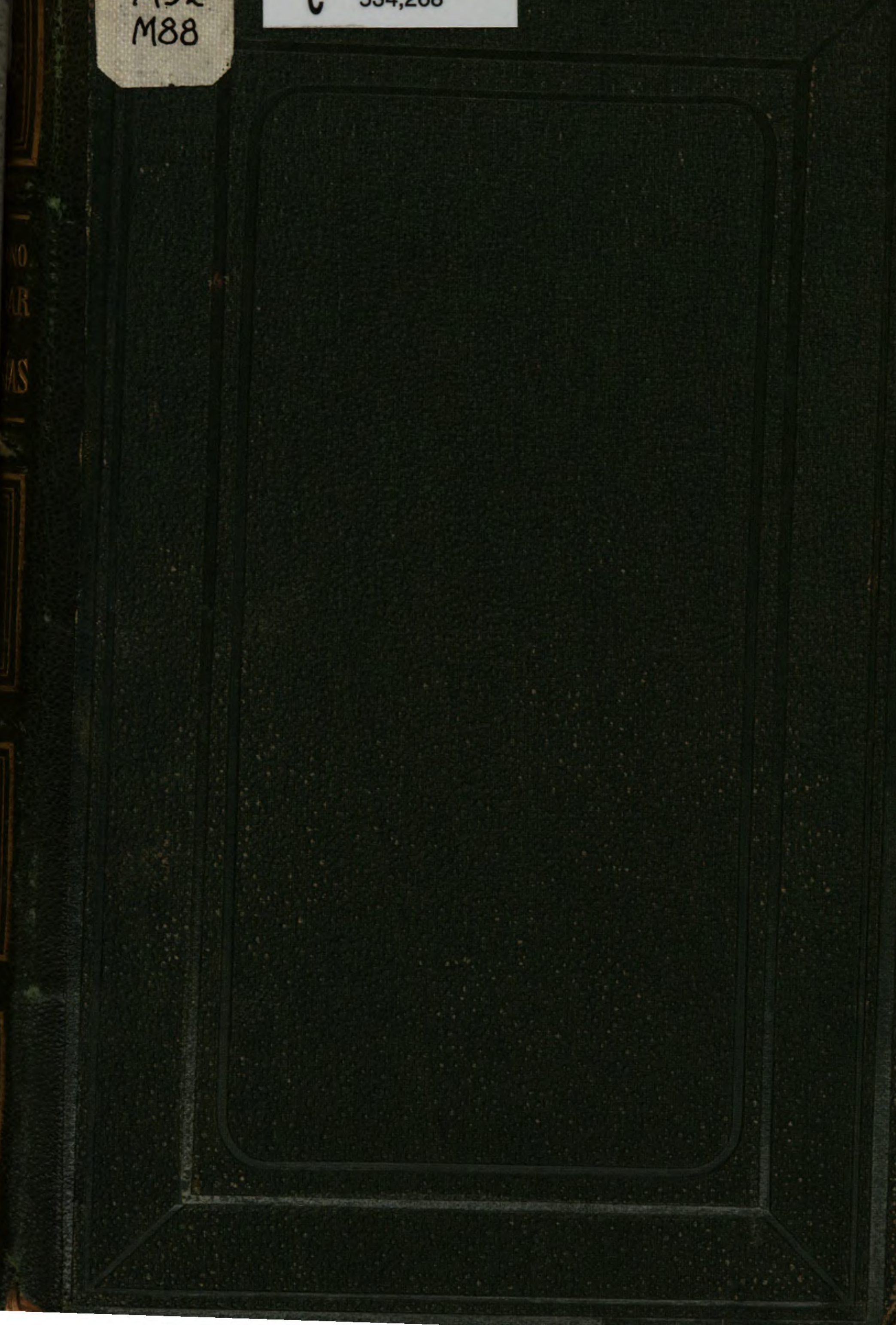
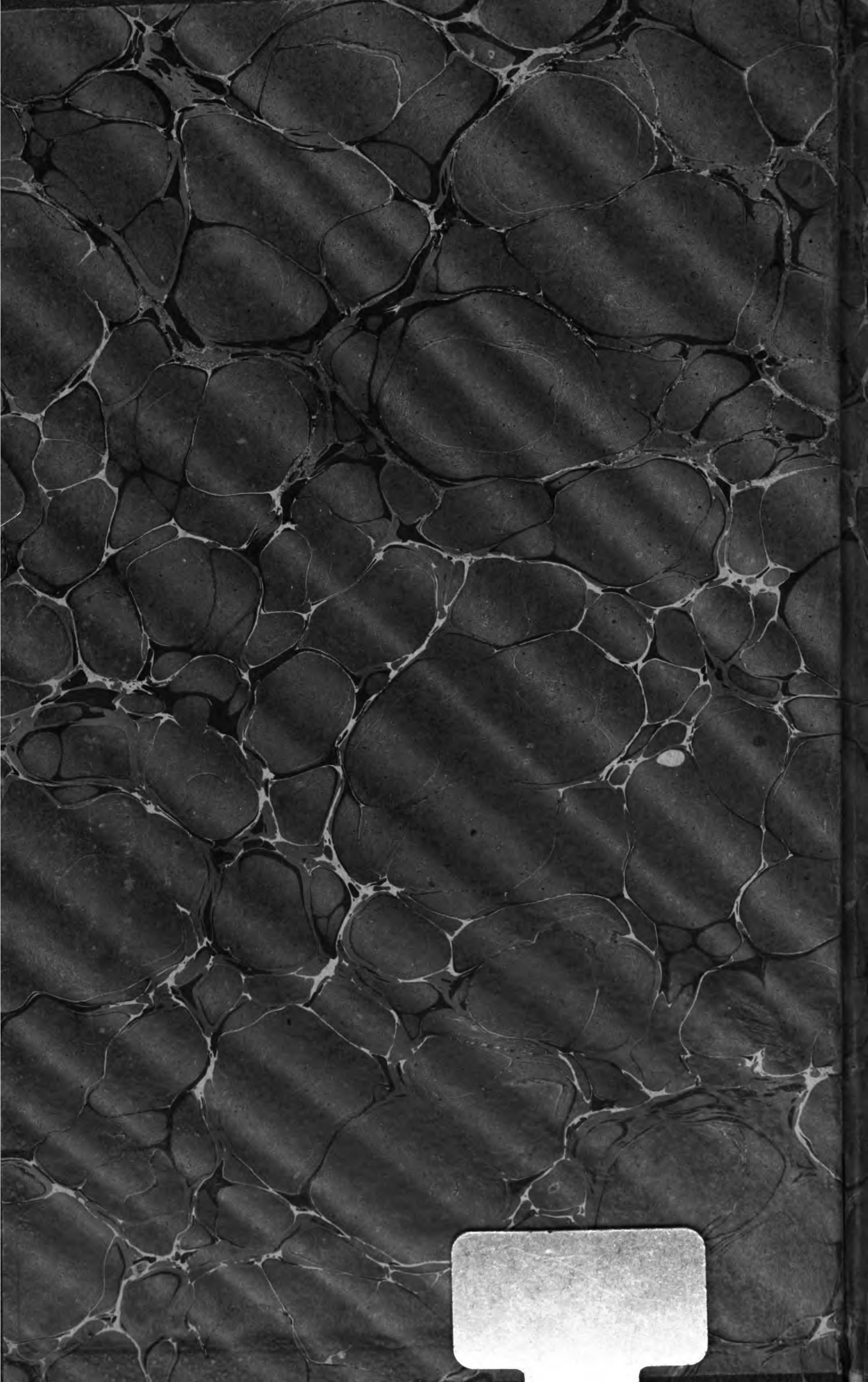
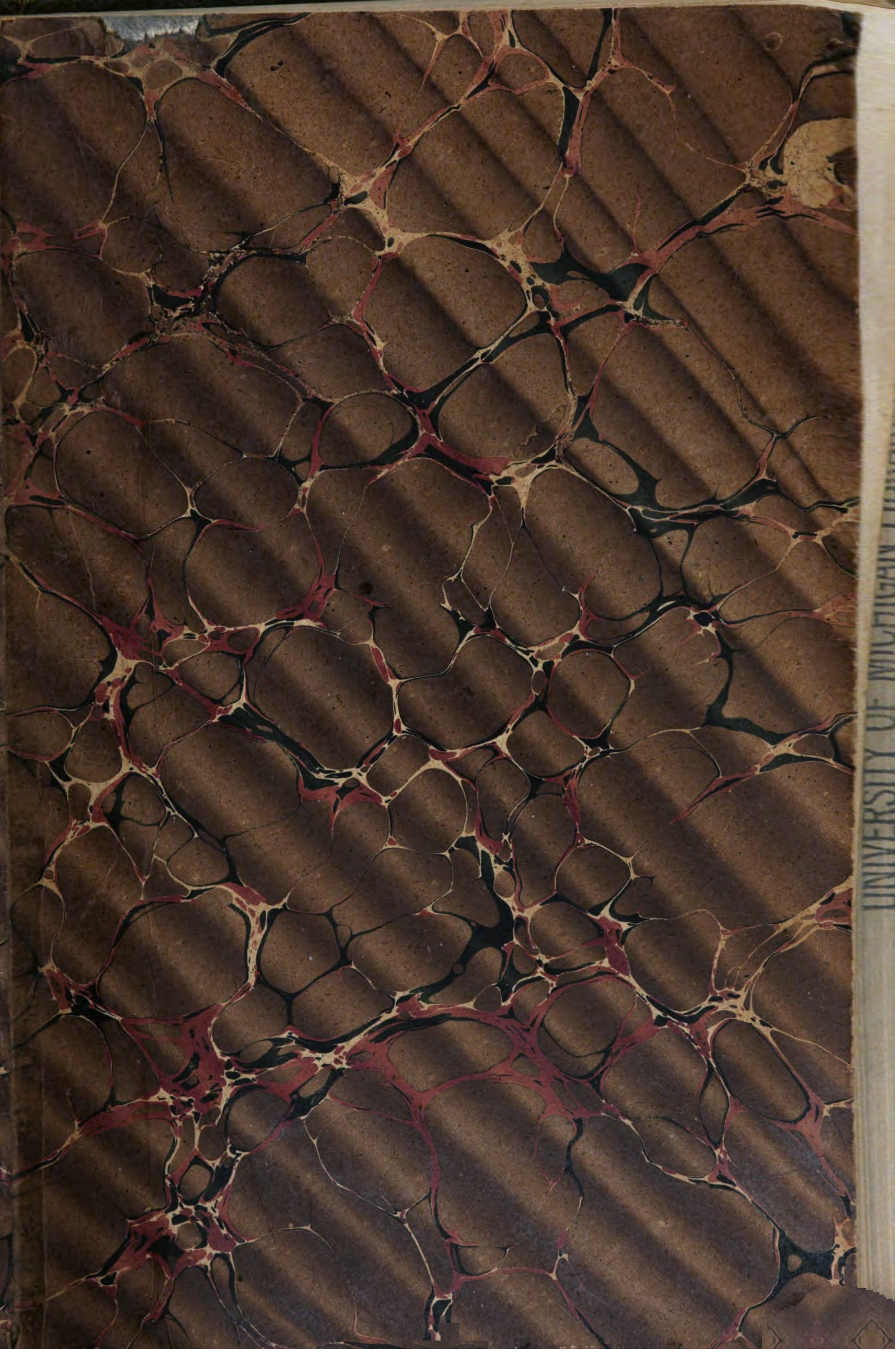

M88




UNIVERSITY OF MICHIGAN

POESÍAS

NANCY

TIPOGRAFÍA DE G. CRÉPIN-LEBLOND

Grand'Rue Ville-Vieille, 14.

POESÍAS

DE

DON MARIANO MELGAR.

PUBLÍCALAS DON MANUEL MOSCOSO MELGAR,

DEDICÁNDOLAS

A LA JUVENTUD AREQUIPEÑA.



LIMA.

EN LOS DEPÓSITOS DEL AUTOR

—

1878

INTRODUCCION

Hace más de cincuenta años que D. Mariano Melgar recibió una gloriosa y prematura muerte en los campos de Humachiri; y en tan dilatado tiempo no ha sido posible presentar al público la coleccion completa de las obras literarias de ese malogrado jóven. Se han publicado en los periódicos de Arequipa y de Lima, y tambien en hojas sueltas y cuadernos pequeños, algunas de sus composiciones; pero esas publicaciones parciales, que no sirven para formar juicio del genio del poeta, ni de las cualidades que poseía, tienen además el inconveniente de que desaparecen con la misma prontitud que los periódicos en que se han hecho; y despues de algunos años son muy pocas las personas que conservan esa clase de papeles. Estas consideraciones han decidido á nuestro amigo D. Manuel Moscoso Melgar, sobrino del poeta, á dar á luz la coleccion

de las poesías de éste, para que al mismo tiempo que se perpetúe la memoria del jóven patriota, sea un monumento levantado en honor suyo.

Á mérito de estos esfuerzos tenemos ya reunidas en un volúmen las principales composiciones del poeta de los yaravíes; y como para estudiarlas, poseerse de su espíritu, y darles su verdadero mérito es preciso tener algunas noticias del autor, empezaremos trazando ligeramente las cualidades principales de D. Mariano Melgar. Lejos de nosotros la idea de escribir su biografía: este trabajo sería superior á nuestras fuerzas, y nunca podríamos hacerlo perfecto. Nos limitaremos á dar algunas noticias que son necesarias para el juicio crítico de las poesías de Melgar; dejando para mejores plumas la grata ocupacion de escribir su biografía.

No obstante, en seguida de este escrito, encontrarán muestros lectores las noticias biográficas de Melgar, que nos han sido trasmitidas por un relacionado suyo, cuya modestia le ha hecho exigirnos que ocultemos su nombre. Allí se encuentra el cuadro completo de la vida de Melgar; y en ese escrito se verá lo que no se ha podido decir en éste.

En 1829 se publicó en Ayacucho la *Carta á Silvia,* obra póstuma de D. Mariano Melgar; y en esa edicion encontramos el siguiente prólogo:

« Las naciones se glorían con entusiasmo de

poseer hijos ilustres que en las ciencias, artes, y demas facultades, emulen ó aventajen á las otras. El Perú no ha dejado de tener rango distinguido por los varones esclarecidos que ha dado. Todas las ciudades los han producido, y Arequipa es una de las que ha merecido ser patria de muchos de ellos. D. Mariano Melgar hijo de padres honrados y virtuosos, fué uno de los jóvenes que en el presente siglo gozó, en su temprana edad, del concepto de los sabios del dia, por sus grandes conocimientos en literatura. *La Carta á Silvia,* que se imprime, sus odas, elegías, canciones sueltas, la traduccion del *Arte de Olvidar* de Ovidio, un compendio geográfico en verso, y un nuevo método para estudios, son obras que justifican su mérito, sin embargo que por su desgraciada muerte quedaron sin correccion. »

« Su patriotismo en grado heróico privó al Perú de un hijo que, con el tiempo, hubiera honrado muchísimo á su patria. Su ardiente deseo por la libertad é independencia le hizo tomar partido, el año de 1814, en la revolucion del Cuzco. Á los veintitres años de su edad fué auditor general de guerra del ejército republicano, mandado por el general Puma-Cahua. En la desgraciada jornado de Humachiri fué prisionero y fusilado por el general enemigo Ramirez, por no acceder á esclavizar su patria pasando á servir á los tiranos. Su muerte consternó á sus mismos enemigos, y la noticia de ella quitó la vida á su padre; más

él, dando ejemplo de heroismo, llenó de gloria á su país, y su memoria será eterna entre los verdaderos amantes de la libertad peruana. »

« Si es sensible la pérdida de un jóven de entusiasmo y valor, lo es más la de un literato que reune estas virtudes marciales, y que á su edad, á más de otras lenguas, entendía y hablaba latin, frances, italiano é inglés, idiomas en los cuales hizo algunas obras en verso, las mismas que á continuacion de la presente pueden quiza publicarse, si el tiempo las descubre al que tiene interes de darlas á luz por honra de su patria. »

Estos párrafos dicen bastante para que se pueda conocer á D. Mariano Melgar. Es necesario sin embargo, que oigamos otras opiniones que presenten á nuestro poeta bajo otro aspecto diferente. Ya conocemos al literato, al ardiente patriota que pudo decir con entusiasmo:

Dulce et decorum est pro patria mori.

Ahora es preciso que adelantemos nuestras noticias en otro sentido, y busquemos al hombre sentimental en sus relaciones de sociedad.

El general Miller en sus Memorias dice con respecto á Melgar lo siguiente:

« La simultánea sublevacion de los indios en las provincias del Cuzco, Huamanga y Arequipa, llamaron la atencion de Abascal, virey del Perú; pues como el objeto que proclamaba

su jefe Puma-Cahua era establecer la independencia del país, muchos criollos volaban á alistarse en sus banderas; pero la actividad del general Ramirez sujetó los esfuerzos de aquella multitud desarmada. Entre los patriotas sentenciados á muerte y ejecutados, lo fué Melgar, jóven de veinte años y natural de Arequipa, que era el Moore del Perú, el cual compuso algunas canciones ó yaravíes de que pudiera engreirse el autor de Lallah Rook (1). La muerte de Melgar produjo un sentimiento general, y su memoria se conserva aun con respeto. Su vida y su carrera, corta y pasajera cual fué, va acompañada con la historia de un amor tan puro como desgraciado. Una jóven linda se negó á las apasionadas proposiciones de Melgar; y esta ingratitud á su amor dió á su musa aquella dulce y lamentosa tristeza que causa tanto interes y hace que se canten aún sus composiciones en todo el país. El cura nombrado para acompañarle al suplicio, principió á exhortarle en el bronco estilo y barbaras maneras con que acostumbran comunmente hacerlo; péro Melgar le contestó en alta voz: — Padre no es éste el momento de hablar de política, ni de cosas de este mundo. Vine preparado á este sitio para morir; pero U. me ha distraido. Que me den un cigarro. — En

(1) Hace alusion á Tomas Moore, célebre poeta irlandés, y autor de las bien conocidas y excelentes melodias irlandesas y otras varias composiciones de no menor mérito: tal vez la mejor es la que lleva ese nombre » (Nota de la obra de Miller).

efecto se lo trajeron, y despues de haber fumado cerca de la mitad de él, y adquirido nuevamente su tranquilidad, dijo serenamente que estaba pronto para morir, y murió con una firmeza varonil y digna de su persona » (1).

Este párrafo de Miller confirma lo que ya sabiamos de Melgar, y nos dice algo más acerca de sus poesías y sus amores. Para terminar estas noticias es necesario que oigamos el juicio de un literato de conocido mérito, y cuyas composiciones tienen muchos puntos de contacto con las de Malgar. Hablamos del Sr. D. Manuel Castillo (2), que, instruido por uno de nuestros amigos del proyecto de publicar la coleccion de los versos de Malgar, nos ha dicho en carta, fechada en Islay á 19 de Julio de 1864, lo que signe:

« Aplaudo el pensamiento de la publicacion de las obras del ilutre Melgar. La lectura de sus versos en mis primeros años me hizo aficionar al trato de las musas; y el año 1834 rendí á su memeria mi primer canto. En

(1). Memorias de Miller, Tomo 1º Cap. 3º, Pag. 74. Este párrafo de Miller notamos que es inexacto en cuanto supone desgraciados los amores de Melgar. Esta asercion se contradice en las noticias biográficas. Con respecto al procedimento del sacerdote que asistió á Melgar, no debemos olvidar que el general Miller era protestante, y como tal no perdia ocasion de censurar las prácticas de la religion católica. Este aserto se ratifica tcmbien en las noticias biográficas.

(2) Nuestro amigo el Sr. D. D. Gavino Pacheco Zegarra se ocupa actualmente en coleccionar, para publicarlas, las poesías del distingindo poeta Castillo. Apreciando debidamente la importancia de ese proyecto, le deseamos el mejor éxito posible.

otras partes de mis composiciones lo cité con orgullo, y escribía:

« Pensé en mis sueños remontarme un dia
Donde el tierno Melgar se remontaba,
Y sentir á la par como él sentìa,
Y llorar á la par como él lloraba.

« Me cupo el honor, con Mateo Paz-Soldan, de que publicáramos en Arequipa muchos de sus cantos, y de ser los primeros que comprendimos el sentimiento del inspirado bardo. Al escribir yo un poema inédito sobre nuestro pasado, recuerdo haber citado á nuestro poeta, con honrosa mencion, en las siguientes octavas:

« Yo no puedo olvidar, cuando era niño,
La mente vìrgen de impresion ingrata,
Cuando gozaba el maternal cariño
Cuyo recuerdo el corazon dilata,
Aquellos hombres vestidos con armiño,
Cascos bruñidos de luciente plata,
Ostentando trenzada cabellera,
De porte noble, y de mirada fiera.

« Entre ellos descollaban altaneros
El valiente Valdez, los esforzados
Canterac y Loriga y mil guerreros,
Mil héroes en lugar de mil soldados;
Y Ramirez allí con altos fueros
De Humachiri en los campos arrasados;
Y tras él ¡ ay! las sombras tutelares
De Angulos, San-Romanes y Melgares.

« Oh! tú, poete de sublime canto,
¿ Por qué corrieron rápidos tus dias,
Y cesó de vibrar el laud santo,
Con que al amor y á la virtud solías,
Allá en el suelo que yo adoro tanto,
Encantar con tus blandas armonías?
¿ Por qué, por qué, Melgar, tu lira rota
No dejó al porvenir alguna nota?

« Yo seducido de tu voz divina,
Pura como la brisa de los mares,
Blanda como la aurora matutina,
Triste como una tarde de pesares;
Yo que á mi corazon un ¡ay! calcina,
Un ¡ay! muy parecido á tus cantares;
Yo puse en tu ataud, lleno de angustia,
De mi primer cantar una flor mustia. »

« Siento (continúa el Sr. Castillo) no tener mi primer canto, inserto en un libro que condené al fuego, donde estaban mis débiles ensayos. »

Nosotros que participamos del sentimiento de nuestro amigo Castillo, le tributamos las debidas gracias por el estimable presente que se ha dignado hacernos.

Tenemos ya tres diversos testimonios relativos á Melgar, y todos unánimes reconocen el mérito del poeta y la aureola inmortal del jóven y malogrado patriota.

Grande, noble y majestuosa es la figura que ofrece á nuestra imaginacion el jóven cuyo corazon no latía á otros impulsos que á los del amor. Amaba á su patria, y amaba á una mujer en cuya posesion cifró la ventura de su existencia. Ver libre á su patria y ser amado de la mujer á quien ha cantado con el nombre de Silvia, hé aquí las dos ideas que sirvieron de norte á D. Mariano Melgar; hé aquí los dos únicos pensamientos que ha consignado en sus escritos, y hé aquí tambien la causa de la melancolía que en ellos descubre. Como todos los que aman mucho, hizo de la mujer amada una divinidad; temió á cada

momento que su amor no fuera correspondido; se regocijó cou sus ilusiones; lloró amargamente con sus temores, y vivió en esa exaltacion de sensibilidad que al mismo tiempo forma el encanto y el tormento de la primavera de nuestra vida.

¿ Y tánto y tan intenso amor, tantas ilusiones y penas fueron acaso correspondidos? Hemos visto que Miller asegura que nó; más, nosotros fundados en la tradicion de Arequipa y en lo que se dice despues en las noticias biográficas, tenemos motivos para creer lo contrario; y aun los mismos versos de Melgar, especialmente su *Carta á Silvia* contradicen ese aserto ¿ Cual fué entónces el término de sus amores, y cual la causa que los hizo desgraciados?... La muerte de Melgar pone sello á nuestros labios y detiene nuestra pluma. No evoquemos sus manes, exigiéndoles que satisfagan nuestra curiosidad; no alteremos el reposo de sus cezinas, ni provoquemos doloridos recuerdos en la Silvia á quien amó. Dejemos que esos amores queden sumergidos para siempre en el insondable abismo del pasado; que terminen con el hombre puesto que fueron tristes y penosos como la vida; y salvando la línea de la débil y perecedera humanidad, pensemos en el poeta, trasladándonos á las regiones de la imaginacion y del espíritu, en las cuales el nombre de Melgar será con justicia imperecedero. Entremos desde luego en el exámen de sus escritos.

Muchas son las composiciones que llevan el nombre de Melgar; pero no todas son verdaderamente de él. Sus escritos tuvieron desde luego mucha aceptacion en Arequipa, y las circunstancias especiales de su muerte aumentaron la fama de ellos; porque Melgar es uno de aquellos hombres que, segun el dicho de Mr. Thiers, desapareció á tiempo de la vida; y ésta ha sido una de las condiciones de su gloria. Al saber su muerte, unos lloraban al jóven patriota, que semejante á las flores que corta la hoz del labrador, había languidecido ántes de dar todo el fruto que de él podía esperarse; otros se lamentaban por el amigo, por el agradable compañero de los placeres de la infancia, y muchos sentían la falta del poeta de los tiernos y melodiosos yaravíes. Todos, aunque por distintos motivos, ensalzaban su memoria; y en medio de este sentimiento general la fama de sus versos llegó á tal punto que por muchos años se ha mirado en Arequipa como un ramo de la educacion del bello sexo el aprendizaje de la letra y música de los yaravíes de Melgar. No debe extrañarse por esto que al abrigo de esa reputacion se diese fama á algunos versos compuestos por distintos autores. Existen muchos de éstos; pero hemos tenido especial cuidado de separar todas las obras apócrifas ó de dudosa autenticidad, para que esta coleccion no comprenda sino aquellas de cuya procedencia estamos seguros.

Orto de los inconvenientes que se nos han presentado es la imperfeccion de los manuscritos que se nos han trasmitido. Melgar escribía sus versos rápidamente ó los improvisaba; y sin que tuviera tiempo de revisarlos y corregirlos, se leían y aplaudían, y pasaban de unas personas á otras. Sin duda por este motivo no ha llegado hasta nosotros ningun autógrafo suyo; y aunque tenemos algunos versos que se dice haber sido impresos conforme al manuscrito original del autor, son tantas las faltas de ortografía y las incorrecciones que notamas en ellos, que suponemos que esas publicaciones se hicieron con poco esmero. Por estos motivos no hemos podido consultar sino copias imperfectas; pero hemos salvado muchos defectos comparando diversas copias y adoptando entre todas ellas la que presentaba mejor sentido. Á pesar de esto, no estamos seguros de haber enmendado todos los defectos de los manuscritos, y hemos creido necesario decirlo á los lectores, para que puedan encontrar la verdadera causa de algunos defectos que se notan en los escritos de Melgar. Si él hubiera podido revisarlos, ó si poseyéramos su autógrafo, le imputaríamos con justicia sus defectos; pero careciendo de esos datos no tenemos derecho para creer que los defectos provengan de un poeta que formó y aun continúa formando las delicias de las personas sensibles é inteligentes. Natural es, pues, que atribuyamos esos defectos á los copistas.

Es una regla de crítica que á cada autor se le debe juzgar con arreglo al gusto dominante de su época. Los antiguos poetas españoles han dejado muchos escrito que tienen poco mérito en la actualidad, y que sin embargo fueron muy aplaudidos en su tiempo; tales son los autos de fé de Calderon de la Barca, y otras composiciones semejantes. Así tambien para encontrar el mérito de algunas obras de Melgar, no debemos juzgarlas segun el gusto de la época en que vivimos. Cuando Melgar escribió, el romanticismo no había invadido todos los senderos de la literatura: sus estudios se hicieron sobre los clásicos tanto latinos como italianos y españoles, y por consiguiente no podemos encontrar en sus escritos las mismas condiciones que tienen las obras de los románticos modernos. Los escritos de Melgar son en su forma, del género clásico, y como tales deben ser juzgados. No queremos decir por esto que las obras de Melgar solo fueron buenas en su tiempo: hay en ellas algunas tan perfectas, que serán aplaudidas en todo tiempo; y solo en ciertas frases y pensamientos de otras notamos el gusto de la época en que los versos se escribieron.

Hay tambien en los versos de Melgar algumas expresiones provinciales: el poeta conoció la fuerza de ellas y las usó; y aunque ésta sea una incorreccion, se puede perdonar en un jóven que no aspiraba á otros aplausos que á los de la sociedad en que vivía. Esto es

lo que sucede con las palabras *amor fino, prenda mía* y otras que si no agradan en la actualidad, eran muy aceptadas entónces.

Notamos además algunas incorrecciones en el estilo, y el uso de algunas palabras jurídicas, como *ley*, *precepto*, *intimar*, que si pueden tener uso en composiciones fuertes, hacen muy mal efecto en los versos eróticos. Es muy probable que si el autor hubiera revisado sus composiciones, no tendríamos que tachar nada en ellas; pero ya que su prematura muerte no le dió tiempo para hacerlo, disimulemos esos defectos, en atencion á las muchas bellezas que los versos de Melgar contienen.

Establecidos estos precedentes, pasemos á ocuparnos detalladamente de las composiciones de Melgar, y con especialidad de aquellas que gozan de mayor fama y aceptacion.

Las obras de Melgar que en esta coleccion se publican, son:

Elegías
Odas
Sonetos
Traducciones
Carta á Silvia
Yaravíes
Fábulas.

Aunque segun las noticias que tenemos,

Melgar escribió un compendio de Geografía en verso, y muchos versos en frances, inglés y otros idiomas, no ha llegado á nuestras manos ninguna de esas composiciones; y los esfuerzos que se han hecho para conseguirlas han dado por resultado la conviccion de que no existen. No es necesario, para la gloria del poeta, que esas composiciones se encuentren; y sin embargo nos habría sido satisfactorio tenerlas, tanto por que muchas persanas nos hacen grandes elogios de su mérito, cuanto para que esta coleccion fuese completa. Ya que esto no ha side posible, limitemos nuestros estudios á las composiciones que poseemos, entre las cuales hemos dado el primer lugar á las elegías.

Cinco son las elegias que nos ha dejado Melgar, y todas ellas versan sobre un solo tema: el amor á Silvia. Tienen, sin embargo, notables diferencias entre sí. La primera elegía describe las angustias de una despedida; la segunda y tercera, los pesares que causa la separacion del objeto amado; la cuarta, en dulces y amorosas quejas de estilo bucólico, describe las dulzuras de un tierno amor, y las penas que se sufren cuando se carece de él; en la quinta se llora un desengaño de amor.

Diversas son las opiniones de los inteligentes sobre estas elegías: todas son, sin duda, buenas; pero es notable el mérito de las dos primeras y de la quinta; como puede verse por los siguientes versos de la primera, en que el poeta

expresa con mucha energía el dolor que la despedida le causa:

Lloro... no puedo más... Silvia querida,
Déjame que en torrentes de amargura
Saque del pecho mio el alma herida.
El negro luto de la noche oscura
Sea en mi llanto el solo compañero
Ya que no resta más á mi ternura.

En la elegía segunda el poeta lamentándose de la ausencia de su Silvia, pinta vivamente su soledad y su dolor con estos tristísimos versos.

Al derredor de mí tan solo suena
El eco de los míseros gemidos
Con que mi triste pecho el aire llena.
Solor el dolor por todos mis sentidos
Entra hasta el corazon........

. . . .

Ay, Silvia! Si á lo ménos tú mi llanto
Pudieras atender y mis sollozos!
Ah! mi acerbo dolor no fuera tanto.

. . . .

Corriera ardiendo á tí; mis expresiones
Fueran dulce llorar: con qué ternura
Te estrechara!..... Ay, funestas ilusiones!...

En la elegía cuarta el poeta entra en dulce coloquio con el cipres y el arroyuelo que fueron testigos mudos de sus felices amores; exhala ante ellos sus doloridas quejas; quiere que conmuevan á su Silvia, dándole testimonios de su invariable amor; y temiendo que Silvia sea insensible á tan sentidas manifestaciones, dice que morirá de amor, y que todo

su consuelo será quo lo sepulten en el mismo lugar de su perdida ventura; explica el motivo de este deseo prorumpiendo en terrible amenaza contra Silvia, en estos versos:

Para que cuando pases
Por este suelo inculto
Que oyò tantas promesas
De ser firme mi amor y el amor tuyo.
Mi pálido cadáver
Desde el frio sepulcro
Haga temblar sus huesos
Diciendo « Eres cruel! » su eco profundo.

Siempre que hemos leido esta elegía, que nos agrada mucho, no hemos podido ménos que decir con Boileau:

La plaintive élégie, en longs habits de deuil,
Sait, les cheveux épars, gémir sur un cercueil
Elle peint des amants la joie et la tristesse;
Flatte, menace, irrite, apaise une maîtresse (1).

No sostendremos, sin embargo, que las elegías son perfectas, ni se dirá que pretendemos demostrar que son un modelo en su género; lo que hemos dicho hasta aquí en cuanto á los versos de Melgar, nos pone á cubierto de esta imputacion. Pero sí aseguramos que, despues de haber leido las elegías, nadie podrá decirnos que su autor faltó á las reglas del arte, y que no hay en ellas ese sentimiento que nace del alma y que inspira un triste y doloroso decir.

Las odas de Melgar que comprende esta

(1) Boileau, art. poet. II, 39.

coleccion, no son sino cinco. Todos los que las han leido conceden á la oda *Al Autor del Mar* mucho más mérito que á las otras. Por esta razon nos ocuparemos especialmente de ella, diciendo ántes algo sobre todas las demas odas en general.

No sucede en las odas lo mismo que en las elegías: se contraen á diversos objetos, á diferencia de las elegías en que no hemos encontrado más que diversas manifestaciones de un mismo asunto. La primera de las Odas, dedicada al Conde de Vista-Florida, contiene grandes elogios de ese magistrado. La segunda que lleva por título *A la Libertad*, fué compuesta para celebrar la promulgacion de la constitucion española de 1812.

Estas dos odas pertenecen por su objeto á la clase de las heróicas ó pindáricas; y como tales están muy distantes de la perfeccion. No hay en ellas el entusiasmo propio del asunto, ni los trasportes que debian esperarse del jóven patriota que, poco despues de haberlas compuesto, moría por la libertad que cantó. No obstante, la segunda oda contiene algunos pensamientos bellos, y muy sanas máximas de política.

Las odas tercera y quinta, que llevan por lema *A la Soledad* y *Al Sueño*, son del género filosófico; teniendo la quinta algo de anacreóntica. Contienen pensamientos hermosos, aunque algunos versos son de mal gusto, como éste de la oda tercera, en que despues

de enumerar los bienes de que se goza en la soledad, dice el poeta:

Y verá cuanto precia
De ser benigno el Dios de nuestra iglesia.

En contraposicion á estos versos podemos citar como muy buenos algunos de la oda *Al Sueño*, en la cual, describiendo el placer que producen los agradables ensueños, y comparándolo con los fugaces placeres que procuran los goces de la vida, concluye de este modo:

Ya que un igual enfado
Causa el mal en despierto
Que en sueño fatigado;
Y que en el curso incierto
Del bien nada nos queda,
Ya sea soñado ó cierto:
Con que si el tiempo veda,
Despues que el bien se ha ido,
Que gozársele pueda;
El que en sueños ha venido,
Ó el que real se presente,
Si igualmente es perdido,
Gozémosle igualmente.

La oda *Al Autor del Mar* ha gozado siempre de mucho crédito, y es tanta la estimacion en que se la ha tenido, que en los colegios de Arequipa se cuidaba de que la aprendiesen los niños, tanto para grabar en su memoria el recuerdo del ilustre patriota, cuanto para que supieran una composicion de muy buen gusto. Nosotros suscribimos de buen grado á esta admiracion general, sin em-

bargo de que encontramos en la oda algunos defectos que haremos notar á los lectores.

Cuenta la tradicion que Melgar conoció el mar á los diez y seis años de su edad, y que al acercarse á la orilla quedó extasiado por algun tiempo, y que luego que pudo hablar exclamó lleno de admiracion y entusiasmo:

¡ Que grande, que estupenda maravilla! — el cual es precisamente el primer verso de su oda.

No garantizamos la autenticidad de esta tradicion, porque no podemos persuadirnos de que las primeras estrofas de la oda *Al Autor del Mar*, que tienen gran mérito literario, fueran improvisadas; y porque esto nada añadiría al valor real de la composicion. De cualquiera modo que sea, la primera estrofa es hermosísima; forma una introduccion del género heróico perfecto, y describe muy bien las sensaciones que se experimentan al ver por primera vez el continuo movimiento y la inmensa extencion del mar.

Esta oda se compone de veinte estrofas: en las seis primeras se sostiene el entusiasmo y exaltacion del poeta, y se describe con bellos pensamientos y enérgicas expresiones, ese incesante movimiento de las aguas del mar. Es notable con este motivo la siguiente estrofa:

En su batir, de ruido el aire llena;
Con un alma eternal vivir parece;
Si se estrecha, si crece,
Susurra siempre y truena;
Y en las colinas que le ven temblando,
De una á otra el eco corre retumbando.

El penúltimo verso tiene mucha fuerza de imaginacion, y en el último la aglomeracion de sílabas iguales y de consonantes fuertes presenta un bello ejemplo de armonía imitativa.

En la sexta estrofa nos parece de mal gusto la metáfora *infinita llanura* para designar el mar. Esa metáfora se asemeja mucho á las que los literatos censuran en algunos de los antiguos poetas españoles. Pero aparte de ese pequeño defecto, la estrofa es en lo demas bellísima:

La infinita llamura
En iras impacables
Sale y arrasa todo... diò en la arena;
Ya no es más: besa humilde su cadena.

El mérito de estos versos consiste en que para pintar la fuerza destructora de las olas, se dá vida al mar; y á su ímpetu desolador se contrapone el poderoso influjo de las orillas que lo sujetan y encadenan. Hay pues muchas bellezas en esta estrofa, y si no es superior á otros versos que se han escrito sobre el mismo asunto, tiene al ménos el derecho de rivalizar con ellos.

Algunas de las estrofas siguientes, en especial las seis últimas, describen el influjo de la luna sobre el mar, la evaporacion de las aguas marinas, y su transformacion en nubes, aguas y hielo, la utilidad del mar para la navegacion, etc. Esas estrofas sin dejar de ser buenas, tienen el defecto de no corresponder á la belleza de imaginacion que ha desple-

gado el autor en las seis primeras. Son demasiado científicas, y por lo mismo son muy poco poéticas. Ante la gravedad de la ciencia la imaginacion doblega sus alas, y se arrastra sin poder remontar su vuelo. Por eso despues de haber leido las primeras estofas, al pasar á las que siguen, disminuye naturalmente el entusiasmo. Así es que leyendo toda la composicion de una vez disgustan las estrofas del fin, por la transicion que hace la mente, y por que se vé, que el poeta no sostiene la primera inspiracion ; pero esas estrofas juzgadas en sí mismas, y sin contraposicion á las otras, no tienen ningun defecto.

En todo lo demas de la oda se describe el movimiento de las olas ; y esos versos son bellísimos.

En resúmen podemos decir que en la oda *Al Autor del Mar* hay diez estrofas de mérito sobresaliente ; y que las demas son imferiores en mérito sin dejar de ser buenas. Mas como esto no disminuye esencialmente el valor de la composicion en general, es justo que la oda haya merecido los encomios de las personas inteligentes. Esta composicion bastaría por sí sola para fundar la gloria literaria de Melgar si fuera la única que nos hubiera dejado; y al lado de las otras composiciones suyas, es el más precioso floron de su corona literaria.

« Un soneto sin defectos vale por sí solo tanto como un largo poema », ha dicho

Boileau; y los literatos siguiendo la opinion de tan acreditado maestro dicen que el soneto es un poema pequeño de catorce versos. Siendo una de las más difíciles composiciones que se conocen en la literatura, no es extraño que sea muy escasa, y tanto que son muy pocos los buenos sonetos que conocemos. De Melgar nos quedan dos: en el uno describe la fuerza de su pasion á Silvia, que vencerá todos los obstáculos; y en el segundo se empeña en probar que *la mujer no ha nacido para nada.*

Aunque estos sonetos no puedan figurar al lado de los que ocupan el primer lugar en esta clase de composiciones, no son sin embargo dignos de olvido. El segundo es, sobre todo, muy ingenioso, y si no tratara con dureza al bello sexo, faltando á la vertad filosófica, no le encontraríamos defecto ninguno, porque en lo demas está sujeto á todas las réglas del arte.

Otra tarea muy espinosa para el escritor es la de traducir las obras compuestas en otro idioma, dándoles en el idioma propio toda la gracia, soltura, belleza y lozanía que tienen los pensamientos del escritor cuyas obras se traducen, y sin faltar á la pureza del texto. Nadie ignora las dificultades en que se tropieza al traducir, y para ponerlas de manifiesto basta recordar por una parte lo que todos los traductores han dicho y dicen diariamente; y por otra es preciso no olvidar la fama que han alcanzado en el mundo literario

Chateaubriand por su traduccion del *Paraiso,* Madame Dacier por la *Iliada* y la *Odisea,* el general Pezuela por la *Jerusalen* y tantos otros cuyos nombres parece inútil recordar.

Conocidas de todos estas dificultades, preciso es que hagamos justicia á Melgar por las traducciones que nos ha dejado, que son tres: la del Salmo XII de David, la de algunos versos de Virgilio y la de *El Arte de Olvidar* de Ovidio Nason. El autor no ha querido traducir esos versos en elegante prosa española, sino hacer la traduccion en ramance endecasílabo, que contiene versos de muy buen gusto. Para juzgar del mérito de estas traducciones pondremos algunos ejemplos.

Virgilio canta el desconsuelo de Orfeo en los hermosísimos versos que todos conocen:

Ipse cava solans Egrum testudine amorem,
Te, dulcis conjux, te solo in litore secum,
Te veniente die, te decedente canebat.

Estos versos han sido perfectamente traducidos por Melgar del modo siguiente:

Por dar el triste Orfeo algun alivio
A su amor dolorido, con su lira,
En la ribera escueta, sin testigo,
A tí, dulce consorte, á tí en la aurora,
Á tí al anochecer, clamó afligido.

Sentimos que Melgar hubiese empleado su talento en traducir *El Arte de Olvidar.* Las composiciones de Ovidio, aunque perfectas, tienen el defecto de obscenidad que les hace

perder una parte de su mérito; y el mismo defecto deben tener las traduccionnes. Es cierto que Melgar ha dejado sin traducir todos aquellos versos que ofenden el pudor; y no obstante *El Arte de Olvidar* es siempre una composicion que, á pesar de estas supreciones, tiene algo de censurable. Pero la traduccion ha sido hecha con maestría. Entre los diversos ejemplos que podríamos citar, se nos presenta desde luego la descripcion de la vida del campo y de los placeres que procura, que es la siguiente:

Tambien el campo y su cultivo halaga;
Cualquier cuidado cede á este cuidado.
Anda, pues, á tu campo, y uncir manda
Los avezados bueyes, y que corten
Con el arado corvo la compaña.
En los surcos entierra el don de Céres,
Y saca con usura tu ganancia;
Mira el ramo vencido con los frutos,
Que el cebo que ha nutrido apénas carga;
Mira el arroyo que anda murmurando;
Mira á la Oveja despuntar la grama;
Más allá vé á las cabras saltadoras
Trepando por las rocas elevados;
Ya traerán á los tiernos cabritillos
Sus anchas ubres leche en abundancia:
Ve al pastor que acompaña sus canciones....
. . . .

Por no hacer demasiado largo este escrito no ponemos los demas versos de este párrafo, que son tan hermosos como los que hemos copiado; pero los lectores pueden verlos en el texto adjunto.

En esta traduccion hay soltura, belleza, gracia y elegancia; y no se ha sacrificado nada del pensamiento del autor original: ademas el romance está bien manejado. Así es que podemos decir con justicia que Melgar se ponía á la altura de sus originales, y por eso los ha traducido con tanta propiedad al español.

La *Carta á Silvia* es un romance endecasílabo en que el autor refiere con admirable ingenuidad el principio y los progresos de su amor á Silvia. Lleva el nombre de Carta, por que es una especie de memorial presentado á Silvia, en que el poeta le habla de su amor, y le recuerda todos los incidentes de él.

Esta composicion, buena en su forma, por que el romance está bien sostenido, es tambien estimada en cuanto á su argumento, por el candor con que el poeta cuenta sus amores, y los proyectos que tenía formados. Tal vez esta composicion, como su nombre lo indica, debió quedar en poder de Silvia, y no ver jamas la luz pública, porque es algo descuidada en el estilo. Para apreciarla como se debe, es necesario figurarse un jóven de veinte año, candoroso y sencillo por su educacion; y una sociedad con las costumbres que tendría la nuestra á principios de este siglo. Poniéndose en esas circunstancias la *Carta á Silvia* es una composicion bella.

Hay en este escrito versos que tienen energía y vigor, bellas imágenes, y muy sentimentales expresiones; y la composicion toda tiene

el mérito de que no solo sirve para juzgar de la habilidad del poeta, sino tambien para conocer la moral del individuo y las costumbres de la sociedad en que él vivió. Siguiendo nuestro sistema citaremos algunos ejemplos.

Para describir la fuerza de su amor á Silvia, se vale el poeta de estos dulcísimos versos:

Ver tu rostro fué ver mi gloria entera;
Dejar de verte fué perder mi dicha.
A toda hora á tu lado estar quisiera;
Y cuanto más te veo, más tu vista
Deseo prolongar siglos enteros:
Tanto el deseo de tu amor me incita!

La muerte de la madre de Silvia está cantada en patéticos versos, y además al fin de la *Carta* es notable esta alocucion al Amor:

¡ O Amor puro y sincero! O dulce fuente
Fecunda en gustos y en placeres rica!
Tú eres el alma de todo cuanto vive:
Tú los seres mejores multiplicas:
Tú ablandas la fiereza de los hombres:
Tú haces santa la estrecha compañía
Que la virtud inspira á los humanos.
Esta es su alma, y tu, Amor, eres su vida.

Por estos y otros rasgos, y por la naturalidad y verdad que se nota en toda la composicion, ha gozado de mucha fama desde que por primera vez vió la luz pública en 1827. Algunas personas prefieren la Carta á las Elegías, pero nosotros no suscribimos á esta opi-

nion. Y como entre dos composiciones buenas la preferencia se concede segun el gusto particular de cada individuo, los lectores se decidirán por la que más les agrade. Entre tanto diremos algo sobre los yaravíes.

Que cosa es un yaraví ?

Si nos viéramos en la necesidad de definir el yaraví, tal vez no podríamos hacerlo. Esas composiciones nada nos dicen á la cabeza, y han conmovido dulcemente nuestro corazon desde la infancia. Al hablar de ellas recordamos siempre que, siendo niños, nos reclinábamos en el regazo maternal para oir las dulces notas del yaraví; y nos adormíamos con el blando arrullo de su triste música. No preguntemos, por esto, á la cabeza acerca de los yaravíes; dejemos que hable el corazon; y él nos dirá las gratas impresiones que ha recibido desde la infancia, los deliciosos ensueños que el yaraví nos ha procurado, y los dulces recuerdos que ahora mismo nos despierta. Que corra la pluma para el sentimiento, y que no obedezca el impulso de la inteligencia; y así podremos decir algo sobre los yaravíes.

Los que hemos nacido en las faldas del Misti, y que desde la niñez estamos acostumbrados á respirar el aire frío de las cordilleras, podemos comprende mejor que nadie las impresiones que produce el yaraví.

El indio inventor de esta composicion la

entona en su *quena*, y acompaña la tonada con versos de indecible ternura, que tienen en quechua una dulzura y expresion tales que el castellano no las podría reproducir. No podemos olvidar que durante nuestra infancia, y tambien en nuestra juvented, hemos parado algun tiempo en solitarios valles. Allí en las altas horas de la noche, cuando todo parece que descansa del trabajo y de la agitacion del dia; cuando los árboles mismos mueven levemente sus elevadas copas, al blando soplo del aura, hemos oido el yaraví entonado por los indígenas que iban á buscar con su trabajo el dinero necesario para dar el tributo con que pagaban su esclavitud. La naturaleza, medio dormida, las densas sombras de la noche, el silencio del valle, las colinas de que estaba rodeado y que formaban un eco triste, la condicion miserable del indígena: todo esto contribuía á dar tal sentimentalismo al yaraví, que nos desgarraba el corazon. El indio era, para nosotros, el intérprete de los dolores de la tierra; y su tierno canto era la queja elevada al firmamento; queja elevada cuando la naturaleza duerme, porque para no aumentar los pesares de la vida, parece preciso que los mortales no tengan jamas conciencia de lo que padecen. Y no puede ser de otro modo; porque al oir las primaras notas del yaraví el corazon se dilata, los sentidos se adormecen, vienen unos en pos de otros los recuerdos del pasado, llega tal vez con ellos el aroma puro

y suave de juveniles amores, y entónces qué dulce es poder decir con Melgar:

Ya que para mí no vives,
Y no te han de ver mis ojos,
Pues te he perdido;
Daré lugar á mis penas
En la triste soledad
En que hoy me miro.

Vosotros los que estais acostumbrados al bullicio de las ciudades, que no habeis salido jamás de ellas, y que vivis engolfados en el laberinto seductor que presenta ese engañoso fantasma que llamamos sociedad, no podeis comprender las sensaciones que se despriertan en el alma cuando el hombre se encuentra solo al frente de las majestuosas creaciones de la naturaleza, y sin más testigo de sus emociones que su propio corazon que aspira á dilatarse tanto como la inmensidad en que se encuentra. Si entónces, al son de triste *quena* ó de apacible vihuela se entonan las sentidas y dulces notas de un yaraví, el alma se hace semejante á la mariposa; y así como ésta al ver la luz corre presurosa hácia ella, y revolotea sin cesar, al rededor del candil, hasta morir en él; así el que ha oido un yaraví, quiere continuar oyéndolo; el corazon se le agita, suspira, gime, llora, y se sumerge con placer en ese oceano sin orillas á que los poetas dan el nombre de dulce melancolía.

Sí, repetimos: vosotros los hombres de la sociedad, no podeis comprender el yaraví, por

que esta composicion es como las plantas que solo crecen y se desarrollan en el lugar de que son indígenas; y que trasplantadas á otro se hacen débiles y no producen fruto. El yaraví debe ser cantado en la soledad; allí produce todo su efecto; y en medio del bullicio de las sociedades forma desagradable contraste con la animacion de las personas y de los objetos que en ellas se encuentran.

El yaraví es el ¡ ay! que emite el alma cuando se encuentra agobiada por un pesar ó por un amor desgraciado. No es el acento ardoroso del ódio, ni la devoradora expresion de la venganza; es el gemido del que vé pérdido su amor y continúa queriendo; es el dulce coloquio que se sostiene con la inseparable sombra del ingrato objeto de nuestros amores, ó de la insensible causa de nuestras penas.

Fácil es ver por esto las dificultades con que tropezaríamos para definir el yaraví: hemos descrito sus efectos; y esperamos que de este modo se formarán idea de él nuestros lectores.

El yaraví es una composicion destinada á cantarse con acompañamiento de vihuela ó de dos *quenas*. La música no tiene más que un tema fijo, sin ninguna variacion; y esta monotonía del canto lo asemeja á un golpe muchas veces repetido, que por efecto de la repeticion hiere el objeto golpeado: así las notas del yaraví llevan poco á poco el alma á la melancolía.

No es el yaraví la cancion que debemos á los europeos: es, como ya hemos dicho, la elegía con que acompaña su llanto el corazon que sufre. Los indígenas lo enseñaron á los españoles; y desde entónces se ha hecho de él una composicion enteramente nacional en la música, y una cancion enteramente especial en nuestra literatura.

Siendo el yaraví la poesía primitiva de los indígenas, las mejores composiciones de este género se encuentran en quechua. Las que se han hecho en español son traducciones ó imitaciones de aquellas; y el verso que se ha adoptado para estas imitaciones es por lo comun el de ocho sylabas, en cuartetos ó quintillas. Se emplea tambien el verso de ménos sílabas; y es muy usada la interpolacion de versos de cinco sílabas entre los de ocho, y á este yaraví se le llama *de pié quebrado.*

Los yaravíes que publicamos de Melgar son diez. Muchos son los que se le atribuyen; pero no estando seguros de su autenticidad, solo publicamos aquellos de que no tenemos ninguna duda. Es sensible que estas composiciones que tanta fama han dado á nuestro poeta, y que le han granjeado los calificativos, de dulce y tierno, hayan quedado reducidas á tan pequeño número; pero hemos querido mejor disminuir el número, que exponernos á que se reclamara la propiedad de algunas de ellas.

En todos los yaravíes que publicamos se

han reunido tan bien las condiciones esenciales de ese género de escritos, que no hay uno solo que al cantarlo no produzca su efecto, y aun al recitarlos se nota en ellos esa expresion de ternura que es uno de sus principales requisitos. Sencillez y naturalidad en la expresion, vehemencia en los sentimientos, y ligereza en el verso: todo esto se encuentra en los yaravíes de Melgar; no obstante merecen la preferencia sobre los otros el VII que principia:

¿ Con que al fin, tirano dueño,
Tanto Amor, clamores tantos,
Tantas fatigas,
No han conseguido en tu pecho
Más premio que un duro golpe
De tiranía ?

el IX, cuyos primeros versos son:

¿ Con que al fin habeis tomado....

y el X:

Ya que para mí no vives....

que lo hemos citado ántes.

Comprenderán por esto nuestros lectores que el yaraví es una de aquellas composiciones que hablan al corazon con todo el desconcierto y la ternura que son propios de las grandes afecciones del espíritu. Nosotros sentimos su fuerza, y par eso no damos lugar á la crítica. No queremos que la inteligencia con su frío análisis venga á matar en nosotros un grato senti-

miento: deseamos que nuestros lectores hagan lo mismo al leer estas composiciones de Melgar, y que poseidos del efecto que producen, puedan decir lo que un aficionado de esta poesía ha dicho hablando de ella: « Por lo « que á mí toca, confieso con ingenuidad, que « cuando oigo estas canciones, se abate mi « espíritu, se acongoja el ánimo, el corazon se « entristece, los sentidos se encalman, y el « llanto humedece mis ojos » (1).

Á los yaravíes siguen las fábulas, que son cinco: la moral de ellas es política ó social; y están escritas con gracia y fluidez.

En cuanto á la estructura general de los versos, poco nos resta que decir. Melgar estudió mucho los antiguos poetas españoles, y los ha imitado en las combinaciones métricas. El verso de que usa con más frecuencia es el endecasílabo. La medida es por lo comun perfecta: muy pocos versos faltan á ella, y en algunos casos el consonante y el asonante son viciosos; pero éstos son pequeños lunares que no ofuscan el brillo de nuestro poeta, por las razones que hemos dado al principio de este escrito.

He aquí el juicio, imparcial en nuestro concepto, que despues de largo tiempo de estudio hemos formado de las poesías de Melgar. Quizá la poca versacion que tenemos en materias literarias nos haya hecho incurrir en

(1) *Mercurio Peruano,* tomo 4° de la edicion antigua. Véase tambien Geografia de Paz-Soldan, tomo 1°, p. 32.

errores; y por eso no proponemos nuestra opinion como un fallo irrevocable, ó como una regla que invariablemente se deba seguir. Si alguna persona nos hace notar bellezas que no hemos sentido, ó defectos en que no hemos reparado, tendremos gusto en rectificar nuestros asertos; porque nosotros no queremos que Melgar pase á la posteridad vestido de oropeles que puedan ser desluctrados por el tiempo, sino con su ropaje propio, y en el lugar que debe tener por su verdadero mérito. Sirva nuestro juicio de principio al fallo de la opinion pública; y nos complaceremos de haber empleado muchas vigilias en estudiar y dar á luz las composiciones de Melgar, de que tanto se habla, por algunos con pasion, por otros sin pleno conocimiento, y por muy pocos con imparcialidad. Siempre nos quedará la satisfaccion de haber trabajado para que estas composiciones no caigan en el olvido, como habria sucedido tal vez si no se presentaran reunidas, como ahora lo están.

Entre tanto ¡ tú, jóven poeta, duerme tranquilo! En tu breve existencia dejaste hondas huellas en pos de tí: la Patria te recuerda con orgullo y gratitud, por el sacrificio de tu existencia; y la Literatura ha escrito ya tu nombre con elogio en sus inmortales páginas.

¡ Feliz tú, que pudiste hacer tanto en tan pequeño tiempo! ¡ Quien pudiera asegurarnos como á tí la aureola de la inmortalidad! Noble emulacion despierta en nosotros tú memo-

ria; pero pesados viajeros en este mundo de penas y sinsabores, nos encontramos sin fuerzas para imitarte; y nos limitamos á ofrecerte la flor marchita de nuestros débiles esfuerzos. Recíbela con benevolencia, y permite que, conmovidos por tus tiernas composiciones, al despedirnos de tus Manes escribamos en la puerta de tu sepulcro:

Aquí descansa Melgar, EL POETA DE LOS YARAVÍES.

Colocaos en torno de su tumba los que teneis corazon.

F. GARCÍA CALDERON.

Lima, abril 22 de 1865.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS

DE DON MARIANO MELGAR

La vida y la muerte del jóven D. Mariano Melgar son una tradicion querida en el pueblo que lo vió nacer. Medio siglo há que la muerte de este jóven debió hundir su nombre en el olvido, sí él hubiese nacido para ser olvidado, y si no hubiese tenido la suerte de ser hijo de Arequipa. Allí se conserva su memoria viva y en todo su frescor, se cantan sus canciones con predileccion, se recuerda su heróica muerte como título de gloria para él y para sus compatriotas, y se visita con lágrimas su tumba. Un pueblo que tal hace, que así premia el mérito de sus hijos, no puede dejar de tenerlos muy esclarecidos, y que le paguen en honra la valiosa deuda de su estimacion.

Tendrá seguramente Arequipa hijos esclarecidos; más no serán solo una' adquisicion debida á los premios que dá un pueblo, sino un fruto espontáneo de su suelo protegido y fomentado con esmero.

Son las dotes naturales del pueblo Arequipeño la inteligencia clara y penetrante, la energía de carácter, el entusiasmo, la firmeza y tenacidad para las grandes empresas, al mismo tiempo que una exquisita sensibilidad y una proverbial dulzura en la vida íntima y en la sociedad privada. Si ésta es la obra de la naturaleza, que reunió en un punto el más claro y hermoso cielo, rico de electricidad, y en el que jamás falta un sol vivificante; un suelo en el que parece quiso hacerse descriptiva la naturaleza misma, si se permite esta expresion, y un sublime anfiteatro formado de las más gigantescas y severas montañas de los Andes; si á esta rara y feliz reunion de agentes de poderosa influencia en el hombre debe el pueblo de Arequipa los lineamentos más fuertes de su fisonomía, hay algo que le dió una voluntad explícita del cielo: una moralidad que puede decirse innata, pues se la encuentra en todas sus tradiciones, y que se puede creer asegurada para lo futuro, porque se conserva al traves de circunstancias que han corrompido á otros pueblos. La peste del *auri sacra fames* no ha cundido en Arequipa, y se puede esperar que allí no se experimentarán sus extragos. En Arequipa se comprende la gloria en su bello sentido; y se ambiciona la gloria con el ardor de una pasion legítima. ¿ Que exigirán la patria, la sociedad, las ciencias, las bellas artes, que no pueda esperarse de los hijos de un pueblo tan bien y conve-

nientemente dotado por la Providencia ? Tendrá pues Arequipa muchos hijos que pueda presentar como dignos de la estimacion distinguida de la patria.

Esperamos, ó quizá solo deseamos, que salga de Arequipa la iniciativa de una regeneracion que á grandes voces está reclamando la sociedad. Quiera ese pueblo no hacer estériles los ricos elementos que la Providencia le ha dado para la vida social, y haga por que sus errores, si los ha cometido, sean olvidados como los de la edad juvenil del individuo.

Si se creyese apasionada la idea que damos de Arequipa, y se presumiese que nació allí el que escribe estas páginas, no negaremos que allí vimos la primera luz, y allí respiramos el primer aire que nos dió la existencia; pero los que hayan fijado sus miradas en aquel pueblo reconocerán que no hemos querido halagarlo propasando los límites de la realidad y que no hemos pagado con lisonjas la deuda del nacimiento, sino con dar involuntariamente una extension fuera de propósito á la unica indicacion que pensabamos hacer, de que, si se encontraba algo digno de elogio en la vida de D. Mariano Melgar, no se privase de la debida participacion al pueblo en que nació y vivió, y cuya estimacion dió, sin duda, vigor y expansion á su inteligencia y sentimientos.

Si hemos cometido una falta, no será la de verdad. En los últimos años de la vida en que nos hallamos, ya no se ama sino la ver-

dad, esa divinidad á la que no se ofende impunemente. La mentirosa lisonja, ya insípida, y las esperanzas de la miserable grangería que con ella se hace, si existieron, quedan muy atras en la carrera de los años. Escribimos estas líneas lejos, para siempre, del suelo natal; y cuando estamos escribiendo divisamos, ya no lejano, el término del viaje que no se hace dos veces. Las cartas de recomendacion ¿para que nos servirian?

Sin dar nada á la vanidad ajena, y sin esperanzas para la propia, hemos escrito lo que precede: en lo que siguiere no tendremos por qué ser más condescendientes.

Nació D. Mariano Melgar en el año de 1791, del matrimonio de Don Juan de Dios y Doña Andrea Valdivieso. En su casa no abundaban las riquezas, pero sí la tranquilidad y el contento de una honrosa medianía. El lujo de la familia era su moralidad.

Cuando nació Melgar terminaba Arequipa el período de su vida patriarcal; y cuando llegó el tiempo de cultivar su inteligencia debia tambien aparecer el crepúsculo de la ilustracion y nueva civilacion de Arequipa. Ántes de esto, pocos abogados, pero buenos, honraban el humilde foro de aquella ciudad. En la Iglesia tenia sacerdotes muy instruidos en teología y moral. No contaba con más su literatura, y para enriquecerse esperaba la llegada del siglo en que vivimos. Melgar perteneció par filiacion al siglo anterior, pero se apresuraba á colocarse en el presente.

Á la edad de tres años sabia leer; y se vió desde entónces que la vida intelectual luchaba por anteponerse á su desarrollo físico: no bien desembarazado de las envolturas infantiles, se apoderó de los libros, y sus manos renunciaron á los juguetes de los niños, que jamás habian de manejar. Desde que supo leer, recibió con avidez todo aquello con que se enriquece la memoria de los niños.

Ántes de los ocho años sabía el latin de Ciceron y de Virgilio, y se había erigido en profesor gratuito de sus condiscípulos. Á esa edad, sin solicitud de sus padres, le confirió el ilustrado y muy digno Obispo Señor Chavez de la Rosa, la *prima tonsura*, y le vistió el hábito clerical. Entónces empezaron sus estudios científicos, y encantado por la ciencia, estudiaba sin más tregua que las horas del sueño, pues aun sentado á la mesa en familia continuaba sus lecturas. Si se concedía algun descanzo, era el estudio de lo agradable y de lo bello. Si atendiendo á su salud, se le llevaba al compo, allí estudiaba la campiña, y de vuelta á su casa, reproducía con el lápiz los árboles, los animales y aun los paisajes que había visto. Dibujó y pintó sin maestros, porque no los había, y por que él sabía tomar las lecciones de la naturaleza. No le fué extraña la escultura, ni nada de lo que atrae y encanta la imaginacion. En arquitectura hizo algunos bellos ensayos. En musíca debía quedar estéril su teoría, porque no nació en tierra italiana. Pero

enseñaba las reglas del arte y gustaba y hacía gustar de algun pobre concierto, de los que en su tiempo era dado gozar en Arequipa.

Completó sus estudios literarios ántes de los veinte años; si es lícito decir completó, porque á esa edad sabía cuanto en su tiempo se podía aprender en Arequipa. No se encelen los jóvenes estudiosos de nuestros dias: Melgar no alcanzó el tiempo en que habían de pasar el Atlántico los secretos que la Física y la Química estaban arrancando entónces del seno de la naturaleza. Lejos estaban los dias en que el fuego había de anular al viento en los mares, y en que las naciones se habían de comunica por un hilo de alambre. Apénas se tenía noticia de que la ciencia hablaba ya de comercio y de industria, y que tomaba asiento en los consejos del Gobierno.

Nada de esto, hoy al alcance de nuestra juventud, podía saber Melgar. Estudió Filosofía, Matemáticas, en todos sus ramos, Teología, Derecho, Historia, Idiomas y Bellas Letras, pero sabía todo no como un hábil colegial, sino como profesor. Dió lecciones de Filosofía y Matemáticas, y de algunos otros ramos de la ciencia, haciendo innovaciones en los métodos y en la eleccion de textos. Nada estudiaba que no llevase al terreno de la práctica. Aun en las artes mecánicas se ejercitaba, si en ellas podía dar cabida á la fecundante intervencion de las ciencias. Su ardor por abrazar todos los ramos del saber, no fué el desatinado apetito

que forma los eruditos y pedantes; no, su espíritu fué verdaderamente enciclopédico.

Si quería abarcar todo lo que pertenece á la inteligencia y al sentimiento, era porque para todo encontraba fuerzas en su corazon y en su cabeza. Lo verdadero y lo bello le pertenecían con igual derecho. Con la facilidad con que resolvía un problema de matemáticas, hacía una composicion en versos latinos: no bien concluía una disertacion científica ó un cálculo astronómico, cuando ya salía de su alma una de aquellas dulces elegías que caracterizan su poesía.

Si amaba con ardor á su patria, con igual fuego debía de amar á Silvia. Uno y otro amor iban pronto á conspirar para conducirlo á la tumba. Pero no anticipemos los tiempos y veámoslo todavía otra vez ántes que esté herido del pecho y que sus versos exhalen quejas de amor.

Lo vimos destinado al sacerdocio desde sus primeros años. Siguió gustoso la direccion que se le daba, y estudió con placer las ciencias eclesiásticas. Se entregó á las prácticas religiosas, bebió la moral de las mejores fuentes; y así, y con el edificante ejemplo de sus padres, se formó unas costumbres tan puras, que hacían ver en él anticipadamente un digno sacerdote. Proponíasele entónces como el modelo que debían seguir los jóvenes que entraban al servicio de la Iglesia. Más llegó el tiempo de entrar en consulta consigo mismo, y no encon-

trando muy claros y terminantes los signos de su vocacion al sacerdocio, creyó que debía probarse todavía y abrazó una vida enteramente ascética. Permaneció en ella por mucho tiempo con su natural firmeza; y al fin llegó á comprender que no era llamado por Dios al altar. Abrió entónces su corazon á su respetable padre, y le declaró que no estaba dispuesto á recibir las órdenes sagradas que se trataba de conferirle. Se desnudó de los hábitos clericales, pero no abandonó el estudio de su religion, la que podemos decir profesaba con pasion, si es permitido emplear esta palabra.

Marchó hasta este punto por un sendero de pura felicidad. Buscó la gloria en la ciencia, y aunque no tuvo tiempo para encontrarla, gustó del placer que siente un alma sedienta del saber, al hacer su adquisicion. Hizo saber sus talentos á cuantos de ellos querían valerse. Saboreó muchas veces del exquisito placer de la beneficencia, conduciendo á algunos al puesto en que pudiesen alcanzar la subsistencia ó la fortuna. Un solo hecho nos lo hará ver en esta clase de goces.

Faltó el arquitecto que edificaba el templo de San Camilo, y no habiendo quien se atreviese á coronar la obra con la boveda de la nave principal y la cúpula, el jóven estudiante Melgar tomó bajo su proteccion á un oficial de albañilería, le dió sus instrucciones, le trazó líneas, le dibujó adornos, y se levantó la no esperada y la más elegante cúpula de las que ilumina

y colora el sol de la tarde, en la perspectiva de Arequipa. El pobre oficial de albañilería (Lorenzo Dominguez) fué desde entónces arquitecto, y su ántes miserable casa abrigó en lo sucesivo una familia feliz.

Gozó, pues, Melgar de cuanto podía gozar en su presente, fué cuanto podía ser; pero nada de esto debía hacerlo vivir en la posteridad. Ésta había de ser la obra del amor y del patriotismo; pero debía ser inmolado como víctima, y para ello estaba espléndidamente adornado.

La escena cambia. Melgar vá á ser el amante de Silvia; pero no por eso lo abandonarán sus ideas y sus virtudes. Al contrario, así como los primeros fuegos del corazon, en cierta edad, iluminan todo el semblante y lo embellecen, así tambien la nueva vida del amor anima y hermosea todos los rasgos morales del amante. Melgar quería ser el hombre sin tacha á los ojos de su amada, y se presentaba sin defectos á los ojos de todos.

Amó Melgar; y con esto empezó su corta y triste historia; *toda su historia*, como él la llamó en unos sentidos versos. Amó, y el objeto de su primer amor (Melisa), no fué la Beatriz del Dante, ni la Laura del Petrarca. Su primera querida fué la que le preparó á la primera decepcion. Melisa, halagada ántes por otros adoradores, conocía ya la escuela del amor, y le era grato el incienso quemado por diversas manos. Melgar, que aun no sabía, ó mejor di-

cho, que nunca había de jugar con el corazon, se sintió rechazado de éste juego; y atraido inmediatamente por las gracias y el candor de Silvia, entregó á ésta todo su corazon. Silvia unía á la belleza toda la fuerza misteriosa de la simpatía: fué digna de la pasion de Melgar, y supo amarlo; pero debía hacerle sentir, gustándolas ella misma, todas las amarguras de un amor desgraciado.

Melgar, amante de Silvia, no podía concebir sino que debía ser su esposo. Lo propuso á sus padres y á los de Silvia. Los de ésta, que no eran poetas ni estaban enamorados, y que miraban bajo otro punto de vista las propuestas de matrimonio, declararon, en la mejor prosa del mundo, que no se opondrían al proyectado enlace, pero que creían indispensable que el pretendiente se colocara en una posicion en que le fuese fácil formar una familia.

Melgar, aunque poeta, respetaba todas las conveniencias sociales, y no tuvo dificultad para conocer la justicia de la observacion que se le opuso. Hizo que su amor aceptara las condiciones, y trató de ser abogado, no obstante el poco afecto con que miraba el palenque de las leyes.

Para tener su entrada en el foro, le era precíso ausentarse de Silvia y viajar á Lima. Para hacer su viaje por mar, que era el más corto, marchó al puerto de Quilca; pero allí le faltó la resolucion para poner el mar entre él y su amada, y traido por su pasion, volvió á Are-

quipa, sin poder darse cuenta del motivo de su regreso. Marcó estos dos pasos de su vida como marcan su camino los poetas: en Quilca entonó su himno *Al Autor del Mar*: en Arequipa cantó aquella elegía en que dice:

¿ Por qué á verte volví, Silvia querida,
Ay triste, paıa qué, para trocarse
Mi dolor en más triste despedida?

Pero al fin era preciso, era indispensable, su amor mismo le aconsejaba ausentarse, porque con ese sacrificio debía hacerse dueño de la mano de Silvia. Volvió, pues, á emprender su viaje, ya todo por tierra; y á pesar de que en aquellos tiempos Lima estaba más lejos de Arequipa que hoy está Moscou de Lima, en cuatro meses y medio hizo su viaje de ida y regreso, permaneciendo cincuenta y dos dias en Lima; en cuyo tiempo aguijado por el amor, dió más que de prisa sus exámenes é hizo sus funciones literarias, como si recogiese flores para ir á ponerlas en la cabeza de Silvia. Su otra pasion, la del saber, le hizo buscar con ansia, en los mismos dias, á los hombres notables de Lima por sus tálentos y sus luces: conoció el estado de ilustracion y civilizacion de ésta capital: vió cuanto en ella había de bellas artes, y sobre toto, se gozó en reconocer que, aunque comprimidos, ya estaban acumulados los gérmenes de la empresa que debía dar á la patria une existencia propia, por la que ya se disparaba el cañon en Buenos Aires y

Colombia. Él tambien fué conocido por las notabilidades del Teatro de las Letras: se le halagó por retenerlo, se le ofreció cuanto había que ofrecerle, una buena posicion en un establecimiento científico; pero él renunció á una sociedad llena de encantos, y en la que su imaginacion y su inteligencia podian tomar toda su expansion, y no pensó más que en volver á Arequipa á gozar del amor y de la vista de Silvia. No debía encontrarla como la babía dejado.

Si él se dió prisa para volver á verla, más se habían apresurado los parientes de ella, excepto la madre, para influir en su corazon y su cabeza, y llevarla en direccion contraria á la que el amor le señalaba. Habían obtenido de su grande sumision filial que retractase las promesas hechas al amante, más no que lo olvidase.

Llegó Melgar, vió á Silvia y reconoció toda su desgracia. Silvia le esquivaba las explicaciones terminantes, que á ella debían serle tan dolorosas como á él. Melgar veía en su semblante y sus miradas, es decir, en su alma, que lo amaba; más no oía las palabras que lo encantaban en otro tiempo.

Una violenta y peligrosa fiebre explicó bastante bien el estado en que quedó el alma de Melgar con el cataclismo de sus queridas ilusiones.

No fué entónces, sino más tarde, cuando sintió el lenitivo de los tiernos versos en que cantó

su desgracia. Vuelto á las musas, leyó (recurso inútil) y tradujo el Arte de olvidar de Ovidio; y reconoció que su herida era mortal; y entonó aquel yaraví en el que, despues de pronosticar su muerte, dirigió á Silvia esta amenaza :

« Á todas horas mi sombra
Llenará de mil horrores,
Tu fantasía;
Y acabará con tus gustos,
El melancólico espectro
De mis cenisas. »

¿ Es cierto que los poetas son vates? Todo iba á cumplirse como un verdadero vaticinio. Muerto Melgar, Silvia tenia que expiar con largo llanto la muerte de su amante, y los fatídicos versos de éste debían ser el *espectro que acabase con los gustos* de Silvia.

Antes de entrar con Melgar en el camino por el que debía ir á su destino, veámoslo une vez más, considerándolo como poeta, aunque por falta de competencia, no juzguemos sus poesías.

Hizo versos desde su niñez, malos sin duda por faltarles poesía, pues ésta no anima á sus escogidos hasta que no empieza la vida del corazon; pero ese ejercicio le dió tal facilidad para versificar, que podía decir como Ovidio: *et quod tentabam dicere versus erat.* Cuando ya fué favorecido de la iuspiracion, no se vió molestado por el metro y la rima: en ninguno de sus cantos se le vió romper el instrumento.

Cantó el amor verdadero, lo que le dió popularidad, en una tierra en que abundan sus

correligionarios; pues aquel Dios, errante desde la caida del paganismo, encontró sin duda su asilo en Arequipa. Cantó su amor patrio. Hizo algun poema didáctico. En lo descriptivo (en su oda al Autor del Mar) diremos sin temor que no muy tarde podría llegar á colocarse al lado de Virgilio. Preludió en fin con hábil mano en todos los tonos de la lira. Respetó el drama; y este respeto nació sin duda de su buen juicio, si es cierto que el drama no es la obra de la imaginacion de un poeta, sino el retrato poético de una sociedad, en cuyo seno se agitan grandes é interesantes pasiones, y si la sociedad en que nació y vivió Melgar no había llegado á esa edad.

Si hay defectos que perdonar en sus composiciones, será fácil la indulgencia, no olvidando que el poeta empezaba á vivir y sentir, y que no respiraba en una atmósfera de poetas. Murió cuando aun no había hecho sino reconocer sus fuerzas. Nada enmendaba porque sabía que podía empezar á tomar la lira y que la encontraría siempre sonora.

Prontos á someternos al fallo fundado de los que profesan el arte de orígen divino, diremos del poeta Melgar que fué original, en todas las buenas faces de esta idea. Su poesía fué la de la naturaleza y la de una organizacion ardiente y sensible. No obedeció á otras fuerzas, ni supo que la inspiracion debía sujetarse á preceptos. Aunque le eran familiares los clásicos latinos y no extraños los italianos y fraceses, no se hizo

clásico. No nació para estar tomando con el compas medidas de un modelo. En su tiempo no había llegado á estas regiones el romanticismo. No fué, pues, romántico ni clásico, sino el poeta de su corazon y de sus inspiraciones.

No habrían sido escasas, como ahora son, las muestras de su genio poético, si el destino le hubiese acordado algunos años de vida; pero contados estaban sus dias; y cuando empezaban sus cantos estaba ya arrastrado por las fuerzas combinadas del amor y del patriotismo que lo conducían á su fin.

Libre de la enfermedad en que lo arrojó el contraste sufrido en su pasion, su padre, hablándole de salud y pensando realmente en hacerlo olvidar á Silvia, si fuese posible, le aconsejó mudar de clima: quiso que pusiese *tierra por medio contra el cariño*, y le indicó el valle de Majes para que fuese á residir allí por algun tiempo. El aceptó la idea, se ausentó á Majes, pero llevaba el arpon clavado en el pecho.

Llegó entónces, como á una cita, el año de 1814, en que el Perú debía unir sus esfuerzos á los que en otros puntos se hacían por la independencia de la América, patria entónces una y multíple de todos los Américanos. El Cuzco dió la voz de la revolucion, encontrando eco á grandes distancias. El pueblo de Chuquibamba, vecino de Majes, tomó presuroso las armas, secundando al Cuzco; y Melgar, de Majes se lanzó á Chuquibamba á pedir solo una

espada, sin pensar en el rango en que debía colocarse. Poco depues se le llamó Auditor de Guerra.

Al tomar una espada no obedeció solo al entusiasmo, las más veces mudable, sino á instintos nobles y generosos, que en la infuncia le habían hecho verter lágrimas de compasion por la suerte de la raza indígena vejada y ultrajada por la española; á la aversion al régimen colonial, que tan odioso supieron hacer los Españoles; á ideas y profundas convicciones; y á una pasion por la patria, que en él se había anticipado á la del amor, y que le hizo decir en sus versos:

« Por Silvia amo á mi patria con esmero,
Y por mi patria amada á Silvia quiero. »

Con tal disposicion de ánimo y con un temple de carácter ardiente y aun impetuoso, abrazó la revolucion, y la revolucion absorvió los dias que le quedaban de vida.

Ufano con su espada y su escarapele de soldado de la patria, entró á Arequipa con la columna de Chuquibamba para incorporarse allí con el Ejército Patriota del General Pumacagua, que acababa de tomar aquella ciudad. Fugaz placer de una ilusion, que amargas realidades iban á destruir al momento. Entró en la casa paterna, y no salieron á recihirlo el gozo y la ternura á que estaba acostumbrado, ni vió más que semblantes que llevaban pintada la desolacion de toda la familia, al contemplarlo en-

vuelto en una empresa guerrera, llena de riesgos, á él á quien creían pertenecerle de derecho todos los triunfos de las letras. Vió al General Pumacagua, jefe de la revolucion, le oyó, lo estudió, y no encontrando en él ni las ideas ni la fuerza de carácter que se necesitaban para la empresa de primera magnitud que había acometido, vaciló su fé en la revolucion; esa fé con que un corazon de veinte años arrostra y vence todas las dificultades. Vió tambien á Silvia y sintió reabrise la antigua herida: vertía sangre otra vez, y quería ocultárselo á sí mismo. Amaba, y decía que había olvidado, cuando no podía olvidar sino arrancándose el corazon. Tales eran los disgustos que rodeaban en Arequipa al que acababa de entrar allí henchido de placer y de esperanzas. Pero si habian caido por tierra sus ilusiones, conservaba toda la fuerza de su alma.

Firme en su resolucion de seguir la suerte del Ejército revolucionario, hablándose un dia de la marcha de ese Ejército, le decía una hermana suya, á quien quería con ternura: ¿Y tu te vas hermano? Sí, contestó él, y no volveré. El acento amargo á la vez que firme de éstas palabras, aterró á la hermana, porque el *no volveré* significaba « voy á morir seguramente ». Así que, con voz ahogada replicó: ¡Que es lo que has dicho! Él contestó: Sí, esto (la revolucion) no puede triunfar ahora: con éste indio..... (calificó con dos palabras muy duras á Pumacagua) con éste indio no se hará nada de bueno. No obstante, debo marchar con el

Ejército, debo luchar con los Españoles, debo batirme con ellos..... Pudiera ser tambien que Angeslo (personaje de la revolucion) de quien dicen que es hombre de talento, ponga algun órden en las cosas. Pero este Pumacagua lo vá á perder todo..... En fin: *yo voy á morir, y seré uno de los primeros.* El corazon de la hermana creyó haber encontrado un poderoso recurso para retener á su hermano en Arequipa y, conteniendo las lágrimas en los ojos, le dijo: Si...... (Silvia) quisiera satisfacerte ¿te quedarías? No sé lo que haría, contestó Melgar, si ella, espontaneamente, quisiera volver á mi cariño..... porque, al fin, yo puedo servirá la patria con más provecho que ahora y en mejor ocasion..... Pero no; yo me debo á la patria, marcho con el Ejército: tu no le digas nada á (no pudo pronunciar el nombre de Silvia) podría creer que lo hacías por insinuacion de mi parte.

Así combatían en el alma del jóven soldado, amante y poeta, su amor, su propia estimacion y su patriotismo. La victoria debía ser del último, por que de ese lado estaba la muerte.

No podemos apartar de la memoria en este instante los versos que Virgilio hace pronunciar al valiente Juano, cuando dice á su hermana que no le detenga, que no ponga obstaculos al combate en que debía morir.

« Jam, Jam fata, soror, superant, absiste morare,
Quo deus et quo dura vocat fortuna, sequamur,
,.... Stat, quid quid aservi est,
Morte pati; nec me indecorem germanna videvis, »

El destino aceleraba ya los pasos de Melgar: ántes de contar cuatro dias despues de la última conversacion con su hermana, en la que con plena seguridad anunciaba que iba á morir por la patria, entró una mañana en la casa paterna, en traje de camino y con la espada ceñida. Era el dia de su marcha y de su último adios. Se dirigió á la habitacion de su padre: lo vió sentado en su acostumbrada silla, y quedó suspenso: pasó á la habitacion de su hermana: respiró allí con angustia por algunos instantes: volvió precipitado á donde estaba su padre, cayó de rodillas á sus piés y lo abrazó. El padre, anciano octogenario, lo adivinó todo, levantó sus brazos trémutos al cielo, y los dejó caer sobre su hijo. No se oyó un adios, ne se oyó palabra alguna; solo hubo sollosos convulsivos y abundantes lágrimas. Con un esfuerzo supremo dió la mano del padre la bendicion al hijo.

Le tocó á la madre hallarse allí presente: sin gemir, sin verter una lágrima, sin fuerzas para acercarse á su hijo, pálida, inmobil como una estatua, fué presa de su dolor. Así recivió el último abrazo de su hijo, que la bañó con sus lágrimas, y partió precipitado.

Así salía Melgar del lado de sus padres. Marchaba con el Ejército dejando su casa cubierta de un luto anticipado: dejaba atras su suelo natal, y en él á Silvia: iba con su corazon otra vez entregado á las punzantes penas del amor, que había renacido en toda su fuerza:

no encontraba su primitiva fé en la empresa revolucionaria: pero á pesar de todo, marchaba con firmeza porque su ardor patriótico lo acompañaba, y si presentía el funesto desenlace de la revolucion, tenía en perspectiva su muerte gloriosa por la patria.

La muerte, en verdad, lo esperaba muy de cerca. El ejército fué al Cuzco para salir de allí y entrar en el combate con respetables fuerzas, que para hacer cruda guerra á la revolucion, habian sido destacadas del aguerrido ejército que los Españoles tenian en el Alto Perú, hoy República de Bolivia.

La España pisoteada y ensangrentada por el déspota de la Europa, luchaba por su independencia con su heroismo inmemorial, hacía heridas mortales al tirano, y al mismo tiempo que admiraba al mundo con sus esfuerzos sobrehumanos, pisoteaba y ensangrentaba á la América que, como ella, no aspiraba á otra cosa que á la independencia que está en la naturaleza de las cosas, y es el derecho de las naciones!

Se encontráron los Ejércitos en los campos de Humachiri. El Auditor de guerra Melgar no era llamado á colocarse en las filas de los combatientes, pero el quiso combatir y se colocó en la artillería, arma de su predileccion. Sea por impericia ó debilidad de los que dirigian la pelea (1), ó sea porque aun no era llegada

(1) No queremos tomar en este punto la responsabilidad de historiadores.

la hora de los españoles, la victoria no quiso estar del lado de los defensores de la patria. Éstos cedian el campo á los soldados de España, pero aun quedaba la artillería y todavía tronaba, aunque habian callado ya las demas armas. Los últimos tiros del cañon eran asestados por el Auditor de Guerra.

Sabia Melgar que no debía entregar su vida al enemigo por un ciego despecho. Sus ideas le dictaban conservarse para la patria, depues de haber hecho en su obsequio los últimos esfuerzos, pero por estar pié á tierra al lado del cañon, y porque en el ardimiento del combate no medía los instantes, el caballo en que debía salvarse fué empleado en la fuga del mismo á cuyo cuidado había sido puesto. Entónces Melgar, cruzado de brazos, se entregó prisionero.

El General vencedor, como no habia muerto á nadie de sus propias manos, quiso dar la muerte al distinguido y valiente prisionero; y allí, en el campo de batalla, ordenó que al dia siguiente fuese fusilado.

El General vencedor acusaba, juzgaba, y sentenciaba á muerte al reo de amor patrio. El reo moría por la causa de la América; la causa de una cuarta parte del mundo, la más bella, que quería vivir en el mundo con su vida propia y no con vida española, y que no comprendía la medida absurda de sus límites por la estrecha medida de los límites de una península Europea. La última falta del reo Melgar,

la que lo puso en manos de la muerte, había consistido en ser más valiente que el General que lo fusilaba. La razon determinante que tenía el vencedor para dar su sentencia de muerte, era que al reo no lo habia favorecido la fortuna, que estaba desarmado y encadenado, que no se defendía ni podía defenderse, que al atacarlo no se corría riesgo alguno y que se le mataba con la seguridad con que se mata en el banquillo. Hacer conocer al reo valiente la impotencia en que lo había colocado la suerte, hacerle sentir la fuerza y el poder debidos por el vencedor á la misma suerte, y dar una noche de agonía al enemigo vencido, eran los placeres á que no podía renunciar ese afortunado vencedor.

Entre tanto Melgar veía llegar la muerte que por dos veces se había presagiado. La noche de agonía que se daba no era para él una noche, sino el primer dia de un porvenir eterno en que siempre había creido. Ya era tiempo de que ahogase las voces de un sentimiento que hasta entónces había hecho latir su corazon, y de que renunciase aun al amor de su patria; dos sentimientos que habian sido constitutivos de su ser moral: debía desligarse ya de todo lo que era de la tierra. Así que, animado de la fé y de la religion que había profesado toda su vida, y acompañado y consolado por un sacerdote, veía con serenídad acercarse la hora que se había señalado.

Lleno de juventud y de vida, adonnado de

saber y virtud, cuando en la tierra no había hecho más que tocar á las puertas de un porvenir, que debía serle espléndido, se le presentó un patíbulo. ¿Cuales eran los designos de la Providencia? No nos toca sino respetarlos.

Llegada su hora, marchó Melgar al patíbulo con firmeza y dignidad, como un cristiano resignado. No hizo ninguna de aquellas manifestaciones de dudoso valor ó que traicionan algunas de las vanidades de la tierra en los momentos supremos. Este mundo ya no le pertenecía, y sus labios iban pronunciando palabras sublimes del libro santo; aquellas palabras que la Iglesia ha consagrado á los muertos.

Consumado el asesinato, Melgar, por su parte, consumó su sacrificio por la patria. Dejó su nombre para ser honrado con lagrimas por la generacion á que perteneció, y bendecido por la posteridad. Su sangre, mezclada con la de otros ardientes defensores de la patria, en vez de producir el terror que en funesta ilusion vería la España, avivó y fecundó los nobles sentimientos de los que estaban destinados á ser vencedores de los españoles.

Pasados los largos años de la guerra y renacido el Perú, gozaron los restos de Melgar de una espléndida ovacion. El pueblo de Arequipa los trasladó á su seno desde los campos de Humarachi, y con respeto patriótico los depositó en una honrosa tumba, derramando muchas y tiernas lágrimas sobre el cráneo del patriota atravezado por dos balas.

El Gobierno honró tambien la memoria del jóven patriota, y por medio de un acto de munificencia, hizo que, cual si estuviera vivo, sirviese de sosten á un individuo de su familia, á quien era adversa la fortuna.

Al evocar estos recuerdos y al entregarlos á la pluma, no nos ha animado otro interes que el de la verdad. Hemos querido dar á la tradicion de D. Mariano Melgar la fijeza que la preserve de los adornos de leyenda con que ya se ha pretendido engalanarla. Nuestro título para obtener la fé de la generacion que sigue, es el de pertenecer á la que pertecció Melgar y á la familia en cuyo seno empezó y acabó su vida. Hemos repetido palabras que recogimos de sus labios, y referido escenas á que estuvimos presentes. Nuestra narracion de los hechos no teme llegar á los oidos de contemporáneos que aun viven y para quienes no han muerto los recuerdos de su primera edad. No hemos escrito en interes de una familia, pues las dotes de Melgar no fueron vinculaciones de sangre ó de apellido.

Con estos títulos nos será lícito reivindicar los derechos de la verdad, llamando, muy á pesar nuestro, poco exacto á uno, y ligero y antojadiso á otro, de dos eseritores que han querido adornar á su modo la memoria de Melgar.

El primero, el Gran Mariscal Don Guillermo Miller, dice: Que una linda siñorita (Silvia) rechazó *las proposiciones* de Melgar. Nó: Mel-

gar no fué rehusado: Silvia lo amó; y á ella y á él hicieron derramar lágrimas las dificultades que se opusieron á su amor. Si algunos de los versos de Melgar parecen decir otra casa, será preciso excusarlos como quejas del amante por soñados agravios, y perdonarlos como ligeras infidelidades en la verdad hostórica, causadas por los atractivos de la verdad estética. El Gran Mariscal encuentra en el patíbulo de Melgar algo que deshonre al sacerdote que lo acompañó en nombre de la region. Cree que el sacerdote molestó al reo de muerte con su *brusquería*, ó algo semejante (no recordamos la palabra) y que el reo Melgar le dió alguna contestacion enérgica. Todos los pormenoros de aquel asesinato se dieron á la familia de la víctima por amigos solícitos y bien informados, y entre esos pormenores no se encuentra el que llegó á noticia del Gran Mariscal ingles, relativo á un sacerdote católico.

Si la pluma del Gran Mariscal Miller fué guiada por inexactas noticias, la del otro escritor, un francés, cuyo nombre no recordamos, obedeció á una imaginacion ligera y sin apoyo, y acaso á intereses que aleja de sí el hombre que no está en desacuerdo con la dignidad y el que vé las creencias religiosas de los otros con el respeto que se les debe.

El escritor francés titula su ilbro: *Al traves de la América del Sur*, y hace lo posible para convencer que no viajó sino al traves de su escritorio, pues no vió nada de la América del

Sur, y lo que vió fué lo que no existe, como el occipucio de Francisco de Pizarro, conquistador del Perú, que dice haber visto en Lima, en donde nadie vé, los restos de Pizarro.

De Melgar dice que se llamaba Juan, y no era sino Mariano; que lo llamaban el « Poeta de los Andes, » y nadie le dió tal nombre de fama, y que fué feo y por eso desgraciado en sus amores. Melgar no fué feo, y sí de interesante figura con una muy lozana juventud.

En una alegoría dice á Silvia el poeta:

Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido?

El escritor francés deduce de aquí y dice con toda la gravedad de un viajero: que Mélgar vivía apasionado de una paloma, y que habiéndose esta fugado de la jaula, Melgar lamentó su ausencia en tiernísimos versos; los copia y traduce y no teme la rechifla de los que saben lo que es una alegoría!

Este viajero no respeta ni el patíbulo, y pues tomó el empeño de elogiar á su modo al poeta (con lo que engruesa el volúmen de su libro de viajes) tiene que acompañarlo hasta el momento supremo. Dice que se ofreció ó se presentó á Melgar un sacerdote y que él lo rechazó, dando la muy poderosa razon de que entre él y Dios no se necesitaba un medianero. Con estas ó semejantes palabras, y agregándole algun otro adorno de los suyos, nos presenta en Melgar un deista de aquellos que en el siglo pasado dieron en llamarse espíritus fuertes.

No existieron ni el mal humor con el sacerdote católico, en que creyó el Gran Mariscal Miller, ni la protesta deista de la invencion del viajero frances. Ni pudieron existir, porque Melgar había reconocido toda su vida la mision divina del sacerdote al lado del que va á morir. Se confesó y recibió la Eucaristía cuando marchaba del Cuzco al campo de batalla en que creyó se abría su sepultura.

Fué filósofo, y no vió pugna entre la filosofía y el cristianismo. Su fé era la de Bossuet, á quien leía con veneracion; y pensaba como Pascal que podían concurrir todas las ciencias á probar la divinidad de la religion cristiana.

Quedan trasados, aunque ligeramente, los rasgos principales de la vida de Don Mariano Melgar. No eran nuestras manos las que debían presentar en todo su relieve las bellas cualidades con que el Cielo quisó dotarlo. Baste en su elogio lo que dicen los hechos que fielmente hemos recordado. Sus primeros años pasaron en el estudio de las ciencias, el cultivo de las bellas letras y las prácticas de la religion: más tarde vivió entregado á Silvia y á su patria por la que sacrificó gloriosamente su existencia.

Lima, Setiembre de 1865.

ELEGÍAS.

ELEGÍA I. (1)

Por qué á verte volví, Silvia querida?
¿ Ay triste, para qué ? Para trocarse
Mi dolor en más triste despedida.

Quiere en mi mal mi suerte deleitarse;
Me presenta más dulce el bien que pierdo.
Ay! Bien que vá tan pronto á disiparse!

Oh, memoria infeliz! ¡ Triste recuerdo!
Te ví...... ¡ que gloria! pero, dura pena!
Ya sufro el daño de que no hice acuerdo.

Mi amor ansioso, mi fatal cadena,
A tí me trajo con influjo fuerte:
Dije: « Ya soy feliz, mi dicha es plena ».

Pero, ay! de tí me arranca cruda suerte;
Éste es mi gran dolor, éste es mi duelo;
En verte busqué vida y hallo muerte.

Mejor hubiera sido que este cielo
No volviera á mirar; y solo el llanto
Fuese en mi ausencia todo mi consuelo.

Cerca del ancho mar, ya mi quebranto
En lágrimas deshizo el triste pecho;
Ya pené, ya gemí, ya lloré tanto...

¿ Para qué, pues, por verme satisfecho
Vine á hacer más agudos mis dolores,
Y á herir de nuevo el corazon deshecho?

De mi ciego deseo los ardores
Volcánicos crecieron, de manera
Que víctima soy ya de sus furores.

¡ Encumbradas montañas, quien me diera
La dicha de que al lado de mi dueño,
Cual vosotras inmóvil subsistiera?

Triste de mí! ¡ Torrentes, con mal ceño
Romped todos los pasos de la tierra;
Piadozos acabad mi ansioso empeño!

Acaba, bravo mar, tu fuerte guerra;
Islas sin puerto vuelve las ciudades;
Y en una sola á mí con Silvia encierra.

Favor, tinieblas, vientos, tempestades!...
Pero vil globo, profanado suelo,
Es imposible que de mí te apiades?

Silvia! Silvia, tú dime á quien apelo?
No puede ser cruel quien todo cría:
Pongamos nuestras quejas en el Cielo.

Él solo queda en tan horrible dia,
Único asilo nuestro en tal tormento,
Él solo nos miró sin tiranía.

Si es necesario que el fatal momento
Llegue..... ¡Piadoso Cielo! en mi partida
Benigno mitigad mi sentimiento.

Lloro..... no puedo más..... Silvia querida,
Déjame que en torrentes de amargura
Saque del pecho mío el alma herida.

El negro luto de la noche oscura
Sea en mi llanto el solo compañero,
Ya que no resta más á mi ternura.

Tú, Cielo Santo, que mi amor sincero
Miras y mi dolor, dame esperanza
De que veré otra vez el bien que quiero.

En sola tu piedad tiene confianza
Mi perseguido amor..... Silvia amorosa,
El Cielo nuestras dichas afianza.

Lloro, sí, pero mi alma así llorosa,
Unida á tí con plácida cadena,
En la dulce esperanza se reposa,
Y ya presiente el fin de nuestra pena.

(1) Melgar salió de Arequipa con destino á Lima, para recibirse de Abogado, solo por obedecer á su padre, que así lo alejaba de Silvia. En Quilca, que era donde debía embarcarse, y que fué donde conoció el mar y composo su oda « *Al Autor del Mar*, » buscò algun pretexto para no seguir su viaje y regresar á Arequipa. Regresó, en efecto; pero su padre le ordenò inmediatamente volvise á emprender su camino por tierra hasta Lima. Este segundo viaje forzado, fué el que le inspirò esta Elegìa.

ELEGÍA II.

—

Oh dolor! Cómo, cómo tan distante
De mi querida Silvia aquí me veo?
¿Cómo he perdido todo en un instante?

Perdí en Silvia mi dicha y mi recreo:
Consentí en ello ¡ciego desvarío!...
Consentí contra todo mi deseo.

Y ved, aquí conozco el yerro mío,
Ya cuando repararlo no es posible,
Y es fuerza sufra mi dolor impío.

Así el nuevo piloto al mar terrible
Se arroja sin saber lo que le espera,
Y ármase luego la tormenta horrible.

En negra noche envuelta ya la esfera,
Pierde el valor, el rumbo y el acierto;
Y á todos lados vé la parca fiera.

Pero al fin él verá su ansiado puerto,
O acabaránse pronto sus tormentos:
Bien presto ha de mirarse libre ó muerto.

Y aun en medio del mar ¿qué sentimientos
Puede tener cuando en luchar se emplea
Contra las fuertes ondas y los vientos?

Solo yo..... yo he perdido hasta la idea
De un débil esperar: no hallo consuelo.....
¡Ay Silvia..... no es posible que te vea!

Ni morir pronto espero; ni mi anhelo
Puede agitarme tanto, que ocupada
No sufra mi alma el peso de su duelo.

En una calma triste y desastrada,
Fijos tengo los ojos en mi pena,
Sin lograr más que verla duplicada.

En derredor de mí tan solo suena
El éco de los míseros gemidos
Con que mi triste pecho el aire llena.

Solo el dolor, por todos mis sentidos
Entra hasta el corazon: todo es quebranto
Que el alma abate en golpes repetidos.

¡Ay Silvia! Si á lo ménos, tú, mi llanto
Pudieras atender y mis sollozos.....
Ah! mi acerbo dolor no fuera tanto.

Silvia, Silvia, os dijera: « Ojos hermosos,
Mirad mi situacion, ved mi tormento »;
Y al instante mirándome piadosos,

Desvanecieran todo el mal que siento.
Acabadas por tí mis aflicciones,
A tu piedad deudor de mi contento,

Corriera ardiendo á tí: mis expresiones
Fueran dulce llorar... ¡Con que ternura
Te estrechara!!... Ay, funestas ilusiones!

No, Silvia, no: la pena, la amargura
Es todo lo que encuentra mi deseo:
Cuanto alcanzo á mirar es noche oscura.

ELEGÍA III.

—

¿Por qué se aflige, si la noche llega,
El infelice que perdió el camino,
Cuando en el campo para tomar senda
No halla vestigio?

Al dulce sueño puede abandonarse;
Que allá la aurora con hermoso brillo,
Cuando dispierte le dará las huellas
Que hubo perdido.

¿Por que se asusta triste el navegante
Cuando rompiéndose el profundo abismo,
Baten los vientos y encrespadas olas
Á su navío.

Tiempo sereno sigue á la tormenta:
Queda una tabla si creció el peligro;
O al fin perecen corazon y sustos
Á un tiempo mismo.

¿Por que lamenta preso el delicuente,
Si entre cadenas y pesados grillos,
La muerte espera, como pena justa
De su delito?

Ser justa pena puede consolarle;
Aun la injusticia puede ser su asilo;
Por que mil veces la maldad protegen,
Jueces inicuos.

Para mí solo son las aflicciones;
Para mí el susto y el llorar continuo;
Porque en mí solo todos los trabajos
Se han reunido.

Yo perdí á Silvia, sin que rayar pueda
Aurora alguna que á los ojos míos
Muestre su rostro, con la expresion dulce
De su cariño.

Yo perdí á Silvia, y en su dura ausencia
De mil recelos me hallo combatido;
Más que á la Parca temo de su afecto
Cualquier desvío.

Yo perdí á Silvia por injustas tramas
Que me formaron viles enemigos,
Sin que algo impuro procurase nunca
Mi afecto fino.

Más que en ser libre, me gozaba en verme
Esclavo suyo, de su amor cautivo;
Y el verme lejos de pasion tan dulce
Es mi martirio.

Salir no puedo de esta horrible cárcel,
Aquí me matan bárbaros caprichos;
Mas no me matan, que para más pena
Infeliz vivo.

Yo perdí á Silvia ¿Qué mayor tormento?
Toda mi dicha fué su amable hechizo;
Y en ella sola, todo con su ausencia,
Todo he perdido.

¡Ay Silvia mia! yo perdí tu vista;
Ya es llorar solo todo mi destino;
Sin que en mi llanto quede más consuelo
Que el llanto mismo.

ELEGÍA IV.

—

Mustio cipres que viste
Crecer mi amor seguro
Y en cuyo viejo tronco
Escribí: « Silvia, ya mi pecho es tuyo ».

Y tú, claro arroyuelo,
Cuyo dulce murmullo
Acompañó sus voces
Al ofrecerme su corazon puro.

Oidme, ya no puedo
Callar el mal que sufro;
Ya Silvia en ira ardiendo,
Apagar quiere cuanto amor me tuvo.

Y obstinada porfía
Que le he sido perjuro;
Ya rabia y me aborrece,
Y su rabia y su enojo son injustos.

Volved por mí vosotros,
Decid si jamas hubo
Amor que como el mío
Fuera sincero, perdurable y puro.

Decidle cuántas veces
Mirásteis que confuso
Aquí llorar me hacian
Mis amores, mis ansias y mis sustos.

Decidle cuántas veces
Con ardor importuno
Quiso encender Melisa
La llama que apagué viendo su orgullo

Y cómo yo leyendo
Estos rasgos profundos
Que grabó mi cariño,
Repetí: « Silvia, ya mi pecho es tuyo ».

Decidle cuántas veces
Otro primor del gusto,
Otra pastora bella,
Con mil caricias quiso hacerme suyo;

Y cómo yo volviendo
Á este tronco robusto,
Para hüir el peligro
Leía: « Silvia, ya mi pecho es tuyo. »

Decidle que no olvide
Que aunque con rigor crudo,
Mi terrible destino
Lejos de ella tenerme se propuso,

Yo abandoné mi suerte,
Y á ella con veloz curso
Volví, porque mi afecto
No padeciese menoscabo alguno

Decidle que aun viendo
Los dolores agudos
Que me ha causado hoy mismo,
Protesto ante vosotros que soy suyo.

Haced así que vea
Que su rigor no es justo;
Que yo siempre la quiero;
Que el olvidarme infiel, es un perjurio.

Y si á pesar de todo
Sigue su rigor duro,
Decidle que me mata ;
Que mata al que ella con su amor sostuvo.

Porque ¿cómo viviera
Sin su amoroso arrullo
Mi pecho, siempre amante,
Que en su pecho tiempo há su nido puso?

¡Ay Silvia! Si me matas,
Si haces hoy este insulto
Á un amor que no es digno
Sino de amor eterno, firme y puro,

Moriré, más mi cuerpo
Haré que en negro luto
Sepulten mis amigos
En este sitio lóbrego y oscuro;

Para que cuando pases
Por este suelo inculto,
Que oyó tantas promesas
De ser firme á mi amor el amor tuyo,

Mi pálido cadaver
Desde el frío sepulcro
Haga temblar tus huesos
Diciendo: « Eres cruel! » su eco profundo.

ELEGÍA V.

—

Cuando recuerdo los penosos dias
En que agitado de mi amor reciente,
Decirlo quise para que mi amada
Correspondiese;

Cuando á mis ojos se presenta el cuadro
De los pesares con que crudamente
Me ha perseguido, ya que mi amor dije,
Mi infausta suerte;

Yo no sé cómo todavía el pecho
No ha escarmentado; todavía quiere;
Aun late obstinado, y perpetúa
Su ardor perenne.

Quién me dijera: « Mueran ya tus penas » !
Y quien apagará, para que mueran,
Este ardor ciego que á mi pecho solo
Penas promete?

¡ Qué de lamentos me costó la empresa
De hacer que Silvia mi dolor supiese!
Sustos y llantos me brindaba á miles
Mi anhelo fuerte.

Todo sufría, todo toleraba;
Y todo hacía que mi llanto ardiente,
Con la esperanza de mirarme amado,
Más se encendiese.

Conseguí al cabo que me amase Silvia,
¿Y he conseguido que mi llanto cese?
¡Ah! Su amor mismo de pesares nuevos
Es ancha fuente.

En el principio mi dolor nacía
De que anhelaba que mi afecto viese;
Y los caminos de mostrarlo estaban
Cerrados siempre.

Luego la envidia levantó su mano,
Me impidió verla, con furor aleve;
Y hasta su vista parecía entónces
Entristecerme.

El fuerte muro que nos separaba
Lo redoblaron; y al mirarme ausente,
De un golpe juntas sobre mí cayeron
Penas crueles.

Verme sin Silvia, solo y receloso
De que su afecto iba así á perderse,
Oprimió mi alma con acerbas penas
Tan vivamente,

Que abandonando mis designios todos,
Y expuesto al fallo de insensibles jueces,
Volé á mi centro como si esto solo
Mi dicha fuese.

Así esperaba que mi amor probado
Ella mirase para más quererme;
Y todo en vano!... Y ahora más que nunca
Mi alma padece.

Todas mis penas ya se renovaron,
Y otras nuevas, mayores se me ofrecen;
Todas terribles porque ya, no de otros,
De Silvia vienen.

La vista aparta de las pruebas firmes
Que mi constancia le hacen tan patente;
Y por sospechas, todas infundadas,
Quiere perderme.

Casualidades ó tal vez calumnias
Son las que me hacen guerra la más fuerte,
Armando á Silvia de un furor que temo
Más que mil muertes.

Este es el cuadro triste y lastimoso
Que Amor presenta, y estos los placeres
Que me ofrecía cuando á sus cadenas
Quiso atraerme.

Esta es la pena que el Amor infame
Me ocultó entónces porque le siguiese;
Y esto tan solo para en adelante
Guardado tiene.

¿Donde está el gozo? Dime, Amor tirano:
¡Es gozo acaso lo que darme puedes?
Más ¿á quien culpo?... Toda mi desgracia
De mí proviene.

Libre fuí y quise : libre soy y quiero,
Y este albedrío que ama y que padece
Es ese mismo que de su tormento
Salir no quiere.

¡ Que es esto, Cielos! ¿ Dónde está mi juicio?
¿ Quien los dolores busca ni apetece?
¿ Pues cómo yo hago que mis propias manos
Me armen las redes?

De donde nace que no rompa el grillo,
Si mis dolores me instan á romperle,
Si poder tengo para destrozarlo
Y libre verme?

No puede ménos: ésta ha sido pena
De que orgúlloso dije muchas veces:
« Es imposible que el Amor tirano
Mi alma sujete ».

Ó algun delito pago en este estado;
Pues de otro modo mi razon no entiende
Que yo padezca, que librarme puda,
Y no lo intente.

Cambiad ¡ oh Cielos! si á vuestros decretos
Este mi ruego conformarse puede;
Cambiad la pena con que entre mis males
Me haceis inerte.

Mudadla en otra que curar yo pueda,
O que incurable mi esperanza deje,
Para que al ménos mi inaccion en ella
No me atormete.

ODAS.

ODA I.

—

AL CONDE DE VISTA FLORIDA (1).

Ilustre americano,
Honor eterno del peruano suelo;
Al fin ya quiere el cielo
Que en jefe tan humano
Halle la patria todo su consuelo.

La mejor monarquía
Sus grandes infortunios lamentaba;
El remedio anhelaba,
Más no lo conseguía
Por más que entre sus hijos lo buscaba.

En ambos continentes
Sufre la dura mano de la suerte;
En ambos vé la muerte
Que derrama á torrentes
La ilustre sangre del hispano fuerte.

La América afligida
Vé á sus hijos, uno á otro devorarse,
Uno al otro culparse
Sobre la paz perdida,
Cuando de ambos Fernando oye aclamarse.

La Península triste,
Presa de la traicion y tiranía,
Ya ser más no confía;
Piensa que no subsiste
Mas que para llorar su suerte impía.

En tantas turbaciones
Al Indiano requiere y al Ibero,
Quién de su dolor fiero
Y extremas aflicciones
Pueda ser el remedio postrimero.

En tí se ha refugiado
¡Oh gloria del Perú! En tu almo seno,
De luz y bondad lleno,
Está depositado
El bien del patrio suelo y del ajeno.

Sí; nosotros veremos
Acercarse á Minerva al trono augusto
A hablar al hombre justo;
Y el mal que padecemos
Tornarse en bienes y en eterno gusto.

No habrá vasallo honrado
Que no sienta el influjo poderoso
Del númen bondadoso;
Se alentará el Estado
Y de él resultará nuestro reposo.

Todos en mil amores
Arderán por su padre justo y tierno;
Harás que del Gobierno
Sientan los sucesores
El bien, y tu renombre será eterno.

Saldrán por todo el mundo
Luces brillantes desde el trono Ibero;
Clamará el Orbe entero:
« ¡Oh, sabio sin segundo!
¡Oh, cuánto vale un sabio consejero! »

La América entre tanto,
La América, cobrando su derecho
A tu sensible pecho;
Con perdurable canto
Te llamará su gloria y su provecho.

¡Oh! llegue, llegue el dia
En que puesto á la faz de nuestra gente,
Seas perenne fuente
De paz y de alegría;
Y nos felicitemos mutuamente.

Tú, Neptuno, al momento
Que el hijo de Mercurio y de Astrea
En tu imperio se vea;
Dí al voraz elemento
Lo que nuestra nacion tanto desea.

Nereidas y Tritones
Rodeen el depósito sagrado
De un héroe tan amado,
Y el piloto halle siempre las regiones
Del aire vario prontas á su grado.

Así llegue temprano
El instante de todo nuestro anhelo;
Y veamos que al fin ya quiso el cielo
Que en jefe tan humano
Halle la patria todo su consuelo.

(1) Esta Oda no tiene título ni dedicatoria ninguna en el manuscrito que hemos consultado para hacer esta publicacion; pero sabemos que fué dirigida al Conde de Vista Florida; y por eso le hemos puesto su nombre.

ODA II.

—

A LA LIBERTAD (1).

Por fin libre y seguro
Puedo cantar. Rompióse el duro freno,
Descubriré mi seno,
Y con lenguaje puro
Mostraré la verdad que en él se anida,
Mi libertad civil bien entendida.

Oid: cese ya el llanto;
Levantad esos rostros abatidos,
Indios que con espanto,
Esclavos oprimidos,
Del cielo y de la tierra sin consuelo,
Cautivos habeis sido en vuestro suelo.

Oid, patriotas sabios,
Cuyas luces nos daban el tormento
De mirar al Talento
Lleno siempre de agravios,
Cuando debiera ser dictador justo,
Apoyo y esplendor del trono augusto.

Oye, mundo ilustrado,
Que viste con escándalo á este mundo,
En tesoros fecundo,
A tí sacrificado;
Que recogiendo el oro americano
Te burlaste del precio y del tirano.

Despotismo severo,
Horribles siglos, noche tenebrosa,
Huid. La india llorosa,
El sabio despreciado, el orbe entero,
Sepan que espiró el mal; y que hemos dado
El primer paso al bien tan suspirado.

Compatriotas queridos,
Oid: tambien amigos europeos,
Que en opuestos deseos
Nos visteis divididos,
Oid. Acaba ya la antigua guerra;
Amor, más que tesoros, dá esta tierra.

Dias há que á la Iberia
Del Empíreo bajó, de luz rodeada,
La Libertad amada,
Á extinguir la miseria
Que en nuestro patrio suelo desdichado
Por tres siglos había dominado.

Casi hasta el firmamento
Levantádose había el despotismo;
Y los piés del coloso en el abismo
Tenian su cimiento.
¿Pero de qué ha servido?
De hacer con su caida mayor ruido.

Pisóle en la cabeza
La Santa Libertad: se ha desplomado:
Se extremeció la tierra; y espantado
Volvió á ver su fiereza
Todo hombre; pero ved que ya no es nada
Su estatua inmensa en polvo disipada.

Vieron más los mortales:
El cetro que arrancado al rey habia
La Libertad, lo dió á la nacion mía,
« Acabad vuestros males:
Resistid al tirano: »
Dijo la Diosa con acento humano.

Sonó en toda la esfera
Voz tan dulce: los polos retumbaron:
El eco derramoron
Sobre la tierra entera;
Y la América toda en el momento
Saltó llena de gozo y de contento.

¿ Pero quien ejercita
Este poder? ¿ En donde se comienza
Á formar la obra inmensa
Del remedio á que incita
Esta voz celestial? Así decía,
Y empezó mi país desde aquel dia.

Ya todo se previene
Para el dia inmortal; más del averno
El enemigo eterno
Del hombre, el Error, viene
Arrastrando consigo hácia la tierra
La Discordia feroz, la cruda Guerra

Sobre este monte inmenso
Que á la ciudad domina, se ha sentado:
Sobre ella ha vomitado
Un humo denso y negro.
Á todos dejó ciegos la negrura:
¡Cuánto horror presentó su noche oscura!

« Siempre seré oprimido »,
Pensó el indio infeliz dentro del pecho,
Bajo su pobre techo,
De su triste familia circuido,
Lloró sobre sus hijos su quebranto,
Y la esposa bebió su amargo llanto.

« Triunfe allá la ignorancia »
Dijo el sabio sentado en su retiro,
« Si olvidado me miro,
« Si falta vigilancia
« Sobre la ilustracion, ¿por qué me muevo?
« Así fué siempre, no es defecto nuevo. »

« Huyamos, grita, huyamos »;
Tímido y aterrado el europeo.
« Jurar mi ruina veo;
« O diestros elijamos
« Á quienes con justicia y con prudencia
« Muden en favor nuestro la sentencia. »

« ¿Que haceis? ¡qué! ¿no mirasteis
« Que pacíficos somos, generosos,
« Amantes y obsequiosos?
« Decid: ¿donde observasteis
« El furor que temeis? Equivocados
« De nuestro amor huis precipitados. »

Así dijo el patricio,
Y su voz escuchó la Providencia;
Su invisible presencia
Disipó el negro vicio;
Y cuando el pueblo unido reclamaba,
Ella los electores señalaba.

Pero calmó con esto
El temor, la afliccion, la desconfianza?
Cobró nueva esperanza,
Nuevo aliento funesto
El Error; y su empeño redoblando
La Discordia á los hombres fué turbando.

Volvió el indio á su pena,
El sabio hollado á su misantropía;
Y el de Iberia creía
Que la grave cadena
De las manos del noble americano
Pasaría á ligar su fuerte manó.

Mas ¡qué! la Paz risueña
Mandó que no salieran del congreso:
Voló por la ciudad, y á su regreso
En publicar se empeña
Que nada se recele, que ha extirpado
La cruel discordia de su pueblo amado.

Volvió al Congreso luego,
Pues se dejó sentir su breve ausencia:
Con su afable presencia
Apagó pronto el fuego.
¿Cómo han de pensar todos igualmente,
Ni dónde un mal cesó tan prontamente?

En tanto que asistían
La Paz y la Virtud al cuerpo sabio,
Al triunfo ó á su agravio
Suspensas atendían,
Pisando cada una en su montaña,
Minerva, la India, y la orgullosa España.

Yo lo ví: en la del medio
Minerva se paró; á su diestro lado
Manco estuvo, rodeado
De indios que su remedio
Esperaban; y allí con el hispano
Esperó Iberia en la siniestra mano.

Ya Febo se apartaba,
Cansado de aguardar, hácia el poniente;
Más suena de repente
La voz que se deseaba:
« El indio, el sabio de la union amante,
« Os han de gobernar en adelante, »

¡Eco plausible! « ¡Viva! »
« ¡Viva, si, la eleccion que nos conserva »,
Manco, Iberia y Minerva
Con voz dulce y activa
Clamaron: y los Incas sepultados
Saltaron de su tumba alborozados.

Los sabios se alentaron,
Quedó el hispano en la ciudad seguro;
Y los que « país oscuro »
A mi suelo llamaron,
Mirándole en prodigios tan fecundo,
« Ahora sí es, dijeron, nuevo mundo. »

Por el volcan terrible
Se sumergió el Error avergonzado,
De la mortal Discordia acompañado.
¡Oh, dia el más plausible!
¡Oh, Arequipa! Teatro afortunado
De una accion en que tanto se ha logrado!

¡Oh, sabios magistrados!
Jamas cantar sabré vuestros loores.
Pero que más honores?
Qué himnos más bellos más proporcionados
Que el general placer con que mil veces
Se felicita el pueblo por sus jueces?

Compatriotas amados
Que en Ultramar la luz primera visteis:
¿Esto es lo que temisteis?
¿Pensasteis ¡qué engañados!
Que un pueblo Americano
Sería vengativo, cruel, tirano?

No tál: fué nuestro anhelo
Este solo; que al justo magistrado,
Ya por sí penetrado
De amor al patrio suelo,
Le urgiesen á ser fiel en cada punto
Deudos, padre, hijo, esposa, todo junto.

Así, será; y gozosos
Diremos: « Es mi Patria el globo entero:
Hermano soy del Indio y del Ibero;
Y los hombres famosos
Que nos rigen, son padres generales
Que harán triunfar á todos de sus males. »

(1) Esta Oda debió de ser compuesta despues de la promulgacion

de la Constitucion Española de 1812; y con motivo de la eleccion del primer ayuntamiento constitucional de Arequipa. Así se deduce de su contexto; y aunque no tiene titulo, le hemos puesto tomandolo de la primera estrofa.

ODA III.

—

A LA SOLEDAD.

¡Oh Soledad amable!
En tí vive el sosiego
Que el hombre en otra parte busca en vano.
Su deseo insaciable
Aviva el mundo; y luego
Niega lo que ofrecía: ¡infiel tirano!
Solo aquí el pecho humano
Se engaña felizmente,
Le asusta del retiro la apariencia,
Mas viene la experiencia,
Y encuentra paz y gusto solamente.
¡Qué tranquilo se goza
Cuado en paz dulce el corazon reposa!

Como fieros lebreles
De su amo al pié tendidos,
Yacen al pié del alma las pasiones.
Ya no alzan las infieles
Ruidosos alaridos:
Cesaron sus violentas conmociones,

Con serias reflecciones,
Su grandeza eminente
Vuelve á tomar el hombre envilecido;
Y advierte que ha nacido
Para amigo de Dios Omnipotente,
Y que su amistad tierna
Vivirá más que el mundo, será eterna.

Si viniera aquí un sabio,
Lleno de ciencia impía,
Su engañado saber corregiría;
Y de su mismo labio
Todo el muudo oiría
Que hay inmortalidad y un Dios propicio.
El castigo del vicio
Hace que temerosa,
Huyendo de su autor busque la nada,
Un alma abandonada;
Pero venga á esta casa silenciosa,
Y verá cuanto precia
De ser benigno el Dios de nuestra Iglesia.

Como si el que ha caido
Á manos de un contrario
Con cerrar bien los ojos se escapase;
Se cree guarecido
El hombre temerario
Cuando de sus miserias caso no hace.
Jamas oir le place
Al que su bien procura,
Y teme huir del mal que se le espera;
Pero si aquí viniera
Conociera y sanara su locura,

En paz, con alegría,
Desengaño y remedio encontraría,

Oí al dulce Batilo
Cantar al prado hermoso,
Yerbas y flores, fuentes y ganados.
Allá busqué mi asilo
Pero me fué engañoso.
No se calmaron todos mis cuidados;
Aquí estaban guardados
Los bienes que anhelaba,
Solo aquí es mi deseo satisfecho;
Y abismado mi pecho,
Empieza á cantar dichas y no acaba,
Venid, venid amigos,
Y de esto y mucho más sereis testigos.

ODA IV.

—

AL AUTOR DEL MAR.

¡Que grande, que estupenda maravilla!
Asombroso crear! El pensamieto
Se abisma..... ¡Oh, elemento!
¡Oh, grandeza en que brilla
Sin poderse borrar, en sumo grado
La grandeza del Dios que la ha creado!

El mar inmenso viene todo entero,
Ya parece tragarse el continente,
Aviva su corriente,
Y en eterno hervidero
Choca, vuelve á chocar: ya sobre el mundo
Mayor que el primer golpe dá el segundo!

Porque una peña firme le resiste,
Contra ella va, la mina, la combate;
Si su furor rebate,
Con furor nuevo insiste,
De un salto dan sus aguas en la peña,
Y un salto á otro más alto las empeña.

En su batir, de ruido el aire llena;
Con un alma eternal vivir parece;
Si se estrecha, si crece,
Susurra siempre y truena;
Y en las colinas que le ven temblando
De una á otra el eco corre retumbando.

¿Cómo es que dura aún la debil tierra
Si todo un mar insiste en destrozarla?
¿Quien puede sustentarla
En su incesante guerra?
Ya debería toda deshacerse
Y á este impulso en arenas resolverse.

Pero nó: las arenas deleznables
Se juegan con el mar y su bravura:
La infinita llanura
En iras implacables
Sale y arrasa todo... dió en la arena,
Ya no es más: besa humilde su cadena!

Así lo mandó el Ser que no quería
Que el grande mar su imperio le usurpase,
Él mandó que no pase:
Sinó, ya se vió un dia
Que alzó su ley, y el Rímac profanado
Sal bebió, hacia los Andes rechazado.

Sabias leyes mandó que obedeciera
Para que al hombre sirva y no amedrente;
Y humilde y obediente
Desde la vez primera
No osa salir, ni sabe otro camino
Que el señalado por su autor divino.

Aunque la luna por sobre él pasando
Quiera llevarse su caudal, y eleve
Sus aguas, porque pruebe
Resistir aquel mando,
No lo hará: ántes aumenta su muralla,
Y á par de su furor crece la valla.

Por la exterior corriente las oleadas
Vendrán más y más fuertes hácia dentro;
Pero ellas á su centro
Volverán humilladas:
Una á otra han de cortarse la corriente
Y servirse de grillos mutuamente.

Cuando más aguas levantando vienen,
Ya las otras cejando se retiran;
Y como opuestas giran
Se chocan, se retienen,
Las de allá se alzan más, con fuerza tanta
Que al desplomarse su furor espanta.

Revuelven las arenas con su espuma,
Y encrespadas la playa van trepando;
Poco á poco calmando
Su peso las abruma.
Ruedan á engrillar á otra, y de esta suerte
Solo es para un placer su enojo fuerte.

Blanca toda la orilla se presenta:
Es un gusto á las olas acercarse,
Seguirlas, retirarse;
Y mirar cómo aumenta
Su reflejo, la luz que viene dando
El sol en las de atras reverberando.

A ponderar entónces nos convida
Los bienes que produce en todo el mundo;
Cómo riega fecundo
La tierra, y nos dá vida;
Y cómo sin él fuera el continente,
Pavoroso desierto solamente.

De aquí hasta donde raya el horizonte
Se vé criar la blanquecina nube:
Se exala, crece y sube;
Y al valle, al prado, al monte
Vá á dar frescura y riego, y sus corrientes
Sustentan y producen los vivientes.

Por hacer sus influjos inmortales
En las altas montañas se recuestan;
Y en sus senos aprestan
Los inmensos raudales
Que socorren al Chili miserable
Y hacen al Marañon tan respetable.

El mar, aun al que habita algun planeta
Quiere auxiliar á donde el sol no alcanza:
Allá la luz se avanza
De esta llanura inquieta;
Y para el que en la luna luz no viera,
La tierra es por su mar grande lumbrera.

¿Pero es dado á un mortal cantar los bienes,
Oh, Mar, que en tí dejó la Providencia?
De su dulce clemencia
Tú mil tesoros tienes.
Ah! por tí al Nuevo Mundo pasó un dia
El mayor bien que un Dios hacer podía.

Eterno Rey del mar: solo tu ciencia
Dará á tu don su precio verdadero.
Yo en tanto añadir quiero
Este himno á tu clemencia.
Cuando al profundo mar me haya entregado,
No niegues á tu hechura tu cuidado.

ODA V.

—

AL SUEÑO.

¡Oh sueño deleitoso!
Imágen apacible
Del eterno reposo:

Por tí un pecho sensible
Halla consuelo en medio
De cualquier mal terrible.

En tí el dolor y el tédio
Que me asaltan de dia
Tienen fin y remedio.

Por tí es que cuando impía
Se enoja Silvia hermosa
Y mata mi alegría,

Mi alma entónces penosa
Goza por un momento
Lo que en vela no goza.

Mil veces mi tormento
Así se ha mitigado
Y ha huido el mal que siento.

Que Silvia con enfado
Me muestre duro ceño
En dia desgraciado;

Vendrá mi dulce sueño
Y el gozo ha de volverme
Su semblante risueño.

Que el destino tenerme
Procure lejos de ella
Por solo entristecerme;

Á pesar de mi estrella
Mi sueño hará entretanto
Que vea su faz bella.

Despierto será el llanto,
Pero por fin dormido
Gozaré de su encanto.

En vela perseguido
Me veré de recelo
De su ira ó de su olvido;

Y acabado el desvelo,
Su cariño constante
Me volverá el consuelo;

Y el dolor penetrante
De su ira despiadada
Descanzará un instante.

Así no temo nada,
Y mi dicha es segura
Aunque sea soñada.

Que sintiendo dulzura
No averiguo si es dia
O estoy en noche oscura.

Con igual alegríá
Recuerdo el bien soñado
Y el que en vela tenía;

Ya que un igual enfado
Causa el mal en despierto
Que en sueño fatigado;

Y que en el curso incierto
Del bien nada nos queda
Sea soñado ó cierto.

Con que si el tiempo veda
Despues que el bien se ha ido
Que gozársele pueda,

El que en sueño ha venido
O el que real se presente,
Si igualmente es perdido,
Gozémosle igualmente.

SONETOS.

A SILVIA,

—

Bien puede el mundo entero conjurarse
Contra mi dulce amor y mi ternura,
Y el odio infame y tiranía dura
De todo su rigor contra mi armarse;

Bien puede el tiempo rápido cebarse
En la gracia y primor de su hermosura,
Para que cual si fuese llama impura
Pueda el fuego de amor en mí acabarse;

Bien puede enfin la suerte vacilante,
Que eleva, abate, ensalza y atropella,
Alzarme ó abatirme en un instante;

Que al mundo, al tiempo y á mi vária estrella,
Más fino cada vez y más constante,
Les diré: « Silvia es mía y yo soy de ella ».

LA MUJER.

—

No nació la mujer para querida,
Por esquiva, por falsa y por mudable;
Y porque es bella, débil, miserable;
No nació para ser aborrecida.

No nació para verse sometida,
Porque tiene carácter indomable;
Y pues prudencia en ella nunca es dable,
No nació para ser obedecida.

Porque es flaca no puede ser soltera,
Porque es infiel no puede ser casada,
Por mudable no es fácil que bien quiera.

Si no es, pues, para amar ó ser amada,
Sola ó casada, súbdita ó primera,
La mujer no ha nacido para nada.

———————

TRADUCCIONES

TRADUCCION DEL SALMO XII.

—

1. ¿Hasta cuando Dios mío
Me tienes olvidado en tanto extremo?
¿Hasta cuando de mí tu rostro pío
Apartas enojado?

2. ¿Hasta cuando un consejo siempre errado
Pondré á mi alma por regla, y todo el dia
Este error llenará de pena el pecho?

3. ¿Hasta cuando mi pérfido enemigo
Sobre mí ha de elevarse satisfecho,
Señor, Dios mío? Tu soberanía
Míreme, oígame ya con rostro amigo.

4. Ilumina mis ojos:
No vuelva yo á dormir entre las sombras
De la horrorosa muerte;
Ni mi enemigo viendo mis despojos
Diga: « Ya le venció mi mano fuerte ».

5. Los que me han perseguido
Saltarán de contento si yo muero:
Ya ves que así abatido,
En tu misericordia solo espero.

6. Sí; mi corazon lleno de alborozo
Contemplará tu luz que resplandece,
Y cantaré al Señor que bondadoso,
Me da sus dones, su piedad me ofrece;
Y aplaudirá mi canto
El nombre del Señor excelso y santo

REPUESTA DE PROTEO Á ARISTEO,

Cuando éste, de órden de los Dioses, le consultó sobre la causa de sus penas.

Orfeo en los infiernos.

Traduccion de Virgilió ; Geórgicas, libro IV, V. 450 á 530.

—

Proteo entónces con esfuerzo grande
Tuerce sus verdes ojos encendidos,
Y profetiza : « Te hallas perseguido
De las iras de un Dios: tu exceso pagas.
Orfeo que ha penado sin delito
Es quien estos trabajos te procura,
Y contra tí se empeña enfurecido
Por el amor que tu le arrebataste;
Á no ser que se opongan los Destinos.
Por escapar de tí, precipitada
Huyendo de tus manos, en el rio
No acertó á ver el culebron horrible
Que, en las crecidas yerbas escondido,
Guardaba la rivera; y tropezando
En él murió la jóven. Los gemidos
De las Dríadas juntas atronaron

Los montes que dominan el Euxino.
Las cumbres del Rodope y del Pangeas,
La Tracia toda, el Ebro cristalino,
El Atica y los Getas lamentaron.

« Por dar el triste Orfeo algun alivio
A su amor dolorido, con su lira
En la rivera escueta sin testigo,
Á tí, dulce consorte, á tí en la aurora,
Á tí al anochecer clamó afligido,
Y aun entró por las fauces del Averno:
El negro horror del bosque más sombrío
Atravezó: se presentó á los Manes
Y á su tremendo Rey: á esos impíos
Que no saben ceder á humanos ruegos.
Cantó, y las leves sombras del Abismo
Y simulacros fríos de los muertos
De su profundo asiento conmovidos
Salieron; como vuelan, si anochece
O si en invierno cae cruel rocío,
Á esconderse en la selva miles de aves,
Salieron los cadáveres ya fríos
De padres, madres, héroes valientes,
De doncellas, de jóvenes, de niños
Quemados á presencia de sus padres,
Á quienes aprisiona el negro limo,
La agua insurcable del calmoso lago,
La inculta cañavera del Covito,
Y la Estigia formada en nueve vueltas.
Hasta la propia casa y hondo abismo
De la muerte y las furias, que de negras
Sierpes tienen el pelo entretegido,
Se asombraron: abiertas sus tres bocas

El Cerbero tenia: á medio giro
La rueda de Ixion quedó sin aire
Quieta. En tanto de todos sus peligros
Libre subía Orfeo, y su consorte
Ya en su poder, siguiendo lo prescrito
Por Proserpina, un poco atras venia;
Cuando á su incauto amante sobrevino
Un delirio, sin duda dispensable,
Si los Manes supieran compasivos
Dispensar, y al salir se paró... ¡Ay triste!
Olvidó el pacto, y del amor vencido
Á su Eurídice vió. Perdióse todo...
Rompió el precepto del tirano impío,
Y por tres veces resonar se oyeron
Los profundos estanques del abismo.
¡Qué! dice ella ¡Ay Orfeo! ¿Qué locura
A tí y á mí infeliz nos ha perdido?
Ved los crueles hados ya me mandan
Retroceder: mis ojos adormidos
Caen en sueño eterno: adios: rodeada
De negra noche voy. A tí dirijo,
¡Ay, ya no tuya! las rendidas manos.
Dijo; y luego cual humo enrarecido,
Por los aires se le huye de los ojos;
Ni más vió al infeliz que con ahinco
Tentaba en vano sombras, y quería
Decirle tanto..... Y Caron no quiso
Que la Estigia pasase el desdichado.
Qué hará? ¿Dónde buscar algun alivio,
Segunda vez perdida su consorte?
¿Qué lágrimas, qué voz, al Dios impío
Moverán, ni á los Manes? Y ya pasa,
Ya la difunta surca el lago Estigio.

Salió; y dicen que al pié de un peñon alto
Que al desierto Estrimonio esta vecino,
Lloró por siete meses continuados,
Repasando en su cueva su martirio;
Á las altas encines comoviendo,
Y amansando á los tigres con gemidos.
Cual triste ruiseñor, bajo la sombra
De un árbol, llora sus perdidos hijos,
Que un labrador cruel que le acechaba,
Tiernos, sin plumas, los robo del nido,
Llora la noche entera en una rama,
En llanto exhala todo su conflicto,
Y llena el campo de sus tristes quejas.
No distrajo su espíritu abatido
Beldad ninguna, ni himeneo dulce;
Solo vagaba por el suelo frío
Del Hiperbóreas, y aguas congeladas
Del Tánais, y en los campos perseguidos
De las lluvias Riféas incesantes;
Lamentándose el don ya fenecido
De Pluton, su Eurídice perdida,
Despreció en su dolor los atractivos
De las crueles bacantes de la Tracia.
Ellas airadas, en honor divino
Víctima le hacen de su numen Baco;
Y en medio de nocturnos sacrificios
Despedazan al jóven, y derraman
Por el campo sus miembros divididos:
Arrancada del cuello de alabastro,
Nadando en medio del Ocagrio rio,
Su cabeza. Así muerto, todavía
Su fría lengua y el aliento mismo
Á Eurídice! á Eurídice llamaban;

Y *Eurídice!* con eco repetido,
Eurídice! decian las riberas! »
Dijo Proteo; y al profundo abismo
Del mar saltó, formando con el golpe
En el agua espumosa un remolino.

ARTE DE OLVIDAR DE P. OVIDIO NASON

SUMARIO.

Dicta leyes del olvido el amor mismo
Si un amante infeliz á Febo llama:
Pronto se cura un mal en su principio:
Huye el ocioso amor del que trabaja:
Tierra por medio pon contra el cariño:
Nada vale el esfuerzo de la Magía:
Recuerda agravios, y defectos mira:
Dicen que con un clavo otro se saca:
Finge estar sano, sanarás con eso:
Al amor no hagas guerra cara á cara:
Piensa en las desventuras, que te cercan:
La soledad recuerda muertas llamas:
Más no con amadores te acompañes:
Ni veas prenda alguna de tu amada:
No cuentes los motivos de su enojo:
No le profeses odio, y al mirarla
Ponte sobre las armas vigilante:
Vive amor, si no muere la esperanza:
Coteja con mejores á tu jóven:
No más repases sus falaces cartas:
Rompe retratos, huye de los sitios
Que te hagan recordar dichas pasadas:
Sabe que al rico buscan los afectos,
Huye el teatro, y deja las livianas

Canciones de los poetas amorosos:
No temas que hay rival: De largo pasa
Por sus puertas: Si tomas buen afecto
A tu competidor, y si te guardas,
Del vino y los manjares irritantes,
Caerá en olvido eterno, lo que amabas.

Leyó Cupido el título de mi obra,
Y, guerra, dijo, guerra me preparan:
Más no culpes, Amor, cual delincuente
Á tu poeta, que ocasiones tantas
Las banderas batió que le fiaste.
No soy Diomedes, que hizo, que montada
En el carro de Marte al cielo leve
Fuese herida tu madre soberana:
Yo amé siempre, cuando otros jovencitos
Cesan á veces y de amor se cansan.
Y si ¿qué hago en el dia? me preguntas,
Amar, digo. Bien sabes que enseñaba
Poco há el arte de amar, y cultivarle:
Y lo que hoy es razon, ántes fué llama.
No hago traicion á tí, ni á mis doctrinas,
Ni en esta obra deshago la pasada.
Gozo, y buen viento al que arde felizmente,
Si le está bien amar al dueño que ama,
Pero el que á una tirana rindió el pecho,
Para librarse, atienda mi enseñanza.
¿Á qué fin, aburrido, en lazo estrecho
De un árbol tristemente se colgára?
¿Por qué con fierro rígido rabiando
Desgarrar pretendiera sus entrañas?
¿El amador de paz buscará muertes?
Nada ménos: quien muerte solo aguarda
Por fruto de un cariño desdeñado;

Déjelo, y no será de lutos causa!
— Amor, niño eres, juguetear te cabe,
Juega, eso es propio de tu edad lozana;
Y aunque en tus guerras disparar pudieras
Flechas cortantes, no se ven manchadas
Con sangre matadora tus saetas.
Marte empuñe el alfanje y duras hastas,
Y marche vencedor teñido en sangre;
Pero tú nuestras artes adelanta
Que son de Venus, y á ninguna madre
Hacen perder sus hijos en batallas.
Ocúpate en hacer ya que en la noche
Rompa unas puertas la celosa rabia,
Ya, que otras de guirnaldas se coronen.
Ó que niños y niñas asustados
Ocultamente vayan á juntarse,
Engañando al marido con sus trazas:
Que se digan caricias, ó enfadados
Improperen las puertas ya cerradas;
Y el amante excluido cante triste:
Este llorar, que muertes no demanda,
Bastará á contentarte, ya que es justo
Que el fuego no consuma vuestras hachas. —
Invoqué así al Amor, y él muy contento,
Batiendo sus alitas matizadas,
« Cumple, me dijo, la obra que emprendiste! »
Venid, pues, y atended mis reglas varias,
Jóvenes, que engañados habeis sido,
Aprended á sanar, de aquel que os daba
Reglas de amar, y os dé la propia mano
Las heridas y el modo de curarlas.
Así una misma tierra brota yerbas,

Unas para enfermar, y otras que sanan,
Así el lanzon de Aquiles á Telefo
Hirió; pero su orin curó la llaga.
Lo que digo al varon, digo á la jóven,
Á ambos partidos doy iguales armas;
Y si bien, jovencitas amadoras,
No todo convendrá á vuestras desgracias,
Sabreis al ménos, qué hacen los varones,
Y su obrar os dará luces bien claras.
Gran cosa es, apagar indignos fuegos,
Y no ser siervo de pasion viciada.
Si hubiese consultado mis doctrinas,
Filis viviera, y á la escueta playa
Siquiera una vez más se acercaría,
Y aún vería volver á quien amaba:
Dido no hubiese visto moribunda
Desde la excelsa cumbre de su Alcázar
Darse á la vela las troyanas naves;
Ni Medea doliente se manchára
Con la inocente sangre de sus hijos,
Por culpa de Jason, que la dejaba.
Con mis reglas Tereo no sintiera,
Que en ruiseñor su culpa le trocára:
Venga Pasifae, y olvidará al Toro,
Venga Fedra, y verá morir sus llamas;
Venga Páris, y á Helena Menelao
Poseerá, y de Troya las murallas
No arrasarán las armas de los Griegos:
Si Escila impía mi arte consultara,
Niso, tu cabellera no perdieras.
Y hombres, para extinguir llamas infaustas,
A mi nave abordad, seré el piloto,

Y os llevaré á pisar seguras playas.
Nason os dirigió, cuando quisisteis,
Nason os rija, si olvidar se trata.
Constituido público abogado
Sacaré de opresion á cuantos aman,
Mas cada uno coopere á su rescate.
Tú, saetero Apolo, que así amparas
Los versos, como el arte de remedios,
Haz, que me favorezca tu guirnalda;
Ilústrame, por médico y por vate
Ambos empeños á tu amparo vayan.

I.

Pronto se cura un mal en su principio.

Si al principio en los leves movimientos
De tu amor ya adivinas tus desgracias,
Haz alto allí; sofoca el gérmen malo
De enfermedad mortal desde la entrada;
Que siempre la demora le dá fuerzas;
La demora madura la uva amarga,
Y la demora vuelve mieses pingües,
Las que ántes fueron yerbas poco alzadas;
El árbol corpulento, que hoy ofrece
Extensa sombra, ayer era una vara;
Pudo ayer con dos dedos arrancase,
Más hoy su resistencia ¿quién contrasta?
Examina sagaz, lo que amar quieres,
Y si es yugo pesado, el cuello aparta;

Cura al principio; tarde vá el remedio
Si el mal se reforzó con la tardanza;
Sé pronto; no difieras de hora en hora:
El que hoy no quiere, no podrá mañana,
Amor engaña y el tardar le nutre:
El más próximo dia es la más apta
Ocasion de librarse: pocos rios
De grandes fuentes se verá que nazcan,
Los más se juntan de arroyuelos pobres.
¡Ah! Si vieses los yerros en que entrabas,
No te mudaras, Mirra, en triste leño.
He visto heridas que al principio estaban
Fáciles de curar, y la demora
Llegó á hacerlas por fin mortales llagas:
Nos agrada tomar flores de Venus,
Y decimos: remedio habrá mañana;
En tanto extiende el árbol sus raíces,
Y el fuego oculto filtra en las entrañas.

II.

Huye el ocioso amor del que trabaja.

Pero si pasó el tiempo de este auxilio,
Y envejecido amor domina el alma,
Ya es obra grande: sin embargo debo
Acudir aunque tarde se me llama.
Filoctetes el héroe debia
Cortar luego su pierna envenenada;
Bien; pero al cabo de años fué curado

Y puso el colmo á la honra de sus armas;
Yo pues, que curé pronto heridas nuevas,
Daré á mal viejo medicina tarda;
Para que apagues el reciente incendio,
Y el que durando dilató sus llamas.
Cuando el furor de amar está en su lleno
Es forzoso ceder. A toda entrada
Resiste siempre un ímpetu violento.
Necio aquel que cortar pudiendo el agua
Con ceder algun tanto á su corriente,
La fuerza arrostra, y al contrario nada.
Pero sufrido el ánimo se altera,
Si le dan documentos, y con rabia
Mira el aviso de quien le aconseja.
Mejor es empezar, cuando su llaga
Deja tocar, y está para escucharnos.
¿Quién sino un loco reprimir tentara
Entre los funerales de algun hijo
El llanto de su madre? No: dejadla;
Que campo habrá de moderar su pena,
Cuando quede llorando desahogada.
Arte del tiempo solo es á mi juicio
La medicina: á tiempo, el vino sana;
Y tomado á mal tiempo mata el vino.
Hay más, que si á su tiempo no se aguarda,
Con la prohibicion se irrita el vicio.
Llegando pues el dia en que ya el alma
Pueda seguir mis reglas, lo primero
Sea del ocio huir con vigilancia:
El ocio cria amor, y lo conserva,
Él causa y él fomenta un mal que agrada;
Quítese el ocio, y luego de Cupido

Perecerán los arcos, y apagadas
Sus teas quedarán sin precio alguno.
Cuanto al plátano alegran los arroyos,
Cuanto el álamo vive por el agua,
Y cuanto el cieno á la palustre caña,
Tanto á Venus agrada la pereza.
Trabaja siempre, si olvidar tú tratas,
Que el amor cede el puesto á los negocios.
El tiempo que en beber todo se pasa,
El juego y el dormir á pierna suelta,
Aún al alma que esté ménos dañada
Quitan las fuerzas, y Cupido artero
Se cuela sin sentir á las entrañas:
El niño ciego busca la desidia,
Y tiene odio jurado al que trabaja.
Toma una ocupacion, entra en el foro,
Hay leyes, hay clientes, cuyas causas
Penden de ti: debieras emplearte
En ganar honra, no en conquistar gracias.
Entra al campo de Marte, que eres jóven,
Y los placeres volverán la espalda:
Ahora es tiempo: el ambulante Parto
Ve las tropas del César en su casa,
Y presenta ocasion á muchos triunfos:
Vence á un tiempo las flechas de su aljaba,
Y las del cruel Cupido, y dos trofeos
Juntos trae á los Dioses de la patria.
Al pronto, que por Diómedes fué herida
La Diosa del placer en su batalla,
Á Marte solo abandonó las guerras,
Y no quiso entrar más en las campañas.
Sabes por qué en adúltero dió Egisto?

Bien claro está, su vida era holgazana.
Seguian otros dilatada guerra
En Troya; al rededor de sus murallas
Todas las fruerzas griegas se apostaron:
Y aunque Egisto quisiera tomar armas
No habia contra quien; ni en Argos hubo
Para ocupar el foro alguna causa.
Con que hizo aquello solo, que podía,
Se dedicó á querer, por no hacer nada,
Que así amor nace, y así amor crece.
Tambien el campo y su cultivo halagan,
Cualquier cuidado cede á este cuidado,
Anda, pues, á tu campo, y uncir manda
Los avezados bueyes, y que corten
Con el arado corvo la campaña.
En los surcos entierra el don de Ceres,
Y saca con usura tu ganancia.
Mira el ramo vencido con los frutos,
Que el cebo que ha nutrido apénas carga;
Mira el arroyo, que anda murmurando;
Mira á la oveja despuntar la grama:
Más allá vé á las cabras saltadoras,
Trepando por las rocas elevadas.
Ya traerán á los tiernos cabritillos
Sus anchas ubres leche en abundancia;
Vé al pastor, que acompaña sus canciones
Con dulce silvador é impares cañas,
Y en torno de él sus perros retozando,
Que de su compañía no se apartan:
Oye allá susurrar la espesa selva,
Por los inquietos vientos agitada;
Oye cómo llamando al becerrillo

Repite su balar la gorda vaca.
¡Que gusto es ver huirse las abejas
Luego que la humareda las espanta,
Y quedan descubiertas sus celdillas
Cuando el dulce panal de ellas se saca!
Cada estacion ofrece sus delicias,
Y el campo en todos tiempos así agrada:
Adórnase con flores el vorano,
El otoño con frutas nos regala,
Se dora con las mieses el estío,
Y en invierno halagan las fogatas.
En tiempo coge la uva el viñatero,
Y el mosto hace correr bajo sus plantas;
Otro tiempo de yerba hace manojos,
Y con ralo azadon la tierra escarba.
Tú mismo puedes en cercados huertos
Poner legumbres, y ordenar las plantas;
Tú mismo puedes á tus sementeras
Tornar los claros arroyuelos de agua;
Y cuando venga de ingertar el tiempo,
Acomoda una rama á otra rama;
Para que sea gusto ver el árbol
Adornado quedar de ojas extrañas.
Luego que este recreo te posea,
Amor se irá volando en torpes alas.
Puedes tambien cazar, que muchas veces
Huyó Venus vencida de Diana:
Á la liebre veloz con perros sigue,
O en la cumbre del monté redes arma;
Ora atraviesa y rinde jabalíes,
Ora á los siervos tímidos espanta;
Que por la noche fatigado el cuerpo,

Sueño tendrás, no ideas de la ingrata.
Ocupa ménos, pero al fin ocupa,
Las aves apresar formando trampas:
Ó poner en la punta del anzuelo
Cebo con que engañado el pece caiga:
Engáñate á tí mismo en estas cosas
Hasta que pierdas tu pasion infausta.

III.

Tierra por medio pon contra el cariño.

Por más fuertes que sean sus cadenas,
Sal, vete lejos, haz jornadas largas;
Á la sola memoria de tu amiga
Llorarás, y al andar, muchas paradas
Harán tus piés; atrás volver quisieras.....
¿Volver quisieras? Dobla la jornada,
Haz que corran los piés á pesar suyo;
No te arredren las lluvias, alto no hagas
Por ver las fiestas de los extranjeros:
No te paren los rios; pasa, pasa;
No cuentes cuantas millas has andado,
Ocúpate en contar cuantas te faltan;
No andes buscando de parar motivos;
No hagas cuentas del tiempo, ni la cara
Vuelvas á la ciudad donde ella queda;
Huye no más: su fuga le afianza
Al Parto el escapar de su enemigo.
Dura parecerá esta mi enseñanza;

Dura es, pero es precisa, y en el caso
Sin cortes dolorosos nadie sana:
Yo enfermé, y muchas veces me obligaron
Á tomar las bebidas más amargas,
Negándome los platos que pedía:
Para sanar el cuerpo, fierro y llamas
Debeis sufrir, y ni mojar siquera
Los labios secos en las frescas aguas.
¿Qué no debeis hacer por el espíritu,
Que en excelencia al cuerpo le aventaja?
Muy estrecha es la entrada de mis reglas,
Más toda su estrechura está en la entrada.
¿No ves, que es al principio cuando gime
El novillo que el grave yugo arrastra?
¿Y es al principio, cuando el presto potro
De la cincha oprimido, siente, y salta?
Por fin quizá podrás, aunque sintiendo
Dejar las diversiones de tu patria;
Mas luego anhelarás volver á ella;
No siendo de tu vuelta otra la causa,
Que el amor de una vil, que se disculpa
Presentando á tu amor bellas palabras.
Pero no vuelvas: mira, que en saliendo
Prestarán mil consuelos á tus ansias
El camino, los campos, los amigos.
No creas, que el haber salido basta:
Quédate fuera dilatados tiempos,
Hasta que al cabo ni centellas haya
Del fuego antiguo bajo sus cenizas.
Si á volver te aceleras, sin que se haga
Tu corazon enteramente fuerte,
El amor tomará más fuertes armas;

¿No fuera desventura haber salido
Solo para volver con más instancias,
Y que se te tornara en mayor daño
La fuerza de la ausencia, y la distancia?

IV.

Nada vale el esfueszo de la Magia.

Si alguno ha visto las hechicerías,
Que tiempo hace inundan la Tesalia,
Y cree el arte mágico servible,
Sepa, que aunque es un arte tan usada,
Nuestro Apolo no tienta tales obras,
Ni da en mis versos medicinas malas.
No enseño yo á llamar de los sepulcros
Sombras horribles, ni á que el suelo se abra
Al canto detestable de una vieja;
No hago pasar volando á otra campaña,
Las mieses de ésta, ni que á un punto Febo
Pálido vuelva su rojiza cara.
Correrá al mar el Tiber, como suele,
Como suele andará la Luna blanca;
No haré que una cancion sosiegue el pecho,
Ni que el amor se auyente con las hachas
Que de azufre los mágicos encienden.
Dí, Medea ¿que auxilio te prestaban
Los hechizos de Calchas para verte
Contenta sin Jason sola en tu casa?
Dí, Circe ¿qué lograste con tus yerbas

Cuando Ulises alzó las corvas anclas?
Todo hiciste, por que él se detuviese,
Y él pudo navegando huir tus playas;
Todo hiciste despues para olvidarle,
Y se sentó el amor perenne en tu alma:
Á los hombres trocabas en mil formas;
Pero trocar tu amor nunca lograbas:
Y aun es fama que al tiempo de partirse
Llorando le digiste estas palabras:

Ya ni á pedir me atrevo lo que un tiempo
¡Ay memoria cruel! firme esperaba:
Ya ni á pedir me atrevo ser tu Esposa;
Y no por ser indigna de esta alianza,
Pues soy Diosa y soy hija del gran Febo:
Esto solo te pido: no te vayas
Con tanta prontitud: por todo premio
De mi amor pido solo tu tardanza.
¿Qué menor recompensa exigir puedo?
Horrorízate al ver la mar turbada;
Aguarda á que otro viento favorable
Despues te lleve, sin temer borrascas.
¿Por qué huyes? ¿Hay acaso nuevas Troyas
Ni otro Rheso que te haga tomar armas?
Y aquí hay amor, hay paz en esta tierra
En que sola yo vivo atormentada;
Todo el reino tendrás á tu dominio.

Decía ella, y Ulises levantaba
La ancla veloz, y á un tiempo el recio Noto
Volar hizo la nave y sus palabras.
Circe entónces ardiendo, triste ocurre
Al miserable auxilio de su Mágia,
Más no pudo apagar su amor doliente:
No creas, pues qué, son sino muy vanas
Las fuerzas de esos versos encantados,
Si mis artes pretendes, que te valgan.

V.

Recuerda agravios y defectos mira.

Oye lo que en tu patria hacer te cabe
Si en ella te detienen graves causas.
¡ Famoso vencedor, el que de un golpe
Su amor y su dolor del pecho arranca!
Si alguno hay tan valiente, yo lo admiro;
Ese no necesita mi enseñanza,
Á tí solo, infeliz, enseñar debo,
Que en tu lento dolor y fuertes ansias
No puedes desamar como quisieras.
Dentro del pecho sin cesar repasa
Los agravios que te hizo la que amaste;
Mira todos los daños que te causa,
« Tiene este vicio, dí, y este defecto;
Ella me hizo empeñar mi antigua casa,
Despues que me engañó bastantes sumas,
Juró ser fiel, y siempre perjuraba,
¡ Ah! cuántas veces me obligó á que en tierra
Ante su puerta vil me recostara,
Á otros ama; le enfada mi cariño;
Un rival nada digno me arrebata
Las dulces horas que gozar merezco. »
Por los cinco sentidos hasta el alma
Haz que estos sentimientos te penetren;
Repásalos, y nazca eterna rabia
De esta semilla de odio sempiterno.

¡Ojalá, que en pintarlos emplearas
La mayor elocuencia! Pero siente,
Siente tus males, y elocuencia rara
Tendrás para pintarlos. Yo he tenido
Una amiga, que al cabo me fué ingrata,
No era hecha para mí: yo emprendí luego
La obra dificultosa de olvidarla:
En mi dolor, cual sabio Pedalirio
Yo mismo los remedios me aplicaba;
Mal enfermo y mal médico, confieso
Que mis recetas no valian nada.
Esto sí me valió, representarme
Muchas veces las faltas de mi amada,
« ¡Qué feas son sus piernas! » me decía;
Aunque á decir verdad, no fueron malas:
— « ¡Qué poca gracia tienen esos brazos! »
Aunque á decir verdad, tenian gracia.
— « ¡Qué pequeña es! No lo era ciertamente:
— « Mucho suele pedir, á quien la halaga ».
Y aunque yo me fingía sus defectos,
Así falsos me hicieron olvidarla.
Como toca á los bienes tan de cerca
Cualquier extremo malo, acriminada
Puede ser la virtud como un delito.
Así pues, cuanto puedas, ten por malas
Las prendas de la amiga, y propasando
El límite que al bien del mal separa,
Procura alucinar tu propio juicio:
Si está bien llena, tenla por hinchada;
Si es de color moreno, dí que es negra,
Si es delgada de cuerpo, dí que es flaca;
Rústica llamarás á la modesta;

Y á la de trato culto, altiva y vana.
Haz tambien, aunque sea suplicando,
Que haga aquello en que tiene ménos gracia,
Si voz no tiene, pídela que cante;
Si no sabe moverse, al baile salga;
Si conversar no sabe. haz que converse;
Y si mal toca, dale la guitarra;
Haz que ande, si anda mal; quítale el manto
Si en extremo es de pechos abultada.
Refiérele sucesos lamentables,
Si muy pronto las lágrimas le saltan;
Y cuenta cosas que á reir la muevan
Si está su dentadura maltratada.
Bueno es tambien el que ántes de adornarse,
Sin que ella lo prevea, á verla vayas.
Nos engaña el adorno, y sus defectos
Cubren enteramente con alhajas,
De modo que del bulto que percibes
Es la parte menor la mujer que amas;
Y entre tanto aparato de ornamentos
Te costará trabajo el encontrarla:
Los ojos burla Amor con tal egida.
Entra pues de improviso, y desarmada
La hallarás de contado, y sus defectos
Verá ¡con que rubor! salir á plaza.
Más no es este precepto muy seguro,
Y á muchos ha vencido aquella gracia,
Que tiene la belleza sin adornos.
Cuando puedes entrar, es cuando se halla
Á medio embarnizarse con unturas:
Rompe el pudor entónces, y haz tu entrada;
Mil tintes hallarás, y mil colores:

Verás rodar de bajo de la barba,
En chorrera asquerosa sus afeites.
Tantos ungüentos, y pinturas tantas,
Más que la mesa de Tineo apestan:
A mí más de una vez me han dado bascas.
. . . . (a)

VI.

Dicen que con un clavo otro se saca.

Gran cosa es el querer á dos á un tiempo,
Y el que ama más de dos mejor lo pasa:
Cuando el alma vacila dividida
Sus amores uno á otro se contrastan:
Sacando al campo muchos arroyuelos
De un gran rio el caudal se menoscaba,
Y el pábulo quitando de la hoguera,
Se llega á consumir la mayor llama:
No se echa bien al agua un solo anzuelo
Ni se fijan dos naves con una ancla:
Así el que empieza á un tiempo á dos amando,
Tiene ya su victoria preparada
Más el que incauto se entrega á una sola,
Aunque tarde, procúrese otra alianza.
Minos, por Plótida, olvidó á Pacífaes,
Cedió á la nueva la primera amada;

(a) Loci istius lascivi versus videri possunt in suo textu originali.

Por dejar Alcimeon á Aljesibea,
Se entregó á Calirroe sin tardanza:
Si á Helena bella Páris no quisiera,
Páris á Enones hasta vieja amara:
Amara siempre á su mujer Odrisio,
Si nunca hnbiese visto á la otra hermana:
¿Pero que me fatigo en dar ejemplos?
Siempre con un amor otro se acaba,
Si una madre de muchos pierde uu hijo,
Con más valor tolera su desgracia,
Que la que á su unigénito perdiendo
Por su hijo solo se lamenta y clama.
Para que no presumas que propongo
Doctrinas nuevas, que ojalá me honrara
Con ser yo su inventor, sabe que Atridas
Las pudo descubrir, como que estaba
La Grecia toda entera dominando,
Y bien pudo tentar cosas más raras.
Vencedor, hecho dueño de Astinomes,
A su cautiva ciegamente amaba:
Su anciano padre en vano en todas partes
Lamentando quería rescatarla,
¿ Quid lacrimas, odiose senex? benè convenit illis
Officio natam lædis, inepte, tuo.
Pero volverla, con divino imperio
En Aquiles fiado, mandó Calchas,
Y entró al fin á la casa de su padre.
« Bien, dijó Agamenon, otra hay tan rara
« Que Criseyda en el rostro; y aun el nombre
« Con mudar una letra al suyo iguala;
« Briseyda sea mía, sea cuerdo
« Aquiles en traerla; si me falta,

« Aquiles sienta mi esforzado imperio;
« Y si alguno mi accion tiene por mala
« Entre vosotros, entendedlo Griegos,
« De algo sirve ceñir la real tiara:
« Que si, siendo yo un Rey, no la consigo
« Suba á este trono el hijo de la infamia. »
Dijo, y logró en Briseyda un gran consuelo,
Que le impidió sentir aquella falta:
Y dejó el viejo amor por amor nuevo.
Sigue, tú, pues, de Atridas las pisadas;
Nuevo amor cría, para que á la vista
De dos sendas vacile tu constancia.
¿Quieres saber el modo de amar otras?
Lee mi arte de amar, y luego carga
De mil queridas tu navío entero.

VII.

Finge estar sano, sanarás con eso.

Si vale alguna cosa mi enseñanza,
Si algo útil por mi boca enseña Apolo
Á los mortales en sus tristes ansias,
Obedece esta ley: aunque en un Etna
Del fuego del amor infeliz ardas,
Muestra un pecho más frío que la nieve;
Fíngete sano, el mal de tus entrañas
Nadie llegue á sentir, reir procura
Si á llorar te provoca tu desgracia.
No quiero que tu amor en su violencia

Apagues, no es mi regla tan tirana;
Mas finge lo que no es, imita astuto
Al que ha dejado sus furiosas llamas,
Y efectivo se hará lo que ahora finges.
Muchas veces dormir aparentaba
Por no beber, y al cabo á un sueño cierto
Mis párpados rendidos se entregaban.
Con risa he visto á quien amar fingía
Enredarse en la red por él armada,
Que con el ejercicio amor se cría,
Y con el ejercicio amor se acaba,
Y el que pueda fingir hallarse sano,
Probará que fingiendo, su amor sana.
Vé á cumplir, si tu amada te ha citado;
No te enfades, si vienes y no la hallas;
No la ruegues humilde, no maldigas,
Si encuentras que su puerta está cerrada;
Ni en el batiente duro te recuestes;
No formes queja porque te hizo falta,
Ni vea pesadumbre en tu semblante:
Mi arte te ofrece en esto una ventaja;
Que irá perdiendo su esquivez la altiva,
Desde que vea que tu amor desmaya.

VIII.

Al amor no hagas guerra cara á cara.

Conviene que procures engañarte,
Y que al amor de frente no combatas;

Que aun el caballo, si á ponerle freno
Te llegas por delante, ve, y se espanta.
No pienses en tu fin: lo que no piensas
Conseguirás así; que el ave cauta
Huye las redes cuando están patentes.
Guárdate de que así se alce tu amada,
Que llegue á despreciarte; ponte en tono
Para que ella se rinda á tu arrogancia:
Si hallas la puerta abierta, aunque vencido
Volverás luego, por lo pronto pasa:
Si estás citado para hablar tal hora,
Ponte á pensar si irás, con grande calma.
Si eres sabio, verás que es fácil cosa
Poder sufrir todo esto, y que no tarda
El alivio con fáciles remedios.
¿Quién con esto podrá llamar tiranas
Mis leyes, que aquí son conciliadoras?
Para varios amantes, artes varias
Doy, y para mil males mil remedios.
Algunos cuerpos con trabajo sanan
Con el agudo fierro, y sanan presto
Con suaves jugos, y con yerbas blandas.
Con que si eres sensible, si no puedes
Retirarte, si tienes remachada
Tu cruel cadena, y el amor tirano
Tiene ya tu cerviz bajo sus plantas,
Déjate de luchar: entrega al viento
Tus velas todas, y tus remos vayan
Por donde quiera que las olas giren.
Esta sed que te pierde, á gusto sacia;
De la madre del rio largo bebe:
Bebe aun mucho más de lo que anciabas:

Bebe hasta que redunde de los labios
El agua, ya repletas las entrañas.
Goza á pesar de todos á tu amiga
Hasta más no poder; y en gozar gasta
Toda la noche entera, y todo el dia.
Busca el tedio, que el tedio tambien sana;
Y cuando de çesar capaz te mires,
Sigue hasta que estés harto, y la abundancia
Empiece á fastidiarte, no te muevas.
Eterno hace al amor la desconfianza;
Si quieres pues perderla, pierde el miedo;
Quien teme no alcanzar la prenda que ama,
O recela perder la que posee,
Aunque el mismo Esculapio le curara
No sanará jamas. Siempre una madre
Quiere al hijo que yendo á la batalla,
Le hace dudar si logrará su vuelta,
Más que al otro que está seguro en casa.

IX.

Piensa en las desventuras que te cercan.

Á la puerta Colina está vecino
Un templo venerable, Erix se llama:
Allí el Leteo Amor que sana el pecho
En sus hachas esparce frías aguas:
Allí olvidar con votos solicitan
Los jóvenes, y aquellas desgrciadas
Que han entrado al poder de amantes crueles,

Este (no sé si fuere ilusion vana,
Ó que el mismo Cupido, aunque yo piense
Que fué sueño), me dijo estas palabras:
« Oh! tú, que ora concedes, ora quitas
« Los ansiosos amores, Nason, canta,
« Y á los tuyos añade este precepto;
« Huye amor del que piensa en sus desgracias:
« Dios dió á todos ya más ya ménos males:
« Quien el Pretorio teme y se acobarda
« De entrar al foro, cuando el presto tiempo
« Hace cumplir el plazo de cobranzas,
« Para olvidar entréguese al tormento
« De acordarse que debe mucha plata:
« Retenga un padre cruel en su memoria,
« Quien tiene un padre cruel por suerte infausta:
« Piense en que su mujer corta su dicha,
« Aquel cuya mujer fué mal dotada.
« ¿Tienes alguna viña en campo fértil?
« Teme el frío, que la uva te maltrata;
« ¿Tienes nave mercante? la mar teme,
« Y piensa en los peligros de las playas
« Piensa en tu hijo soldado, en tu hija suelta.
« ¿Y quien no tiene de dolor mil causas?
« Tú, Páris, si pensaras en la muerte
« De los tuyos, de Helena te olvidaras.... »
Hablando prosiguió, hasta que su imágen
De mi sueño voló, si fué soñada.

X.

La soledad recuerda muertas llamas.

¿Qué haremos ya? el piloto me abandona

Y hay que cruzar por mares ignoradas.
Entremos. Oh! tú que amas, huye cauto,
Huye la soledad, que siempre daña.
¿Dónde vas, si en el pueblo estás seguro?
No busques las estancias solitarias
Que el ciego amor fomentan: vive cierto
De que en la multitud alivio se halla.
Si estás solo, por fuerza estarás triste,
Y cual si vieres á tu misma amada,
Su imágen guardarás firme en el pecho;
Más triste por eso es la noche parda,
Que las horas del dia, porque en ella
La compañía, el trato, toto falta.
De hablar no dejes, ni tu puerta cierres,
Ni entre tinieblas á lamentar vayas:
Ten siempre un Pílades que consuele á Orestes:
Sírvante de algo en esto las alianzas
De la dulce amistad. ¿De qué nacieron
Los tormentos de Filis? De que estaba
Sin compañía en la secreta selva.
Iba allá, como suelen tropas bárbaras
Ir con el pelo desgreñado al culto
De Baco Edonio, y ya la vista alzaba
Mirando como quiera al ancho océano,
Y en la arena caía ya cansada:
« Infiel Demofoon, pérfido amante; »
Decía á gritos á las sordas aguas,
Interrumpiendo con sollozos tristes
El golpe de su llanto y sus palabras.
Estrecha era la senda y denegrida
Con largas sombras, por donde á la playa
Se acercaba por veces repetidas:

La novena fué ya, y desesperada
« Veamos, dice, sea lo que fuere » :
Mira, y pálida queda al ver su faja;
Alza los ojos, vé los altos ramos:
Ya vacila, ya emprende, ya desmaya;
Teme; en su cinto al fin ensarta el cuello;
¡Ay Fílis! Quien allí te acompañara!
Tú ¡oh, Selva! si no hubiera estado sola,
No la vieras morir, ni te agostáras!
Tú, mujer, á quien un varon olvida,
Tú, váron, á quien una mujer mata,
Llorad de Fílis la sensible muerte,
Y huid la soledad, que fué su causa.

XI.

Mas no con amadores te acompañes.

Un jóven obediente hecho tenia
Cuanto manda mi musa, ya se hallaba
Á punto de fondear salvo en el puerto;
Mas con varios amantes se acompaña,
Y al instante recae; pues Cupido
Que su flecha escondió, volvió á las armas.
Tú, que amando te vez contra tu gusto,
Huye las compañías que contagian;
Ellas aun al ganado son fatales;
Y los otros que ven ajenas llagas,
Si de esta especie son, dañados quedan.
Muchos males de un campo en otro pasan,

Suele al árido campo muchas veces
De un arroyo vecino pasar agua:
Si estás, pues, entre amantes, pasar debe
Ocultamente su pasion á tu alma;
Que todos somos hábiles conductos
Y á todos contagiamos nuestras llagas.

XII.

No veas prenda alguna de tu amada.

Otro estaba ya libre, y perdió todo
Porque llegó á encontrase con su amada:
La cicatriz volvió á su ser primero,
Por no estar aun segura, y salió vana
Toda mi curacion: porque, no hay duda;
Es difícil que escape de las llamas
El techo que á un incendio está vecino.
¡ Sabio el que aun de sus límites se aparta!
No pisen más tus piés aquellos sitios
En donde se pasea la inhumana:
No le hagas la atencion que ántes le hacias;
¿Porque, á que fin recalentar el alma
Con nuevas impresiones? Si se puede
Sepárente de allí largas distancias;
No se abstiene el hambriento al ver la mesa,
Y despierta la sed la agua que salta;
El caballo relincha viendo su hembra,
Y al fuerte toro, cuando ve su vaca,
No es dable contener. Así en logrando,

Tocar en la ribera, ten por nada
Haber quebrado tu amistad, procura
No ver más á la madre, ni á la hermana,
Ni á la tercera, ni la menor cosa
Que á ella pertenezca, ni su casa.
No venga su criado, ni á su nombre
Humilde te salude su criada:
Ni aunque quieras preguntes que está haciendo,
Deja pasar el tiempo, y sus ventajas
Te dirá ese silencio de tu lengua.

XIII.

No cuentes los motivos de tu enojo.

Y tu, que cuentas sin cesar la causa
De tu olvido, y contra ella traes mil quejas,
En el silencio busca tu venganza:
Hasta que su amor muera no te quejes.
Mejor te está callar: alarde no hagas
De tu riña: que el hombre que repite:
« *Ya no la quiero!* », prueba bien que la ama.

XIV,

No le profoses odio. . . . .

Mejor se mata el fuego poco á poco;

Y el que apaga su amor á lentas pausas,
Vá mas seguro que el que pronto olvida.
Un torrente veloz corre y avanza
Más que un calmado rio; pero en tanto
Éste es perpetuo, mas aquél se acaba.
Acábese tu afecto por sus grados;
Exhálese cual humo y lento salga.
Así es un gran delito tener odio
Á aquella misma que poco ha se amaba.
Esto no es propio sino de almas viles:
Bastante es olvidar, y el que remata
Su amor cou odio vil, ó está queriendo
O su dicha y salud vendrá muy tarda.
¡Que feo es ver un jóven y una niña,
Hoy juntos, detestándose mañana!
Condena este rencor la misma Vénus;
Quien culpa, es de creer que entónces ama;
Mas cuando no precede riña alguna,
Sin mandárselo amor libre se exhala.
Ví un jóven cierto dia; allá en su lecho
Su amable esposa estuvo recostada,
Á tiempo que enojado él prorumpía
Contra ella en formidables amenazas:
« Salga! », gritó por fin: salió del lecho,
La vió y enmudeció quien la ultrajaba:
Cayéronse sus manos, cayó de ellas
El libelo con que iba á repudiarla,
Y « venciste! », le dijo, y abrazóla.
Con que es más útil separarse en calma,
Que armar contienda y pleitos de divorcio;
Deja en su mano lo que dádole hayas,
Y éste de tu rescate sea el precio.

XV.

.... al mirarla
Ponte sobre las armas vigilante.

Si á juntarte con ella tu desgracia
Te trae alguna vez, mis armas todas
Toma y maneja allí con vigilancia.
Allí las necesitas. ¡Ah! pelea,
Pelea fuertemente; con tu lanza
Vence á esa jóven de amazonas reina.
Entónce es tiempo que á memoria traigas
El rival, el batiente en que dormías,
Los santos juramentos que violaba.
No compongas tu pelo porque viene;
Tus divisas de honor queden tapadas;
Ni trates de agradar á esa inconstante;
En fin sea en tu aprecio una de tantas.

XVI.

Vive amor si no muere la esperanza.

Pero contemos ya ¿qué impedimento
Es el que á mis doctrinas más constrata?
Y cada cual en sí busque la prueba.
Dejamos tarde las amantes llamas,
Porque esperamos que á querernos vuelvan;

Y muy crédulos somos si se trata
De lisonjearnos esperando. Nunca
Te engañes con fingidas esperanzas:
Muy falaz es un dicho pasajero,
No fies de él, ni creas que te valgan
Juramentos que te hacen por los Dioses.
Cuenta, no te enternezcas porque clama
Llorando ante tus ojos esa infame,
Que estudia derramar lágrimas falsas.
Cual peñasco que amor por todas partes
Azota, con mil artes asediada
Se mira el alma débil de un amante.
Atiende á todo: no hables de la causa
De tu separacion, y aunque el tormento
Te rasgue el corazon, tu pena calla.
No cuentes sus delitos: teme que esto
Á pedirte perdon tal vez la traiga;
Ántes pondera que es muy justa ïra,
Y haz mejor la suya que tu causa.
Quien calla, firme está; quien reconviene,
Quiere sin duda que le satisfagan.

XVII.

Coteja con mejores á tu jóven.

No me atrevo á mandar que cual Ulises
Al agua arrojes del amor las hachas,
O sus flechas de un golpe hagas pedazos:
Del niño ciego las purpúreas alas

No cortaremos, ni con mis preceptos
Su arco quedará flojo; lo que canta
Mi Musa es solamente un buen consejo.
Tú, Febo, que empezaste, mi obra acaba.
Ya su lira resuena, ya susurran
Remecidas las flechas en su aljaba;
Señales son del Dios: aquí está Apolo,
Compara los vellones de la lana
En púrpura de Amiclas reteñida,
Con la que en Jiro fué beneficiada,
Verás cuan inferior es la de Amiclas.
Así con las mas bellas y mas raras
A tu jóven coteja, y con vergüenza
Véras en la que amaste muchas faltas.
Juno y Palas á Páris encantaron,
Y ante Venus perdieron Juno y Palas.
No solo el rostro, su arte y sus costumbres
Con el arte y pudor de otras compara,
Siquiera para hacer recta justicia
En el juicio que formes de sus gracias.

XVIII.

No más repases sus falaces cartes.

Bagatelas son ya las que me restan,
Pero aunque bagatelas, ellas sanan.
Yo soy uno de muchos que sanaron
No vuelvas á leer aquellas cartas
Que te escribió tu amada; pues las letras
Resucitan pasiones enterradas.

Aunque te pese, arrójalas al fuego:
Sea este el holocausto de tus ansias,
Quemó valiente Altea á su hijo propio,
¿Y tú quemar temieras letras vanas?

XIX.

Rompe retratos. . . . .

Destruye, si es posible, su retrato;
De una muda figura dí, ¿que sacas?
Con él, como Laodamia no te arruines.

XX.

. . . . Huye de los sitios
Que te hagan recordar dichas pasadas.

Despiertan el amor ciertas estancias
De que huir debes; esos tristes sitios
En donde con tu amada te juntabas.
Hic fuit, hic cubuit, thálamo dormivimus isto,
Hic mihi lasciva gaudia nocte dedit.
Á su vista el amor se reproduce,
Vuelve á romperse la cerrada llaga,
Y á poco caen los convalecientes.
Si en cenizas poco ántes apagadas
Pones azufre, revivirá el fuego,

Y se alzará un incendio de una nada;
Pues no de otra manera, si no evitas
De amor los incentivos, grande llama
Volverá á arder despues de destruida.
¡Con cuanto ardor los Griegos no remáron,
Por huir les escollos de la Eubea,
Á que una luz infausta los guiaba!
Cuando ha pasado el Scyla un marinero
Canta alegre: sus cantos acompaña
Huyendo sitios que le fueron gratos,
Y hoy son escollos en que se naufraga.
Tenlos por Sirtes: son unos Caríbdis
Vomitadores de furiosas aguas.

XXI.

Sabe que al rico buscan los afectos.

Hay ciertas circunstancias muy casuales,
Que muchas veces prestan sus ventajas.
Si Fedra hubiera sido ménos rica,
Á su nieto Neptuno no matára,
Ni su mónstruo espantára los caballos;
Y Gnosida supiera á quien amaba
Si hubiese sido pobre: las riquezas
Del más impuro amor llenan el alma.
¿Por qué causa ninguno á Hécales quizo?
¿Por qué ninguna de Izo se prendaba?
Por ser pobre Izo, y Hécales lo mismo.
Para nutrir su amor no tiene nada

La desnuda pobreza: pero cuenta,
Pobre no quieras ser por tal ventaja.

XXII.

Huye el teatro. . . . .

Guardate de pisar en el teatro
Miéntras tu amor del todo no se vaya:
Allí el canto, la música y el baile
El alma enervan, y en lecciones varias
El actor muestra lo que hacerse debe,
Y lo que ha de evitarse cuando se ama.

XXIII.

. . . . deja las livianas
Canciones de poetas amorosos.

Tambien diré algo más, á pesar mío;
Sin piedad tacharé mis propias gracias.
Poetas amadores nunca leas:
Del lascivo Calímaco te aparta,
Fileta es igualmente voluptuoso,
Safo para el cortejo el pecho ablanda,
Y no me hizo muy santo Anacreonte;
Tú, Propercio, que á Cintia sola cantas,
Y tú Tibulo, confesad ¿quien puede

Leer sin corromperse vuestras planas?
¿Ni quien leyendo á Galo queda puro?
Aun mis versos abundan en palabras
Con no sé qué dulzura proferidas.

XXIV.

No temas que hay rival..........

Si en mi obra Apolo no me desampara,
Este es aviso cierto: el rival tuyo
Es de tu obstinacion la mayor causa.
No sospeches tener rival ninguno,
Persuádete á que está sola en su cama.
Con más ardor Oreste á Hermione quizo
Desde que ésta con otro formó alianza.
¿Por que lloraba Menelao? Á Creta
Fué sin mujer, y en calma toleraba
De su consorte la más larga ausencia;
Pero robóla Páris: ya con ansia
La busca, que no puede estar sin ella,
Y ahora la quiere más, porque otro la ama.
Á Briseyda así mismo lloró Aquiles,
Cuando ya Agamenon de ella gozaba;
Y á fé mía que no lloraba en vano.
Un hecho emprendió Atridas, que le daba
La mancha de holgazan: yo lo hubiese hecho
Sin ser más sabio que él: esta ganancia
Sacó por total fruto de su envidia:
Y cuando por su cetro allá juraba

No tocar á Briseyda; bien sabia
No ser Dioses su cetro y su tiara.

XXV.

. . . . De largo pasa
Por sus puertas. . . . .

Quieran los Cielos que con valor pases
Por la atractiva puerta de tu ingrata,
Y que traicion no te hagan tus piés lentos:
Como quieras pasar, poder no falta.
Para allí es la constancia, entónces debes
El paso acelerar: mira esa casa
Cual si en ella Lotófagos hubiera,
Ó vivieran Sirenas encantadas;
Y pasa navegando á vela y remo.

XXVI.

. . . . Si tomas buen afecto
Á tu competidor, y si te guardas
Del vino y los manjares irritantes,
Caerá en olvido eterno lo que amabas.

Tambien quisiera que en amor trocaras
El odio que al rival ántes tenías;
Pero aunque lo aborrezcas, buena cara
Ponle á lo ménos: dale, si pudieres,
Un ósculo de paz: con esto sanas.

XXVII.

Diré en fin, por ser médico completo,
Cuales comidas sirven cuales dañan:
No comas Bulbo, que la sangre irrita,
Sea de Libia, ó sea de Megara.
Deja del mismo modo la Prugueta,
Y cuanto á Vénus el humor prepara.
Toma la ruda que los ojos limpia,
Y cuanto á Vénus niega las entradas.
¿Mi juicio sobre el vino saber quieres?
Óyemelo decir en dos palabras:
El vino incita á Venus, si no tomas
Tanto que llegue á entorpecer el alma,
El viento nutre el fuego y lo destruye:
Cuando es violento y fuerte, el fuego apaga,
Más lo enciende si es leve: de esta suerte
Ó no prubes el vino, ó sea tanta
La cantidad, que embargue tus sentidos.
El medio entre ambos casos siempre daña.
Estamos en el puerto que queria
Y es tiempo de fijar las graves anclas.
Mujeres y hombres, vuestros píos votos
Cumplid al vate que remedios canta.

CARTA Á SILVIA

CARTA A SILVIA.

—

Por si logro mostrarte mi firmeza,
Por sí, al fin, tus recelos se disipan,
La historia de mi amor, toda mi historia,
Voy á contarte mi querida Silvia.
Quizá al verla tus ojos amorosos,
Te moverán siquiera mis desdichas
Á que abandones tus sospechas falsas,
Y ese llamarme infiel, con que me arruinas.
Veinte veces el sol repasó el cielo,
Y otras veinte la tierra sus delicias
Mostró en la primavera, desde el punto
En que comanzó el curso de mi vida;
Y en tantas veces nunca en mí se vieron
Los fuegos del amor, ni sus fatigas:
Libre por eso, alegre y satisfecho,
Ni la pena ni el llanto conocía,
Y exclamaba al mirar á los amantes:
« No he de sufrir de amor las tiranías!
Nunca seré vilmente subyugado
Por este amor que halaga y esclaviza. »
Pero ¡instante fatal! llegó el instante

En que debió empezar mi entera ruina,
Cuando jamás osé mirar de lleno
De una mujer el rostro, vino el dia
En que al pasar mi vista por los ojos
De una jóven amable, hallé su vista
Clavada en mí: quité mis ojos luego;
Pero no sé porque se me ofrecía
Que en ella algun amor ya comenzaba;
Y esta idea halagüeña y seductiva
Me hace volver, no bien determinado,
Hacia el objeto que ahuyentó mi dicha.
Tres veces volví á ver sus vivos ojos,
Y tres veces hallé que me veían:
Ya no fuí mío, fuí del amor solo.
Esos pequeños ojos que lucían
Y me hablaban al alma, me robaron
La paz, el corazon y el alma misma.
Mas combatí este amor, vencí su fuerza,
Deliberé, y en calma bien tranquila
Resolví en largo tiempo deshacerme
De otros deseos, que ántes me movían;
Y á ligarme con lazos de Himeneo
Mi sensibilidad al fin me inclina.
Aún no te conocia: entónces sola
Hubieses sido dueño de mi vida.
Volví á ver, por acaso, aquella jóven
Que me había encendido con su vista,
Y volví á arder al punto en fuego vivo,
Y empezó mi penar y mi agonía.
Hícele ver mis ansias, y resuelto
Le protesté ser suyas mis caricias:
Le juré eterno amor, si el amor suyo

Ella invariable para mí encendía.
Te ví despues, ¡ay Silvia! ¡que atractivo!
Más no pude vencer mi fé ofrecida:
Tanto como esto cumplo mi palabra,
No te ofendas de que hable sin mentira;
Ves aquí mi verdad y mi firmeza,
Tu atractivo mayor no me vencía;
Y Melisa mi dueño siempre fuera,
Si no me hubiese herido su alma altiva.
La ingrata, que al principio demostraba
Pagar mi amor, se muda, y en el dia
Ante ella protesté que sus desvíos,
Si continuaban, luego, con justicia,
Me harían apagar mi fuego ardiente.
No lo creyó sin duda; siguió esquiva,
Y yo supe cumplir con olvidarla,
Por más que mi dolor se me oponía.
Seis lunas no duró ni durar pudo
Una pasion tan mal correspondida;
Y luego que fuí libre ¿quien pudiera
Cautivarme, si no es mi dulce Silvia?
Así es que libertad ninguna tuve.
De unas á otras cadenas en un dia
Pasé, y fuí tuyo luego que fuí mío.
La halagüeña esperanza colegida
De una respuesta ambigua de tus labios,
Animó mi alma, que en tu amor ardía.
Por horas este fuego se aumentaba,
Y del otro acabó hasta las cenizas.
A la manera con que las estrellas
Que en medio de la oscura noche brillan,
Desaparecen absolutamente

Luego que el claro sol nos ilumina.
¡Con cuanta indiferencia desde entónces
Miraba yo á la pérfida Melisa!
Sus amantes, su amor, sus relaciones,
Su indolencia, sus gracias, ni sus iras
No tuvieron ya más para conmigo
Ni un rastro del poder que ántes tenían.
Tú sola eras objeto de mis ansias;
Tú sola desde entónces me dominas.
Ver tu rostro fué ver mi gloria entera;
Dejar de verte fué perder mi dicha.
Á toda hora á tu lado estar quisiera,
Y cuanto más te veo, más tu vista
Deseo prolongar siglos enteros;
Tanto el deseo de tu amor me incita,
Y tanto me encendía la esperanza
De que habías de quedar al fin por mía.
Siete veces llenó la luna hermosa
Su blanca redondez, sin que benigna
Me dijeses, « te quiero »; más en tanto
Tu amoroso semblante lo decía
Debilmente al principio; mas creciendo,
Cual crece sin sentir la luz remisa,
Desde el débil crepúsculo primero
Hasta que salta el sol y al orbe anima,
Asi tú, de una mera complacencia
Dándome á cortos tragos la alegría,
Pasaste á darme tu sencillo pecho,
Porque de un golpe solo tanta dicha
Mi vida no acabase. Y sin embargo,
¿Quien creyera que en esta tregua misma
Infeliz fuese yo? ¿Más cómo puedo

Dejar de serlo, si con ansias vivas
Un instante siquiera que me hablases
Quería, y mi cruel suerte impedia
Que aun ese instante solo me dejaras
Disfrutar una vez de tal delicia?
Y aun cuando resolviste consolarme,
Fué cuando ya los hijos de la envidia
Me cortaron el medio de mirarte.
¡Que funesta es mi suerte, amada Silvia!
Mas con todo ya supe que me amabas.
Lejos de aquí el amor de la lascivia:
No es amor ese, que es brutal instinto,
Es un bajo querer en que delira
La pasion sola, la razon se esconde,
Y el amante brutal que se desvía,
Quiere, procura, gime, clama, y llora;
Por fin consigue, y al momento olvida.

Amor para que sea permanente
Debe ser como el nuestro, Silvia mía.
Libres de sentimientos corrompidos,
Corazones trocamos; de dos vidas
Una vida no más quisimos ambos:
¡Qué suerte tan feliz, me prometía!
Todo el poder del Cielo en favor nuestro
Contaba ya, y la envidia sometida.
Porque, ¡Cielo benigno! ¿qué otra cosa
Puede proteger más tu mano pía,
Que la inocente union de dos amantes,
En quienes puso la bondad divina
Con su imágen unidos corazones,
Para que amen su ser, y en paz tranquila
Vivan, hasta ligarse en Himeneo,

Y más que amantes, ya ligados vivan?
Así debía ser. Pero ¡alto arcano
Del ser piadoso, que me martiriza!
En medio del placer que disfrutaba
Al mirar tuya mi alma, y tu alma mía,
La parca fiera, con horrendo golpe,
Nuestro apoyo mayor cortó en sus iras.
No hay más: para llorar solo he nacido!
Largo tiempo hace, pero todavía
No puedo recordar tan triste escena,
Sin regar con el llanto mis mejillas.
Acuérdome del deplorable instante
En que, cual mortal rayo, la noticia
De su muerte imprevista á mi oido llega.
¡Oh Madre! Oh Madre! ¿Cómo tus cenizas
Pudiera ver al ménos? ¿Quien me diera
Saber entónces que tan presto te ibas?
Mi corazon te hubiera descubierto.....
¡Oh dolor sin igual! Oh, muerte impía!
Yo ví mústios aquellos mismos labios
Que una hora ántes mi afecto defendian;
Yo ví cerrados en eterno sueño
Aquellos ojos cuya tierna vista,
Por mío eternamente aseguraba
Con mudo hablar el corazon de su hija.
Muerta ví á quien murió por protegerme!
Muerta ví á quien murió dándome vida!
Lloremos juntos, mi querida Silvia,
Madre igual de los dos fué: en su ternura
Los dos perdimos una madre misma.
¡Ay, compasiva madre! eternamente
Grabada te veré en el alma mía:

Lloraré, venerando á todas horas
Tu alma inmortal, tus frígidas cenizas.
En mi pecho sellado está tu nombre;
Sobre él derramo lágrimas continuas;
Solo tu amor en tanto desconsuelo
Pudo guardar mi vacilante vida.
Pero, ay Silvia! este amor me dió otra pena:
Llorábamos tú y yo tan imprevista
Fatalidad, y á ver el caro cuerpo
De una madre tus pasos dirigías,
Cuando tu débil corazon se rinde,
Al peso enorme de la cruel fatiga;
Un desmayo te asalta: ¡dicha grande
Fué que cayeses en las manos mías!
Más ¡qué dolor! tenei entre mis brazos
Moribundo el semblante de mi Silvia!
¿No profanara yo tu puro afecto
Con una accion á que el amor me incita?
Pero ya que la suerte me la ofrece
Solo es para doblar las ansias mías.
Muerto mi apoyo, Silvia moribunda,
¿Cómo pudo durar mi débil vida?
Para llorar nací, no hay duda alguna,
Sin darse tregua vienen, se conspiran,
Y en mí de un golpe dan las grandes penas,
Y morir no me dejan, porque viva
Para víctima eterna de sus fuerzas.
¿Para que es más? Atiende, prenda mía,
Mira á tu amante en este aciago punto,
Víctima triste de pasion tan viva;
Y no aumentes mi llanto con decirme,
Que soy infiel, cuando por fiel sentía.

Solo amor como el mío, interes tanto
En esta situacion por sí aflictiva
Pudo tomar; y amor que así padece,
Nunca se apaga, ni aun se debilita.
Así lo has visto, y van dos primaveras,
Desde aquel duelo, sin que en mí se extinga,
Sin que deje de arder con fuerza nueva
Este sincero amor que te ofrecía.
Tú sabes los motivos que á encenderme
En el primer amor siempre conspiran;
Sabes que á abandonarte me provocan
Mis amigos, tentando la codicia;
Sabes que aun la fortuna me hace guerra,
Negándome sus bienes, siempre esquiva;
Pero sabes tambien que nada pueden
Contra mí tantas fuerzas reunidas;
Ni han bastado á mover mi pecho firme
El desprecio y los tiros de la envidia,
Con que los tuyos, sin razon airados,
Me ultrajan y persiguen á porfía.
Te he amado, te quiero, y he de amarte
Á pesar del furor con que me miran;
Para más gloria mía y triunfo tuyo
Será el que formen nuevas tentativas.

Han dicho que te traigo la miseria,
Porque ya la fortuna, que vacila,
Robó á mis padres, y á mi anhelo niega
Sus bienes, pero á nadie tiraniza
La suma Providencia, y entre presto
Trocada han de mirar la suerte mía.
Yo poseo y tendré, merced al Cielo,
El caudal de los que aman la justicia.

El sudor de mi frente ha de traerme
Lo que en un testamento no hallaría.
Pero tiemblen los míseros que tienen
El oro, que se pierde ó se disipa,
Por el único don que hace apreciable
Y digno de tu mano al que la pida.
Tiemblen, porque es afrenta que así muestren
Que á remate una esposa dar querían;
Y tiemblen mucho más, porque es el mundo
Un teatro que muda sus cortinas,
Y en dos momentos pasan sus actores
De la gloria más alta á total ruina.
No me alegraré yo, que ántes deseo
Que el pío Cielo tu labor bendiga;
Pero ellos pueden verse en el estado
De humillarse á quien tanto perseguían,
Y decir á despecho y pesar suyo
Que es el oro una alhaja quebradiza,
Y que es nada comparado con una alma
Que busca la honradez y se ilumina.
Entre tanto yo sufro sus enojos
Y tolero el desprecio en que me pisan;
Y si sufro y tolero, es solamente
Porque más que mi gusto quiero á Silvia.
  Despues de tantas pruebas, una sola
Faltaba de mi amor, que no varía,
Y era vencer la poderosa ausencia,
Negándome á esperanzas muy floridas.
Los míos, tan opuestos á este enlace,
Come los tuyos, hacen que en un dia
Pierda á mi Silvia, pierda en ella todo,
Y vague sin mi bien en otros climas.

Allí muy lisongeras esperanzas
Á larga residencia me convidan.
Vénus me ofrece en copas abundantes
El vino en que ponzoña nos propina,
Con que delira el hombre más prudente,
Y el más amante de su bien se olvida.
No me abandona el Cielo; no la escucho;
Mas Minerva me halaga, y atractiva
La ilustracion me mueve fuerte guerra,
Á los sabios ilustres yo veía,
Y con ansia á su lado estar deseaba
Y oirles y aprender..... ! ay dulce Silvia !
No te hice sacrificio semejante
Al que te hice esta vez en mi venida.
Esto sí que demuestra que del todo
Se estrelló en mi pasion mi fuerza antigua.
Desde que mi razon tuvo ejercicio,
Procuraba adquirir sabiduría,
Más que el avaro busca los tesoros,
Más que el conquistador busca provincias:
Poseer, si dable es, todas las ciencias
Fué toda mi ambicion y mi codicia.
Allá en la tierra donde fuí arrojado,
Pude satistacer mis ansias vivas,
Y dejé la esperanza de llenarlas
Por volver á mirarte, y que mi vista
Impidiese el olvido riguroso
Que ya en tu pecho con razon temía;
Pues siempre el soplo de la ausencia apaga
El fuego débil, el violento aviva.
Te he visto, y cuando ya contra mi pecho
No se levantan manos enemigas,

El grave peso que me oprime ahora,
Tú le descargas con tus manos mismas.

¿Es posible que así me correspondas?
¿Creible es que tú misma me persigas?
¿Por qué, dime, presumes que te engaño?
¡Y me lo dices, y me martirizas!
¡Ay Silvia! No es extraño que quien falta,
Igual falta en su amante hallar conciba.
Tú faltas al amor que me ofreciste,
Porque, como si fueses mi enemiga,
Me ocultas tus intentos, no me dices
Tus sustos, ni tu amor, ni tus fatigas.
Si alguna vez tus labios dicen algo,
Es solo á fuerza y por instancias mías.
Silvia, eso no es amor, ni puede serlo;
Por esto se conoce que me miras
Como á un hombre traidor ó fementido,
Contra quien precaverte necesitas.
¿Y es este el premio que mi amor merece?
¿Así se paga la ingenuidad mía?
¿Que cosa pienso yo que no la sepas?
Gustos ó penas, siempre á tu noticia
Hago que pasen, porque amor me enseña
Que al instante que tú llegas á oirlas,
Mis penas menguan y mis gustos crecen.
Pero tu amor apénas se divisa
Por entre tantos velos con que cubres
Lo que sufres, ó gozas, ó imaginas.
Este cruel estado es más funesto.
¿Qué piensas? pues no solo me contristas
Con la sospecha de que me amas poco;
Sino que, para colmo de desdichas,

Me impute el porvenir los muchos males
Que tu injusto silencio me suscita.
Acabamos de ver un triste efecto,
Que casi nuestros lazos aniquila:
De repente en el caso inesperado
Me hallé de que faltase quien creía
Seguro apoyo de nuestros proyectos.
Ignoraba yo entónces qué dirías;
Te propongo indeciso que resuelvas,
Porque así proponértelo debía
Cuando ignoraba el colmo de tu afecto;
Y este mi proceder luego te irrita.
¿Pero es culpable mi razon acaso
Porque tus pensamientos no adivina?
¡Ay! Dime, Silvia, todo lo que sientes:
Descúbrele á mi amor tu alma sensilla,
Sepa yo cuanto piensas; y ya entónces
Seré dichoso viendo tu franqueza,
Y prevendré los golpes que hoy me minan.
Mira cómo yo te hablo y te demuestro
El último repliegue, en que registras
Lo más hondo de mi alma; mira cómo
Esta franqueza mi pasion te avisa.
Ya puedes ver en ella que amor tanto
Muy rara vez se encuentra; y si examinas
Las protestas y amor de otros amantes,
Solo has de hallar mudanzas y mentiras.
Ellos hablan con fuerza de sus fuegos;
Ansias, firmeza, amor, tormentos pintan;
Pero ¡qué lejos va su negro pecho
De lo que por sus labios se publica!
Testigo es el olvido que de cerca

Siempre sigue á su llanto y sus caricias.
Yo sí, que digo lo que siento adentro:
Mi pluma escribe lo que el pecho dicta;
Y esos mismos motivos que me alegas,
Como si fueses mal correspondida,
Esas reconvenciones en que á veces
Me quejo de tu seño y tiranía;
Si las quieres mirar, como debieras,
Hallaras que mi amor me las inspira.
No dudo que si atenta reflexionas
En lo que mi firmeza califica,
Confesarás por fin que te soy fino;
Y esta confesion tuya hará mi dicha.
Si no, veré apagarse infelizmente
Tu amor, y en situacion tan enemiga,
Para olvidarte corto fuera un siglo,
Y para lamentar corta una vida.
Ni me contento solo con que cierta
Quedes de mi ternura dulce y fija.
El haber sido fino, haber guardado
Mis promesas hasta hoy, tan bien cumplidas,
Me da derecho para que otras nuevas
Que te voy á afirmar creas benigna,
Y en ellas veas, con mi amor presente,
Nuestro amor venidero y nuestras dischas.

Dia vendrá y bien presto, en que á presencia
Del sacro altar, con ceremonias pías
Juremos al Eterno ser amantes,
Y allí nos dé su bendicion divina.
Entónces ¡O placer, por el qué nada
Me parecen ahora mis fatigas!
Yo diré: « tuyo soy »; y tú: « soy tuya »,

Y enlazados el resto de la vida
Pasaremos..... Entónces mi contento
Será estar siempre con mi dulce Silvia,
Y no apartarme de sus bellos ojos
Miéntras la ocupacion me lo permita,
Horas enteras una misma cosa
Haré que tus acentos me repitan.
¿Me han de constituir las justas leyes
Cabeza de tan dulce compañía?
Pero ellas mismas han de recordarme
Que eres mi corazon, mi alma y mi vida.
Preceptos de obediencia y de amor solo
Serán los que nos rijan; y una misma
Ha de ser siempre la voluntad nuestra.
El trabajo, el dolor me harán que gima;
Mas volviendo, mi Silvia, á tu regozo,
El desahogo hallaré que apetecía.
Cualquier disgusto que tu pecho sienta
Tendrá en mi amor tambien su medicina.
Todo el gusto que puedo prometerme,
La merced á mis obras concedida,
Será el poder ponerla entre tus manos,
Toda ella entera, intacta é indivisa;
Porque ni mi ternúra ha de acabarse,
En horrible adulterio, ni tus miras
Han de ser otras que quererme solo.
Ni la disipacion, ni la avaricia
Dominarán tu pecho ni mi pecho;
Un querer, un amor, un alma misma
Será, en fin, la raíz siempre fecunda
De los bienes que busca el que se liga.
¡Ah! que no es esta la infelice suerte

De millares de esposos, que se miran
Gimiendo bajo el peso insoportable
De la union que buscaron como dicha.
Mas no por eso creas que son sueños
Los gustos que hoy mi pecho te imagina:
No, Silvia, aquellos son desventurados
Porque un errado fin los dirigía.
¿Cómo hemos de extrañar que llore airado
El esposo que no halla la medida
De sus deseos de oro siempre llena,
Si nunca puede hartarse la codicia,
Y al desposarse fué su objeto solo
La dote pingüe de su esposa rica?
¿Qué hay que admirar en otras infelices
Que á otros amantes vuelven sus caricias,
Con el más negro crímen de lascivia,
Si la lascivia fué su norte solo
En la pasion brutal que los unía?
¿Cómo se ha de esperar que gusto tengan
Los esposos incautos que prescindan
De la virtud, que es único cimiento
Que puede sostener feliz la vida?
¿Ni cómo creeremos que hay contento
En los esposos que su yugo miran,
Y miraron al tiempo de ligarse,
Como una carga dura y opresiva?
No, mi quirida Silvia, las coyundas
Con que unce el Ser Supremo almas sencillas
Son vínculos de amor, vínculos dulces,
Vínculos de amistad estable y fina.
No se hace más el dia de las bodas,
Que llamar al Eterno á que precida

Aquella union que la naturaleza
Por medio del amor ántes inspira.
Su santa bendicion nuestros afectos
Arregla, les da fuerza y los confirma.
Dos esposos son siempre dos amantes,
Y mucho más que amantes todavía;
Por lo demas, la santa Providencia
De las almas que unió nunca se olvida;
Y es vano acongojarse con el miedo
De que su auxilio falte en algun dia.
Ni es de temer que amores inocentes
A la fuerza del tiempo al fin se ridan.
Se cansará de amar aquel esposo
Que al principio no amó con alma limpia,
Pero un amor que la virtud desea,
Inmutable es forzoso que subsista.
¡O Amor puro y sincero! ¡O dulce fuente,
Fecunda en gustos, y en placeres rica!
Tú eres alma de todo cuanto vive:
Tú, los seres mejores multiplicas;
Tú ablandas la fiereza de los hombres:
Tú haces santa la estrecha compañía,
Que la Virtud inspira á los humanos:
Esta es su alma, y tú, Amor, eres su vida,
Virtud y amor: hé aquí los firmes polos
Sobre que sin cesar los gustos giran
Para fieles esposos, entre el grupo
De cuidados que ofrecen las familias.
Nada extrañan, si el Cielo sabio y justo
Pone tasa al caudal que solicitan;
Y cuando liberal les da abundancia,
Si un lujo criminal no la disipa,

El tesoro en sus manos es la herencia
Del infeliz y pobre que lo pidan.
Los reveses, en fin, de adversa suerte
Como enviados del Cielo siempre miran.
Sométense á ellos; y el Omnipotente
Les dá consuelo, si ambos le suplican.
Tal es el maniantal inagotable
Del bien de los esposos que dedican
Su conato á quererse sin mudanza,
Y à cimentar en la virtud su dicha.
Esto es lo mismo que deseo tanto,
Y que espero gozar contigo, Silvia,
Si inocente prosigues, si deshaces
Las vanas ilusiones, que te pintan
Como infiel á tu amante desgraciado;
Y si por fin el Cielo en mejor dia,
Manteniéndonos firmes con su brazo
Nuestros mútuos deseos verifica.

YARAVIES

I.

—

Todo mi afecto puse en una ingrata;
Y ella inconstante me llegó á olvidar.
Si así, si así se trata
Un afecto sincero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

Juramos ser yo suyo y ella mía:
Yo cumplí, y ella no se acordó más.
Mayor, mayor falsía
Jamas hallar espero,
Amor, amor no quiero,
No quero más amar.

Mi gloria fué en un tiempo su firmeza;
Y hoy su inconstancia vil me hace penar.
Fuera, fuera bajeza
Que durara mi esmero,
Amor, amor no quiero,
No quiero más amar.

II.

—

Por más que quiero
De la memoria
Borrar la gloria
Que poseí;
Por todas partes
Cruel me persigue:
Siempre me sigue,
Siempre ¡ay de mí!

Procuro en vano
No dar oido
Á aquel sonido
Que un dia oí,
Cuando mi prenda
Juró ser mía
Y me decía
« Seré de tí ».

Su voz entónces
Fué mi contento:
Su juramento
Me hizo feliz.

Más sus recuerdos
Me son mortales,
Y entre mil males
Llego á gemir.

Por qué ha perdido
Su fiel firmeza,
Y su promesa
Olvidó ruin?
Cuando yo fino
Más la quería,
Me borró impía
Del pecho vil.

Esta inconstancia
Cruel y severa
Calmar debiera
Mi frenesí.
Pero solo hace
Que se acreciente
Mi llama ardiente,
¡Llama infeliz!

Amor infame,
Dime hasta cuando
Quieres vil mando
Tener en mí?
Borra esa ingrata
Del pecho mío:
No más impío
Me hagas morir.

III.

—

La prenda mía,
En quien tenía
Puesto mi gusto,
Hoy me persigue
Con odio injusto.

Ya yo en sus ojos
Solo hallo enojos;
Cuando ántes era
Su vista sola
Mi dicha entera.

Ya su voz suave
Llenar no sabe
Mi triste oido;
Sus dulces ecos
Ya se han perdido.

Murió el acento
En que el contento
Tuve cifrado:
Ya no me dice,
« Tu eres mi amado. »

Si me escuchara
Yo le clamára,
« Siempre eres mía! »
Y quizá entónces
Se apiadaría.

Pero enojada
Mi prenda amada,
Ni oirme quiere:
Ya mi esperanza
Del todo muere.

Prenda querida,
Por quien la vida
Me quita el llanto:
¿Por qué me tratas
Con rigor tanto?

Daré contento
Mi último aliento
Si esto has querido;
Pero no pienses
Que infiel he sido.

Déme la muerte
Tu mano fuerte
Con dardo impío,
Como al matarme
Digas: « Es mío! »

Y por divisa
De mi ceniza
Pongas delante:
« Bajo esta losa
Yace mi amante ».

IV.

—

Vuelve que ya no puedo
Vivir sin tus cariños:
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

Mira que hay cazadores
Que con afan maligno
Te pondrán en sus redes
Mortales atractivos;
Y cuando te hayan preso
Te darán cruel martirio:
No sea que te cacen,
Huye tanto peligro.
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

Ninguno ha de quererte
Como yo te he querido,
Te engañas si pretendes
Hallar amor más fino.
Habrá otros nidos de oro,
Pero nó como el mío:
Por tí vertió mi pecho
Sus primeros gemidos.
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

Bien sabes que yo siempre
En tu amor embebido,
Jamás toqué tus plumas,
Ni ajé tu albor divino;
Si otro puede tocarlas
Y disipar su brillo,
Salva tu mejor prenda,
Ven al seguro asilo.
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

¿Por qué, dime, te alejas?
¿Por qué con odio impío
Dejas un dueño amante
Por buscar precipicios?
¿Así abadonar quieres
Tu asiento tan antiguo?
¿Con que así ha de quererte
El corazon herido?
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

No pienses que haya entrado
Aquí otro pajarillo:
Nó, palomita mía,
Nadie toca este sitio.
Tuyo es mi pecho entero
Tuyo es este albedrío;
Y por tí sola clamo
Con amantes suspiros.
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

Yo solo reconozco
Tu bello colorido,
Y solo sabré darle
Su precio merecido,
Yo solo así merezco
Gozar de tu cariño;
Y tú solo en mí puedes
Gozar dias tranquilos.
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

No seas, pues, tirana:
Haz las paces conmigo:
Ya de llorar cansado
Me tiene tu capricho,
No vueles más, no sigas
Tus desviados giros,
Tus alitas doradas
Vuelve á mí que ya espiro.
Vuelve que ya no puedo
Vivir sin tus cariños,
Vuelve mi palomita,
Vuelve á tu dulce nido.

V.

—

« Donde quiera que vayas
Te seguiré mi dueño »
Así en eco halagüeño
Mi bien me consoló!
¡O suave, ó dulce acento!
Pero para que canto?
Callado, placer tanto
Guste mi corazon.

VI.

—

Sin ver tus ojos
Mandas que viva
Mi pecho triste;
Pero el no verte
Y tener vida
Es imposible.

Las largas horas
Que sin tí paso
Son insufribles,
Vivo violento,
Nada me gusta,
Todo me aflige.

El sol me envía
Para alegrarme
Luz apecible;
Mas si no trae
Tu imágen bella,
¿De qué me sirve?

En mi retiro
Aguardo sólo
Hasta que viste
De negro luto
El orbe entero
La noche horrible.

Miéntras los astros
Van silenciosos
Al mar á hundirse,
Yo revolviendo
Estoy las penas
Que el pecho oprimen.

En mi desvelo
Mi amor y pena
Suelo decirte:
Pero estas lejos,
No oyes mi llanto,
Ni por mí gimes.

Por largas horas
Mi amarga queja
Mi alma repite,
Hasta que el Cielo
Para mal mío
De luz se viste.

Entónces veo
Ser todavía
Más infelice,
Porque el desahogo
Que me dá el llanto
La luz me impide.

¡Ay! Así vivo
Dando á mi pena
Giros terribles;
Y así muriera
Si eterna fuese
La ausencia triste,

Hacer tú puedes
¡Ay vida mía!
Que yo respire,
Amando fina
Á quien tan solo
De tu amor vive.

VII.

—

¿Con que al fin, tirano dueño,
Tanto amor, clamores tantos,
Tantas fatigas,
No han conseguido en tu pecho
Más premio que un duro golpe
De tiranía?

Tú me intimas que no te ame
Diciendo que no me quieres,
¡Ay vida mía!
¡Y que una ley tan tirana
Tenga de observar, perdiendo
Mi triste vida!

Yo procuraré olvidarte,
Y moriré bajo el peso
De mis desdichas;
Pero no pienses que el cielo
Deje de harcerte sentir
Sus justas iras.

Muerto yo, tú llorarás
El error de haber perdido
Un alma fina;

Y aun muerto sabrá vengarse
Este mísero viviente
Que hoy tiranizas.

Á todas horas mi sombra
Llenará de mil horrores
Tu fantasía;
Y acabará con tus gustos
El melancólico espectro
De mis cenizas.

VIII.

—

Ya mi triste desventura
No deja
Esperanza de tener
Alivio;
Y el buscarlo solo sirve
De darme
El tormento de mirarlo
Perdido.

En vano huiré buscando
Regiones
Donde olvidar á mi dueño
Querido:
Con la distancia tendrá
Mi pecho
Sus recelos y su amor
Más fijos.

Lloraré cuando estes lejos
Mis males;
Y emitiré los más tristes
Gemidos;

Y ya no tendré el consuelo
De verte,
Ni que sepas mis crueles
Martirios.

Ay! Dime, querido dueño:
¿Que causa
Pudo mudar ese pecho
Tan fino?
No te mueve á compasion
El verme
Que huyendo de tus crueldades
Espiro?

¿Con qué corazon oirás
Decir
Que por tí murió quien firme
Te quiso?
No seas, amada prenda,
No seas
De mi desdichada vida
Martirio.

IX.

—

¿Con que al fin habeis tomado
La fatal resolucion
De abandonarme?
¿Al rigor de tus crueldades
Al tormento más atroz
Quieres matarme?

Habeis, pues, firmado al fin
La sentencia de mi muerte,
Dueño tirano;
Y yo tendré que beber
El veneno que tus manos
Me han preparado!

Venga el tósigo fatal
Y acabe con mi existencia
Tan miserable
Has logrado ya tu intento,
Pues me ves yerto cadáver,
Y sin aliento.

Cubre, pues, mi amante cuerpo
Con la gala que le es propia
Á aquel que ha muerto;
Pero, cruel, téme á mi sombra
Que con voz horrenda y triste
Siempre te nombra.

X.

—

Ya que para mí no vives,
Y no te han de ver mis ojos,
Pues te he perdido;
Daré lugar á mis penas
En la triste soledad
En que hoy me miro.

Tu me intimas el precepto
De que olvide para siempre
Tus atractivos,
Cuando solo con la muerte
Sepultaré esta memoria
En el olvido.

Te lloraré eternamente
Como prenda inseparable
Del pecho mío,
Iras impresa en el alma,
Dejando mi triste cuerpo
Cadáver frío.

FÁBULAS

FÁBULA I.

—

EL CANTERO Y EL ASNO.

Nos dice cierta gente
Que es incapaz el indio:
Yo voy á contestarle
Con este cuentecillo.
Bajaba una mañana
Un cantero rollizo,
Repartiendo y lanzando
Latigazos y gritos
De cargados borricos.
Sobre una infeliz tropa
« ¡Que demonio de brutos!
¡Que pachorra! me indigno!
Los caballos son otros:
Tienen viveza y brío;
Pero á estos no les mueve
Ni el rigor más activo. »

Así clamaba el hombre;
Más volviendo el hocico
El más martagon de ellos,
En buena paz le dijo:
« Trás cuernos palos? ¡Vaya!

Nos tienes mal comidos,
Siempre bajo la carga,
Y exiges así brio?
Y con azote y palo
Pretendes conducirnos,
Y aun nos culpas de lerdos
Estando en tí el motivo?
Con comida y sin carga
Como se vé el rocino,
Aprendiéramos luego
Sus corcobos y brincos;
Pero miéntras subsista
Nuestro infeliz destino,
Bestia el que se alentara!
Lluevan azotes, lindo;
Zorna y cachaza: vamos,
Para esto hemos nacido. »

Un indio, si pudiera,
¿No diría lo mismo?

FÁBULA II.

—

LAS ABEJAS.

Dias ha que leyendo un libro viejo
Escrito por un hombre de consejo,
Hallé un rasgo de historia
Digno de encomendarse á la memoria.
El suceso, no hay duda, es muy extraño:
Pero es preciso que se cuente este año.

Dicen que las abejas *ab initio*
No supieron portarse con el juicio
Y buen arreglo de hoy, ni lo pensaron;
Pero aquellas catorce que lograron
En tienpo del diluvio entrar al arca,
Curiosas observaron que el Patriarca
Dispuso en ella todo cuanto había
Con arte y simetría.
Aquí lobos voraces, allí obejas:
Más alla perros, gatos, comadrejas,
Elefantes, ratones y mosquitos....,
En otra parte lindos pajaritos,
Jilgueros, gallos, garzas, grullas, gansos;

En otra division trigo y garbanzos,
Maiz, arroz, cebada....
¡Qué cosa tan bien puesta y ordenada!

Á todas agradó su providencia.
Juntáronse por fin en conferencia.
Dijo la más antigua: « Compañeras,
Confiezo la partida: muy groseras
En gobierno y costumbres hemos sido
Nunca en comunidad hemos vivido:
Nadie pensó sinó en pasar el dia.
Tal vez no faltaría
Quien desease el órden; pero en vano:
Cobijada en la rama de un manzano,
O metida en las pajas de algun techo,
Jamas hacía cosas de provecho,
Ni era dable que á todas persuadiese.
Más hoy que este embarazo no se ofrece,
Y hemos de ser raiz de toda abeja,
Yo como la más vieja
Soy de sentir que luego que salgamos
Una sola familia compongamos:
Una sola casa: las menores,
Como que tienen fuerzas superiores,
Miel y cera de flores exquisitas
Cojan, en tanto que las viejecitas
Ordenamos las cosas de gobierno,
Y para que este entable sea eterno
Pondremos una maestra de novicias. »
« ¡Gran cosa! ¡Bueno! ¡Albricias! »
Gritan todas; y el plan verificaron.
Más vieron fenecer sus alegrías,

Porque dijo de agravio en pocos dias
La incauta juventud : « El remo todo
Se nos carga, de modo
Que ya nuestro vigor se debilita:
Más de una hora de sueño se nos quita.
Como ellas tienen seca la cabeza,
Nos despiertan temprano. » « ¡ Que simpleza
De muchacha! » dijo una mamantona:
« Lo de hoy mira y pregona,
No hagas cuenta de ayer ni de mañana,
Mañana mandará la que hoy se afana,
Y mil males de ayer hoy no subsisten,
Y por fin, males hay irremediables
Que por un bien mayor son tolerables. »

En reclamar no insisten:
Á todas las convence con tal ciencia,
Tanto acierto, energía y elocuencia,
Que su error las menores conocieron
Y sin más regañar se sometieron.

Ciudadanos: Dios solo
Puede mandar del uno al otro polo
Sin defecto ninguno;
Y así aquel importuno
Que se lo quiera todo muy cumplido
En el nuevo gobierno establecido,
Ó algun descuido entre hombres no perdona,
Relea el texto de la mamantona.

FÁBULA III.

—

LAS COTORRAS Y EL ZORRO.

Más de cien cotorras
Haciendo gran ruido,
Á robar volaban
Á cierto sembrío.
El que lo cuidaba
No estaba muy listo;
Pero acudió luego,
Porque oyó los gritos;
Y ni un grano cojen
Los animalitos.
« Si son muy salvajes »,
Impaciente dijo
Un zorro que estaba
Por allí escondido:
« Yo robo mis pollos
Pero despacito;
Los gritos despiertan
Al fiero enemigo;

Solo con silencio
Se logra buen tiro ».
Dijo bien el zorro,
Yo tambien lo digo.

FÁBULA IV.

—

LAS AVES DOMÉSTICAS.

Muy soberbios los pavos miraban
Con desprecio á otras aves de cría:
Con gran sorna cada uno decía:
« Palomitas, gallitos... no hay más! »
Cuando alguna gallina encontraban,
Ni mirarla: con gran reverencia
La infeliz en su augusta presencia
Se postraba, queriendo agradar.

Su tertulia los gallos tenian;
Á la paz y á la union convidaban,
Aun algunos pichones entraban,
Pero pavos? ninguno, jamás.
Ya los otros sufrir no podian,
Renegaban mirando el ultraje;
Pero el amo templó su coraje
Con traerles un buen pavo real.

De palomas y gallos bien pronto
Se hizo amigo; pretende que luego
Haya en casa quietud y sosiego,
Y á los pavos intenta ablandar.

« Buena maula ¡Quien viene con esto! »
Le contestan hinchados los pavos:
« Qué avecita! valdrá dos ochavos;
Á las otras en cuerpo es igual. »
No por esto el tal jefe desiste,
Se arma pronto y un cielo parece:
Cuanto bello la luz nos ofroce
Se reune y le viene á adornar.
Más la turba soberbia resiste:
Tambien se arma, se vuelve, pasea
Con tal cara de orgullo, aunque fea,
Que los hizo, por fin, reventar.
Á patadas y á pico deshacen
Su plumaje los gallos airados;
Ellos se arman así destrozados;
Más ya son un atroz matorral.

Si á unos hombres la pompa quitaran
Los que mandan, harían justicia;
Yo en los gallos no encuentro malicia,
¿Y en los pavos?..... No es malo callar.

FÁBULA V.

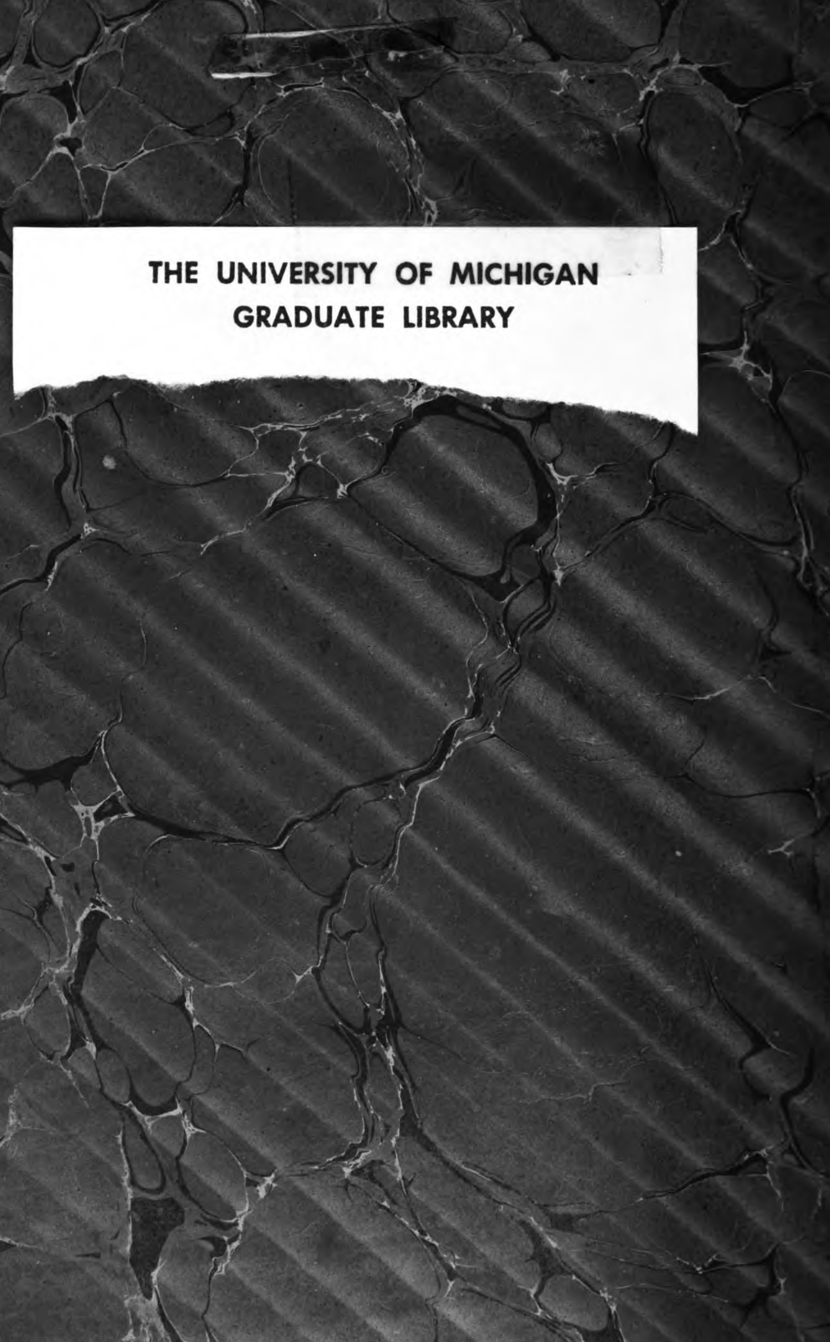
—

EL ASNO CORNUDO.

Un asno desesperado
Por su carga y sus fatigas,
Llevó al Padre de los Dioses
Uu memorial que decía :
« Es un dolor, Señor Jove
Que solo de mí se diga
« *El asno, el asno... un buen bruto :*
Tiene paciencia » ; y me aflijan
Con carga y palos, por verme
Falto de armas ofensivas.
Por cierto que con los toros
Otro tanto no se haría:
¡Que digo toros! un perro,
Aun la más triste hormiguilla
Tiene armas; y por solo esto
Con respeto se le mira.
Solo yo soy el objeto
De la crueldad y la risa :
Con un par de cuernecillos,
Todo se remediaría. »

Júpiter se los concede;
Pero, Señor, ¡qué averías!
Bruto á quien hace un cariño,
Fijo se queda sin tripa.
Aun él queriendo rascarse,
Se rompió media barriga;
Y claro está, él nunca lo hizo
Por matador y suicida,
Sino porque tuvo cuernos
Y el manejo no sabía.
Catástrofe semejante
Me hizo decir, no es mentira,
Ya que Dios ha dado al pueblo
Voto y fuerza la precisa,
Que le den los literatos
Unas cuantas leccioncitas.

Nancy. — Tipografía de G. Crépin-Leblond.


THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
GRADUATE LIBRARY

